

lla, y le procuraba la muerte en secreto, y en publico. Alguna causa de tanta indignacion pudo ser el auer seguido Don Fernan la parcialidad de los Ricoshombres mal cōtentos del Rey, y del gouierno: pero essa era pequeña chispa para aquellos ardientes tiempos: el origen pues de tanto fuego fue la amistad, que Don Fernan trabó con Carlos Primero, Rey de las dos Sicilias, de cuya mano recibì la orden de Caualleria, quando bolvia de aquel poco feliz viage de la guerra de la Casa Santa: porque D. Pedro yá professaba publica enemistad con el Rey Carlos, como el que estaba casado con Doña Constaça hija del Rey Manfredó, al qual quitó Carlos con vna batalla la vida, y con los faouores, e investiduras del Pontifice la Corona de Napoles, y Sicilia; que algunos años despues se empezó á diuidir en estos dos nombres, y Reynos, la que antes solo se llamaba de Sicilia: y como la Princesa Doña Constança era la heredera de su padre, preuino el Principe su marido en su idea, y en su fortuna, aquellos discursos de guerras, y conquistas, que tan glorioso, y feliz le hizieron despues.

1272 4 Esta causa de indignacion crecia cada dia en el pecho de D. Pedro, ó por la verdad, ó por la mentira de los que con chismes lisongeros le seruian con amarguras, lleuando, y aumentando las relaciones de amistades, y alianças entre su hermano, y el Rey Carlos; y passaron tan mas allá de lo posible en el año 1272, que le dixeron no menos, que vna confederacion para matarle, ó echarle de la sucesion de la Corona, para que entrasse en ella D. Fernan Sanchez; el qual experimentò biẽ las fuerças del odio de su hermano, porque se vió muy cerca de las espadas, de los peligros, y de la muerte en su propia casa. Para escapar de ella, hubo menester diligencia, y fortuna: y se valiò de todos aquellos, que tenian disgustos con el

Principe, que por la anticipada feueridad de Don Pedro, no eran pocos. Alentado pues el perseguido Bastardo con el sequito, y el enojo de tantos Señores, diò cuenta á su padre de estos peligros: y vna vez le pidió la defensa, y la seguridad, y le tentò para la vengança con esta carta: Señor: Yo os suplico, como á Rey, y Padre, que defendais mi vida, como de hijo, y vassallo contra las ardientes artes, y crueles fuerças del Principe. Si le he ofendido, Vos Señor, me castigad de vuestra mano, y hazed, que mi hermano me perdone, y se contente con menos satisfaccion, y seguridad, que mi muerte: sino le he ofendido, como yo lo probarè, disponga vuestro paternal amor, que no dê el que es hijo, y heredero vuestro tan claros, y malos presagios de vn Rey, fiera carnícera, que empieze yá á ensangrentarse con sus melancolicas aprehensiones en la vida, y honra de los hermanos, y rendidos. Si oy, viuendo Vos, manda á los suyos, que á medio dia si tien, batan, y assalten mi casa, y me busquen en ella con las espadas; que no emprenderá su vengatiuo ardor, si os hereda, ó si os sucede en vida, como lo pretende? y yo no puedo dudar, que este es el principal, ó vnico motiuo del furor, con que me aborrece, porque sabe, que no le permitirè tan grande, y tan impia maldad. Esta es en la verdad, la herencia, que finge, le quiero quitar: y esta es toda la ofensa, de que se defiẽde. No dexareis de amar al Principe sobre todos vuestros hijos, porque le embarazeis tan detestable ambicion contra su padre, y el ser homicida de su hermano. No ser á razon, que vuestros vassallos discurren el remedio, ó se desconfuelen, de que vos, Rey glorioso, y siempre vencedor, que los defendisteis, y vengasteis de todos vuestros enemigos, no los assureis

de vuestro Hijo.

Asi se daban la batalla los odios, y los chismes en el Palacio de aquel viejo, aunque no cansado Rey; el qual como padre, y experimentado, no creyendo á los vnos, ni á los otros, convocò Cortes en Exea, para tomar consejo, y fuerças cõtra tanto mal: en ellas se atajaron otras discordias, y para las de sus hijos mandó el Rey, que los Señores Catalanes no diessen fauor al Conde de Fox contra el Rey de Francia, porque no estuviessen con aquella ocasiõ forastera armados para la guerra domestica: tambien quitó al Principe el oficio, ò el vso de la Procuracion general, porque quizás defazonaba á muchos Don Pedro con aquella autoridad, ó á lo menos los tenia con miedos cõ ella, y les daba causas, ó pretextos, para no desarmarse. Despues de las Cortes pasó el Rey á Valencia, y llebó al Principe consigo, por desviarle de los pensamientos, y medios de la vengança, que se la procuró sacar, y arrancar de su cerrado, y fañudo pecho con ruegos, y exortaciones de vn perdon sincero, y generoso de su hermano: mas Don Pedro, que ni de su padre sabia ser en esto vencido, ni podia sufrir tan continua, y fuerte bateria de sus razones, y autoridad, huyò vna noche de Valencia cõ solos tres Caualleros, escapandose de aquel asedio, en que la reuerencia, y presencia de su padre, y Rey, le tenian fatigado. Asi D. Iayme determinó justamente amparar á Don Hernan Sanchez: y este partió luego con Don Ximeno su suegro á darle las gracias por aquel, y los otros fauores de su defensa; la qual huviere sido mas constante, y feliz, si Don Fernan Sanchez, ó no huviere ido, ó no se huviere tan presto retirado: porque el Principe zeloso, ó temeroso del fauor, que su padre en las confianças, que se le referian, hazia á su hermano, introduxo en la ausencia de este otra mas pesada querella, y otra question indissolue-

ble; con la qual despachó á vn Noble, y á vn Eclesiastico, y hablando solo este, ò por la dignidad de el estado, ò por la ofladia de la persona, dió al Rey vn recado tan manso, y tan digno de la boca de vn Sacerdote, como este: Señor, el Principe dize, que hasta oy ha escondido con el silencio el delito de D. Fernan Sanchez, por la infamia que á todos los hermanos resultaba, y por el castigo, que pedia: mas pues vuestra Magestad con su patrocinio, y D. Fernan con tanto implorar su justicia obligan á la publicidad de la culpa; debe saber vuestro grã juizio, que ella tiene tres articulos, y no mas ligeros, que estos: El primero, auer dicho, que Vos no debeis Reynar: El segundo, auer procurado hechizar al Principe su hermano: Y el tercero, tratar de alçarse con la Corona, ayudandose de algunos Ricoshombres, y de la mayor parte de Aragon, como el Principe ofrece probarlo á su tiempo, y en su lugar. Vea pues ahora vuestra Real prudencia, como el Principe nos manda, que se lo supliquemos: si ha excedido su Alteza en la constancia de los desvios de su hermano: y si debe vuestra Magestad, y vuestra Corona darse por seruida, ó por ofendida de aquella seueridad?

Oyò el Rey con assombro, y gran dolor caso tan atroz, y tan nueuo; no porque lo creyesse, sino porque entendiò, que aunque falso, seria muy infame para los Delatados, y tambien para el Delator, como hermano, y Principe de ellos: hallabanse en la presencia del Rey, Don Bernaldo Guillen de Entença, Don Ximeno de Vrrera, D. Ferriz de Lizana, y Don Pedro Martinez de Luna; apartóse con ellos, y les dixo: *Vosotros estais obligados à responder, porque se toca en vuestro honor, y se.* Respondió Don Ximeno: *El que esto ha dicho aqui à vuestra Magestad, es Clerigo, y persona vil; y asi no soy obligado*

do à responderle; pero le darè su igual: debia de querer dár Don Ximeno otro Clerigo, para que se matasse con el Mensagero; y no faltarian muchos, que lo pretenderian, y tédrian à honra en aquel guerrero, y rudo tiempo: añadió Don Ximeno: *Al Príncipe he le jurado por mi Señor natural; por esso no debo responderle;* y estas respuestas de Don Ximeno aprobaron los otros tres Señores. Entonces el Rey dixo à los Mensageros: *To mandarè parecer à Don Fernan Sanchez, para que salue su honor; y sino satisface, le castigarè.* Mas porque el Principe desde Algecira hazia gente, y exercito para la vengança, y no queria persuadirse de los consejos de paz, y medios de justicia ciuil, y caualherosa, que su padre le proponia, y ofrecia, juntó Cortes en Algecira, para refrenarle, y castigarle; porque estaba tan porfiado, que ni la oportunidad de hazer la guerra en Navarra por los derechos de aquel Reyno cõtra Don Enrique, ni las vistas, y ruegos del Rey de Castilla su cuñado, que necesitaba del socorro de Aragon, pudieron vencer, ó suspender su ira: pudieron mas, que todas las razones, y los ruegos, los cõsejos del Obispo de Valencia, ó por la suauidad, y gracia del Orador, ó por la esperança, de que la obediencia dispondria vna vengança mas pronta, y entera. Así el Principe dissimulado la amargura sagaz de su animo, bolvió al Rey con los suyos, besóle el pie, pidiòle con mas ceremonioso, que verdadero arrepentimiento, perdón, y fue recogido como hijo de su padre; y quedando tan reconciliado con èl, juzgò, que podia dexarle, y passar con su licencia à Cataluña, como lo hizo, llebado siempre de las velozes, y ardiètes alas de la ira, y de la vengança: pero no hallò en aquel Principado los animos sin rezelos, y sin disgustos cõtra èl, y contra el Rey su padre; y así experimentò con gran tristeza de su porfia, y de su rigor, que no le auia

de faltar à su hermano: vando poderoso, en que ampararse. La ocasiõ fue, que el Rey Don Iayme, el qual siempre viuia de pensamientos llenos de alabança, y gloria, publicò la guerra contra los Moros de Granada, en fauor del Rey de Castilla su yerno, à quien combatian tambien muchos de sus Ricoshombres, que mezclaban las Cruces con las medias Lunas; y mandò à los Ricoshombres, y Mesnaderos Aragoneses, se dispusiesen, para seguirle con sus caualherias de honor: esto mismo rogò en particular al Vizconde de Cardona en Lerida, juzgando, que en èl ganaba à los demás de de Cataluña: pero el Vizconde negaba, que por los feudos debiesse seguir al Rey en aquella guerra forastera; y así se disputaba, no de la substãcia de el seruicio, sino de la inutil, y espinosa Metaphisica del titulo; queriendo el Rey, que fuesse obligacion; y el Vizconde, que no sino fineza. Con este exemplo, y con la mesma razon, se resistieron otros grandes Varones Catalanes, de que se mostrò el Rey muy sentido; pues passando con la Nobleza de Aragon à Murcia, en donde fue recibido, y festejado, como quien pudo ser su Señor natural, embió orden al Vizcõde, y à los otros Señores, de que le entregassen los Castillos, que tenian en feudo, y les revocò todos los feudos, en castigo, como dezia, de su desobediencia. Tambien aqui el Vizconde se resistia con la disputa, de que no auia de ser este el titulo de la entrega, y ofrecia estar à derecho en la Corte de Cataluña, como los priuilegios, y costumbres de la Nobleza lo concedian: mas el Rey oponia las cõcordias hechas entre los Predecesores Reyes, y Vizcondes: al fin, ó por fuerça, ó por razon, se rindió el Vizconde à la entrega de los Castillos, exceptuando los de Cardona, y otros dos.

7 No quedaba el Rey satisfecho con esta obediencia limitada; pero no pudo

1274

8751

pudo divertirle á pedir otra mayor con las armas, por la priesa, que le llebaba al Concilio de León de Francia, adonde, en el principio deste año de 1274, le auia llamado el Papa Gregorio X. que le convocó con las esperanças, y ofertas de la redación, y vnion de la Iglesia, è Imperio de los Griegos. Partió Don Jayme, y fue recibido con suma honra; oído, como oraculo de la guerra; venerado, y rogado para la de la Casa Santa, como el mas sabio, esforçado, y venturoso Capitan de su siglo; aplaudido con jubitos tiernos, y elogios sinceros por la noble promessa de pasar á ella con mil Caualleros escogidos de sus Reynos. Però al fin bolvió desdenado, porque el Papa no le quiso coronar en aquellas Cortes Eclesiasticas de toda la Monarchia Christiana, sin que le pagasse Don Jayme essa mas gloriosa, que necessaria gracia, con hazer tributario el Reyno á la Sede Apostolica; para la qual se le pedia, que ratificasse aquella no bien recebida, y tantas vezes disputada liberalidad del Rey Don Pedro su padre, y la confirmasse, desemboltando todos los reditos caidos: y á esta tan importuna, y tan demasiada demanda mandó el Rey dar esta respuesta: *Decid, que yo he fernido tanto á nuestro Señor en las guerras, y á la Iglesia Romana en el continuo ensalzamiento de la Santa Fe Católica, que fuera mas razon, nos hiziesse el Papa otras gracias, que pedirnos la que es en tanto perjuizio de la libertad de nuestros Reynos; de los quales en lo temporal no debemos hazer reconocimiento á Principe alguno de la tierra; pues yo, y los Reyes mis antecessores los hemos ganado de los Paganos, derramando nuestra sangre, y dando muchas de ellos la vida, los pusimos debaxo de la obediencia de la Iglesia. Ni hemos venido á la Corte Romana, para hazernos tributarios; y mas queremos boluer sin ser coronados en ella, que llebar en essa ceremonia á nuestra Casa tanta diminucion de la preeminencia Real.* Así se acabaron los ca-

obuq

riños de el Papa, los discursos de la guerra, y las esperanças de la conquista.

80 Buelto el Rey á Cataluña, continuó, è renouó los requirimientos de la entrega de todos los Castillos del Vizconde; al qual embió á dezir: *Que mirasse lo que bazia, y pues estaba enfermo, se esforçasse bien.* El Vizconde, como era orgulloso, y militar, respondió: *Que mostraba bien el Rey, que le tenia por enfermo, pues le pedia el Castillo de Cardona: mas si á Dios plazze (dixó) yo no estaré enfermo, mientras el Rey me hiziere agrauio; pero le tengo por tal Señor, que lo emendará, y me desagraviará: y porque el Rey auia dicho en aquel su militar requirimiento, que mostrasse el Vizconde los papeles, por donde pretendia no entregar los Castillos, añadió el Vizconde có notable sobrecejo: Yo tengo tantos papeles, que bien podría mostrar mi derecho; pero me falta persona que los reconozca; si el Rey me embia al Obispo de Huesca (su valido) que me ayude á reholverlos, me bolgaría mucho, porque de otro no los fiaré.* Todos estos eran repiques, y cohetes, que publicaban las hogueras, y las fiestas de los inquietos; quales en aquel tiempo casi todos lo eran: y así con promptitud se vnieron con el Vizconde los Condes de Ampurias, Pallás, y Virgel, los Anglesolas, y otros, sentidos de que el Principe Don Pedro les ponía dudas en la justificacion de algunos feudos, que en sus Casas se auian heredado por hembras. Todo esto era de gran disgusto para el Rey, á quie causaba particular desazon la festiua, y larga resistencia de la entrega de el Castillo de Cardona, porque se auia acogido á el Beltran de Canellas, que en Xarua auia muerto á Rodrigo de Castelluzuelo, Justicia de Aragon: y deseaba el Rey castigar este parricidio casi sacrilego con la indignación vniuersal de las gentes, quando el Vizconde en son de burla mezclaba entre las razones, y las veras. *Que no*

po.

podia entregar el Castillo, porque Beltran de Canellas se auia acogido à él. Assi el Rey mandò al Vizconde, que compariessse en su presencia; pero yá se ve, que no le entregaria la Persona; quien le negaba los Castillos: y quanto al de Cardona, respondió: *Que auia trecientos años, que él, y los Vizcondes sus predecesores tenian el Castillo en heredad, y franco alodio; y que no se tenia noticia, que jamás se huviesse entregado; ni él queria, que su exemplo fuesse ocasion, para hazer agravia à otros; y en fin, que él, y sus predecesores acostumbraron amparar à qualesquiera, que se acogiesse à sus tierras.* Esto dixo el Señor de la Casa de Cardona mas ha de quatrocientos años; los quales con los otros trecientos de aquella franqueza, ò soberania, que de su Castillo se alegaba, hazen setecientos de tan venerable, y noble antigüedad: y esto dezia, y valia aquel Grande, quando no auian entrado en su Casa (que la comun tradicion la deriuu de la Real de Francia por los Condes de Anjou) los casamientos, los mayores, y las varonias de la familia Real, primero de Barcelona, despues de Aragon, y Castilla; á la qual sucedió en el siglo inmediato al nuestro la Belicosa de los Cordouas; llena de riquezas en la Andalucia, y mas llena de merecimientos en todo el Orbe; y en fin en nuestros dias se ha vnido por casamiento con la Casa tambien Real de Medina-Celi en su Varonia de los Principes, y Condes de Fox de Francia. Pero el Rey Don Iayme, cansado de tantas replicas, y yfanias, arremetiò á las armas, y con ellas á los feudos del Vizconde, y compañeros, juzgando que lo podia hazer: mas para no turbar á muchos con la igualdad de la causa, y con el rezelo de el exemplo, publicó, y ofreció, que estaria á derecho con ellos; nombróles Iuezes, prorogóles los terminos de las entregas; y les asseguró, para que fuesse á su Corte, si quisiesse, como lo mostraban con diestro disimulo

de sus intentos, para hazer tiempo, en que formar, y fortalecer la liga con Don Fernan Sanchez, que auia menester estas maromas, para andar sobre ellas, pues el Principe fu hermano no le dexaba hazer pie en tierra.

9. Añadieron vigor, y autoridad otros Ricoshombres de Aragon, y tambien de Castilla, para defenderse con las armas de las armas; y aunque las del Rey Don Iayme estaban mas promptas, y eran mayores, y vencedoras, no pudieron acometer con la presteza, que se auia esperado; porque en esta sazón murió en Pamplona el Rey D. Enrique de Navarra, de quien no quedó, sino vna hija, luana, niña de dos años, jurada por suceffora; y fue necessario, que el Principe Don Pedro passasse á aquel Reyno; porque los Navarros estaban diuididos, juzgando, ó queriendo los vnos, que Doña luana se entregasse al Rey de Castilla; otros, que al de Francia, para que la criasse, y casasse: pero auia otro tercer partido, que llamaba á nuestro Don Iayme para su Rey, como él lo pretendia, no solo por los derechos modernos de su adopción, sino tambien por los antiguos del Rey Don Ramiro el Segundo, á quien se negó la justa posesion continuada en tres predecesores; y finalmente (como se dize) por los antiquísimos de los Reyes de Sobrarbe, los quales facó el Principe de San Iuan de la Peña en los instrumentos, ó pergaminos, que de su Archivo le entregaron el Abad, y Conuento. Pareció necessaria esta diligencia juridica, assi porque se auia de tratar con los pueblos, y nacion justificada; como porque los disgustos de Aragón, y Cataluña no permitian leuantar exercito, con que el Principe entrasse á darse la mano con los Navarros de su sequito; pues no se dudaba, que Don Fernan Sanchez, y los otros mal contentos se armarian al punto, si viesse armar á Don Pedro por qualquiera causa; y muchos, ò mal acondicionados,

dos, ó mal satisfechos, se negarian á la empreſſa, como forastera, y de gastos, y viages eſcuſados, por los fueros de la Nobleza, y Corona: ni les faltarian focorros, y compañeros en las otras dos parcialidades de Nauarra, y aun en los Reyes de Caſtilla, y Francia, como en competidores de aquel Reyno. Por eſtas cauſas ordenó el Rey al Principe, que no entrasse en Nauarra, ſi con la gente de la frontera no esperaba dar fin al intento. Salieron á la raya de los Reynos, para hablar al Principe en la Villa de Sos, Don Armengol, Obiſpo de Pamplona, D. Pedro Sanchez de Monteagudo, Señor de Caſcante, y algunos otros Ricoshombres, y Caualleros de ſu vando: la preſencia, el entendimiento, y el valor de el Principe enamoraron á ſus ſeruidores, y no menos los partidos de gran conveniencia, que de ſu parte ſe les proponian. Para conferirlos, mientras el Principe ſe paſó á Tarazona, ellos dieron la buelta, y la Nacion juntó Cortes en la Puente de la Reyna, á las quales los Embaxadores de Aragon hizieron de parte de ſu Rey eſta reſqueſta: *Que por la fidelidad, y naturaleza antigua, en que le eran obligados los Nauarros, le recibieſſen por ſu Rey, y Señor natural, como de derecho lo debian hazer, por auerlo mandado el Rey Don Sancho en las cartas del proibiamiento, y auerlo ellos jurado: y quiſieſſen antes ſer ſubditos de Don Iayme, y de ſus ſuceſſores, debaxo de vna franca, y caſi compañera á libertad de Señorío, que ſugetarſe á otros Reyes, cuya tiranía, é injuſtas opreſſiones, y grauezas, debian con gran razon temer, ſi bien lo conſideraſſen: y quando determinaeſſen, que les era mas expediente recibir por ſu Rey al Principe, el Rey holgaria de ello, y abrazaria lo mas conueniente al bien publico de la tierra.* Eſta diligencia de ceder en ſu hijo el derecho de Nauarra, tambien la executó el Rey de Caſtilla en el Principe Don Fernando, que ſe acercaba con exercito, para darla algun calor, y color; pero

las Cortes de Nauarra, reconociendo la ventaja del derecho de Aragon, y confrontando mas en el modo de gouerno, ſe inclinaron á el; y para llegar al fin, tomaron el medio de vna ſolemne Embaxada, que llebaron á Tarazona D. Pedro Sanchez de Monteagudo, D. Gonçalo Ibañez de Baztan, D. Iuan Gonçalez ſu hijo, D. Martin Garçez Dunça, y Don Gil Baldovin, Alcayde de Tudela; los quales le dixerón: *Que acatando la jè, y la lealtad de ſus antecedeſſores, les plazia de qualquier derecho, que el, y ſu padre tuvieſſen ſobre la ſuceſſion; y le pedian por merced, que declaraeſſe, qual era la amiſtad, que queria tener con los Nauarros, y en que manera los pensaba ayudar.* El Principe, entre otros cumplimientos, ofreció el caſamiento de ſu hijo mayor D. Alonſo con Doña Iuana, hija de D. Enrique; ó ſi eſta, por auerla llebado ſu Madre á Francia, no ſe podia auer, caſaria con otra que ellos eligieſſen de la familia Real de Nauarra: ofreció tambien la deſenſa entera de el Reyno por ſu perſona; la guarda, y mejoramiento de ſus fueros; el aumento de las Cauallerías á la Nobleza; los oficios á los Naturales; y la entrega de ſu hijo Don Alonſo, para aſſegurarlos á todos. Por eſtas ventajas, y por las de ſeſenta mil marcos de plata, de que era el Rey acreedor de aquella Corona, pedia el Principe, que ſi dentro de vn año no ſe podia hazer el caſamiento, le entregaeſſen á el, ó á ſu Padre el Reyno, como á ſu Rey. Para dár la vltima reſpueſta á tá graue demanda, ſe juntaron en ſegundas Cortes los Nauarros en Olit; y en ellas prometieron con juramento dár en caſamiento á Doña Iuana, ó á otra de las parientas para el primogenito del Principe de Aragon; y que ſino lo podian cumplir, pagarian docientos mil marcos de plata por los gastos de la deſenſa, que le pedian, y por los ſeſenta mil marcos de la que Don Iayme hizo en tiempo de la menor edad del Rey

Rey Thibaldo. Pero todo este edificio dió en tierra, porque la Nobleza de Nauarra no tuvo paz; y la Reyna viuda tenia en su mano la guerra con las fortalezas, que conseruaba; y entregando ella al Rey Filipo de Francia la hija, se fue haziendo mas Señora, así por la resolución, que él tomó de casar á Doña Iuana con Filipo su primogenito, como porque los Nauarros, ó no pudieron, ó no se aplicaron á cumplir lo que auian ofrecido. Así se acabó esta tan infeliz, como justa pretensión, en que tambien el Principe de Castilla era competidor; y pedia con la Rhetorica de vn exercito; con el qual cercó sin prouecho á Viana; y á Mendauia la entró por fuerça, y la destrozó como por despecho, y como quien destruia de lo ageno.

10 Mientras esto passaba en Nauarra, bolvió el Principe al cuydado de la guerra domestica; porque su hermano, primero en Castilla, y despues en Aragon, en vna junta de mucha Nobleza vnó en vna confederacion defensores, y compañeros de su fortuna: tambien el Vizconde de Cardona en Cataluña con los Condes de Ampurias, y Pallás, y otro gran numero de principales Varones, trabó con nueua liga los interesses, y corazon de todos ellos. Empezó el Principe la guerra con el combate de el Castillo de Antillon, que le auia heredado D. Fernan Sanchez de su Madre; y se defendió con el valor de D. Iordan de Peña, y con la esperança del socorro de Don Fernan Sanchez, su medio hermano; sin que aora se mouiesse los confederados á mas, que á embiar al Rey sus despedimientos, según los vsos de aquel tiempo; y el Rey les retornó los mismos caualleros, y militares recados; y á los Catalanes, que le auian desafiado, les advirtió la ley, de que en treinta dias no podian hazer daño en la tierra; y á todos, que él se ofrecia prompto, para hazerles justicia de sus querellas, y es-

taria á derecho con ellos en la determinacion de la Corte; y remataba con las ceremonias protestas: *Que se salia de ellos: Que por mal, y diño, que se les hiziesse, no fuesse en algo obligado: Que Dios, y el mundo viesse, que sobre oferta de estar á derecho con ellos, le querian bazer mal, y se leuantaban contra su Señor natural á tuerto, y sin razon.* Para apaciguar el Rey á sus hijos, y á los otros confederados de Aragon, quiso venir de Cataluña á tener Cortes; pero viendo, que tambien allá amenazaba el tiempo, se detuvo; y el Obispo de Barcelona, y el Maestre de Santiago, con zelo del seruicio del Rey, y bien de la Republica, insistieron en poner la concordia del Rey, y de el Vizconde en tan apacible estado, que la quisiesse, y la remitiesse al arbitrio de los Iuezes: el Rey, como padre de sus vasallos, la deseaba: y tambien como de los Reyes de Castilla, que en esta sazón entraban en Cataluña por Tortosa; y no quisiera tener embarazos, para festejarlos, como á hijos, Reyes, y huespedes; y para conseguirlo, concedió treguas á los coligados; de los quales el Vizconde, y algunos fueron á besarle la mano en el camino, y le suplicaron: *Que les perdonasse, si en algo lo auian errado, y tuuiesse por bien de darles Iuezes, que conociesse, si ellos auian hecho tuerto al Rey, ó el Rey á ellos:* tal era la confianza, tal la ceremonia, y tal la ligereza de aquel tiempo: el Rey nombró, de los Prelados, al Arçobispo de Tarragona, á los Obispos de Barcelona, y Girona, y al Abad de Fuenfrida; de los Ricoshombres, á Don Ramon de Moncada, á D. Pedro de Vergua, á Don Iofre Rocaberti, y á Don Pedro de Queralt.

11 Así pudo recibir, y acompañar al Rey de Castilla, que passaba á Francia á vistas con el Papa en el Códado de la Proença, con tanta magestad, acompañamiento, y resolución, para renunciar el Imperio de Alemania, como pudiera para recibirle.

Auia sido elegido D. Alonso por dos de los Electores contra Richardo Códex de Cornubia, hermano del Rey de Inglaterra, elegido por otros dos; al qual despues de su muerte dieron por sucessor todos los Electores, menos el de Bohemia, á Rodolpho Conde de Aspurg, Principe de suma nobleza en sangre, meritos, y valor; y el primero de los que han ceñido sus Augustas sienes con la Corona Imperial en la Sagrada, Cesarea, y Real Casa de Austria, de la qual es cabeza nuestro Rey, y Señor Don Carlos Segundo. Así, sin saberlo, se oponia Don Alonso Rey de Castilla á los hados, ó á los hechos destinados de la Diuina prouidencia; la qual queria añadir á la inmortal, y religiosa Casa de Austria honores, y meritos, para hazerla mas, y mas digna de la Magestad de España, Italia, Flandes, Oriente, y vn nuevo Mundo, reseruado desde su principio á la noticia, y á los deseos de la codicia, y ambicion, para estrenarle en su cabeza. Mas, no obstante tan vniforme eleccion de Rodolpho, insistia Don Alonso desde lexos con los deseos, con los gastos, y con las embaxadas en su inutil, y gloriosa pretension. Los Pontifices, por mostrar se Padres, y guardar se para luezes, á todos los Emperadores pretensos dabá titulo de Rey de Romanos, mas descuydóse vna vez Don Alonso en dezir, que se respondiesse al Papa: *Que estaria á lo que su Santidad sobre este negocio determinasse: y q̄ por solo este efecto iria personalmente á verse con él á Mōpeller.* Así el Papa executó con tanta celeridad, que no parece oyó la segunda proposicion, ó solo apreció, ó escuchó la primera, que sola le hazia al caso, y por ella intituló luego á Rodolpho Rey de Romanos; mandó á los Principes del Imperio, le reconociesen por tal; y á él le escribió, que passasse con toda presteza para coronarse en Italia. Sintióse de esta priesa, y poco cumplimiento Don Alonso; y no

obstante, su genio se hallaba tan mal con los aciertos, que ni estos desayres del Papa, ni la desesperacion de la materia, ni los consejos, y ruegos de su Suegro, Padre, y Amigo, ni las desconfianças con el Rey de Francia, pudieron retirarle de el viage. Dexó pues en Perpiñan á la Reyna, con los Infantes sus hijos, en la compañía, y consuelo de Don Iayme (en el Henero de 1275:) en Belcayre se vió con el Pontifice; en donde estuvo la Primavera, y parte del Estio: alli experimentó, que tambien los Reyes, si pretenden, han menester paciencia: discurre medios, para conseguir el Imperio, recompensas de auerle dexado, y ceremonias, para dexarle de nuevo. Todo se oia como sueño, ó pensamiento inutil para la Iglesia, y para la causa publica: propuso la pretension de el Ducado de Sueuia, como heredero de él por su Madre, y sucessor por la muerte del malogrado Conradino; y no le podia hazer mayor mal el Papa, que procurarle el tal Ducado: añadió otra pretension mas vtil, pero no menos imposible; digo la de Nauarra contra la Casa de Francia: pasó á pedir gran suma de dinero, que el Rey Carlos de Sicilia le debia, como si el Papa lo huviera de pagar; ó sacar: y en fin, para que el mal acósejado Rey entendiesse, que no le querian conceder cosa, pidiendo vna tan facil, y debida, como la libertad de su hermano Don Enrique, tambien se la negaron. Así, no faltandole yá mas que pedir, se bolvió; y porque en su Reyno tomó otra vez el nombre, y las insignias de Emperador, Gregorio le persuadió por medio del Arçobispo de Seuilla, que se dexasse de aquel porfiado yerro; pero se conoció bien, quanto mejor es para vn Rey pretender obrando en su casa, que rogando en la agena; pues, porque Don Alonso desistiesse de vna figura tan insubstantial, le concedió el Pontifice las Dezimas Eclesiasticas para la guerra de los Moros.

Pero

12) Pero está buelta, y los efectos de ella sucedieró despues: y aora, mientras el Rey de Castilla estaba en Francia, celebrò Don Iayme Cortes en Lerida á los Ricoshòbres de Aragón y Cataluña: mas no quisieron entrar en la Ciudad, el Vizconde, y los Condes, ni Don Fernan Sanchez, Don Artal de Luna, D. Pedro Cornel, y los otros, que en Aragón le seguian, diciendo, que no se aseguraban de el Rey, y así no admitiendo las seguridades, que les ofrecian, embiaron Procuradores. Huvo querellas de vna, y otra parte, sobre si este, ó aquel Castillo se tenia bien, ó se átia quitado mal: todos también estaban ofendidos, de que se les auian quebrado las treguas; y todos parece, tenian, que perdonar. Los Iuezes declararon, que la excepcion de los Ricoshombres, para no obedecer, no era legitima; mas como yá la necesidad la legitimaba, mientras no se tomaba medio de mas consuelo para todos ellos, se estubieron firmes en no obedecer. El Principe dexó las Cortes; parece, que con miedo, de que produxessen el efecto esperado de la paz, que él aborrecia; el Rey con dolor, y con ira las dissolvió, y diuidió con el Principe el gustoso afan de la vengança; tanto, que ni los ruegos, y persuasiones de los buenos, ni la memoria de que iba á destruir á vn hijo, ni aquella su natural generosidad, le pudieron apartar del pensamiento lobrego de guerra mas que ciuil; y como si el Principe no fuera vno de los mas sagazes, y brauos Caualleros del mundo, y como si su odio huviera menester espuelas, para correr, y atropellar á su hermano, y á los suyos; le incitaba, y animaba el Rey, repitiendole con ardor: *Que desembolviessse bien las manos, y les hiziesse quanto mal, y daño pudiesse.* Para hazerlo así, tuvieron presto ocasion sus deseos; porque sabiendo Don Pedro, que su hermano visitaba cò poca gente sus Castillos, vn dia, que, ó los

chismes, ó las espías le auifaron, que auia de ir al de Antillon, le puso en celada. cien cauallos, que dieron de repente sobre él; y porque se les escapó con la fuga, le siguieron, y encerraron en el Castillo de Pomar. Dieron al punto auiso al Principe, que acudió mas que al punto desalado, porque no se le fuesse la presa de su antigua, y ansiosa vengança: el pobre mozo entendiendo, y bien, que ni podía huir la muerte en el Castillo, ni esperar la vida de su enemigo hermano; hi zo, que con sus armas saliesse vn escudero, y con él algunos cauallos á pelear, para escapar se él, en el interin que duraba el disfraz en otro, que tomó de pastor, en el qual pudo escabullirse con buen principio de ventura; mas como el escudero no tardó en ser vencido, y preso, se acabò presto el engaño, y fuerón en busca del fugitivo todos: el desdichado llegó al rio Gincá, vecino á la fortaleza, y no pudiendo passarle, se entró, y escondió por vnos campos, que aunque bié cubiertos de malcza, y desigualdades, le encubieron mal á los ojos de aquellos ansiosos cazadores; que cogiendole, al punto le arrojaron en el mismo rio por orden de su ayrado, y vengativo hermano; el qual quiso enterrar, y esconder luego en las aguas á su aborrecido hermano, para no permitir á sus ojos, ó á los de su padre, ni las contingencias de la misericordia, ó de la lastima. Así esta diligente crueldad, que podia ser reprehendida aun de otro, que fuesse Rey menos padre, que Don Iayme, fue de gran gusto para su enojo, q yá satisfecho, dezia contra la triste memoria de D. Fernan Sanchez: *Es muy dura cosa, que siendo hijo nuestro, y auiendole hecho tanta merced, y dado tan principal Estado, se aya rebelado contra nuestro seruicio.* Este tragico exemplo nos dexò vn hijo del Rey, que siguió desde los primeros años á su padre en los primeros esquadrones, y peligros de la guerra: si le mereció con impa-

ciente, y pundonoroso bullicio, ó si le padeció por las calumnias del Palacio, no podremos aueriguarlo. Del su muger Doña Aldonça Ximenez de Vrrea le quedò vn hijo, que le sucedió en el Estado, y Nobleza, y fue principio de la Baronía, y nombre de de Castro en Aragon. Muerto D. Fernan Sanchez, se acabó la guerra de Aragon, porque nadie se interessaba tanto en ella, q̄ no aborreciese aquellos peligros; bien que á su medio hermano, y á otros, que con él estaban, los desterraron de el Reyno, y se passaron al de Nauarra, para castigo de lo passado, y remedio de lo venidero. No tomaba con menos calor la guerra de Cataluña el Rey, y passó en primer lugar á hazerla contra el Cōde de Ampurias; del qual tenia mas queja, porque (entre otras razones) visitando al Conde su padre en su vltima enfermedad, dixo el viejo moribundo á su hijo en presencia de el Rey: *Que siempre siguiesse, y siruiesse al Rey, y por ninguna persona fuesse contra él, y que le daba su maldicion, si hazia lo contrario.* Mas á estas, y á otras quejas del Rey daba el Conde sus interpretaciones, y respuestas; aunque no las tuvo tan promptas á las de las armas,

porque experimentò, quanto se diferenciaban en las empreffas los principios de los fines, y quan falazmente discurre vna alegre, ó impaciente esperança; á la qual entristeciò tanto el Rey, que assi el Conde, como el Vizconde de Cardona estaba mas humildes, y cuydadosos de el peligro: por consejo pues, y necesidad comun de los coligados el Conde con Pedro de Berga fue á ponerse en las manos del Rey, que estaba en el cerco de Rosas, y le lebató por la suplica, de que juntasse Cortes de Aragon, y Cataluña; en las quales se determinassen, y acabassen aquellas diferencias. Las Cortes se tubieron en Lerida, y fue á ellas el Principe, el qual, para satisfacer delante de su padre á las quejas, que tantos, y tan grandes Señores tenian de él, quiso hablar en publico, y hazer mayor el auditorio, llamando á los mas principales de la Ciudad. Esta determinacion no vulgar, puso, ó confirmó á los Ricoshombres en alguna sospecha de su poca seguridad, y de qual que intencion feuera del Principe; y assi, sin despedirse del Rey, se salieron de las Cortes; y ellas se acabaron sin el fin para que se auian convocado.

CAPITULO OCTAVO.

La vltima guerra del Rey y contra los Moros.

S V M A R I O.

- 1 **V**enida del Rey de Marruecos, y muerte del Infante Arçobispo.
- 2 Socorro de Castilla; castigo de los Moros; y rota de los nuestros.

- 3 Enfermedad, y muerte del Rey.
- 4 Sus casamientos, y la sucecion.
- 5 Sus virtudes.

ESTA tan impenfada nouedad no causó los disturbios, que la partida, el descontento, y la desconfiança de aquellos Señores amenazaban; porque ni ellos

pretendian mas, que la seguridad, y la possessiõ de sus libertades, Castillos, y vassallos; ni el Rey, ó el Principe estaban para hazer, ó confirmar enemigos, por ser en esta ocasion tantos, y tan formidables, los que contra el nombre Christiano aportaron, y apare-

recieron de repente en España con Abenjucef, Rey belicoso, y poderoso de Marruecos; á cuya venida dió alientos el auiso del Rey de Granada, de que el de Castilla con su ausencia auia dexado franca, y llena de esperanças la puerta de sus Reynos. Diuidieronse los dos Reyes Moros, para diuertir, y turbar con dos exercitos tan grandes: el de Granada corrió la tierra de Sevilla; y el de Marruecos pasó á la de Cordoua, en donde se hallaba, como Adelantado mayor de la frontera, Don Nuño Gonçalez de Lara, que por honra, ó necesidad dió la batalla al Pagano, sin esperar mayor socorro del Principe de Castilla; y después de auer peleado él, y los suyos con noble, y Christiano valor, fue vencido, y muerto por el numero tan superior de los Moros, en el mes de Mayo de 1275. Luego el Infante Don Sancho de Aragon juntó de su Arçobispado de Toledo toda la gente que pudo, para detener el impetu de los enemigos, y partiò á laen; en donde esperó á otros Castellanos; para engrossar el exercito, quando supo, que los Moros de Granada llebaban gran presa de Christianos cautiuos, y arrebatado de clemencia Real, y Pontificia, saliò, para sacarlos de la esclauitud, y de las cadenas. Yá estaba cerca de los enemigos, quando Sancho Duerra, Cauallero Aragonès, y de su familia, le aduirtió, que el Señor de Vizcaya llegaria aquella noche con sus tropas á laen, y seria bien esperarle, para assegurar la victoria; oyó esto el Comendador de Martos, y có burla dixo: *El mal encantador con la mano agena saca la culebra: añadió, Que Don Lope Diaz no auia llegado, que no marchaba sino con pocas compañías; que si le esperaban, él llebaria la gloria; la qual podia, y debia tomar para sí el Infante.* El pues, lleuado deste punto, y de la confiança de su corazon, no admitièdo los consejos, que su criado le repetia, diò trás los enemigos con pocas, y desor-

denadas compañías; lo qual, aduertido por los Moros, fue principio, y causa de vna tan lastimosa rotá, que todos quedaron muertos, ó presos, y con ellos el mesmo Infante; cuya persona, y prision puso en contienda de ambicion, y codicia á los Moros Africanos, y Granadinos, que peleaban entre sí, sobre cuyo prisionero auia de ser; pero el Arraez de Malaga le atrabesó el ombro con vn dardo, diciendo: *Nunca Dios quiera, que por vn perno mueran tantos buenos Caualleros:* luego le cortaron la cabeza, y la mano de los anillos. A estas dos tan lastimosas perdidas se añadió la tercera de la muerte de el Principe Don Fernando de Castilla, que acudiendo para atajar tan impetuoso raudal de males, y recogiendo la gente en Villa Real, affigido de la tristeza de la perdida de su buen tio, y de tantos Nobles; y fatigado con los cuydados de las leuas, y sucesos, enfermó, y murió; dexando de la Princesa Doña Blanca de Francia dos hijos, Alonso, y Fernando; y partiendo al otro mundo con los miedos, y proféticas agonias de que sería desheredados por su hermano el Infante Don Sancho de Castilla, como después sucedió. Todos estos males causó la mal considerada pretension, y ausencia del Rey Don Alonso, que mientras en la Corte Romana pleyteaba Imperios, Reynos, y Ducados imaginarios, iba perdiendo en su casa los que por su gran substancia le podían quitar todo el deseo de los otros; y este fue el primer escalon, por donde baxò rodando este mal auenturado Rey, hasta ser después despojado del Reyno por su hijo, y ser priuado de él por sentencia publica de las Cortes de Valladolid.

2 Para aliuio, y remedio de tantos males mandó el Rey Don Iayme al Principe su hijo, que con toda celeridad partiese con la gente de la frontera de Murcia en socorro de su nieto el Infante Don Sancho de Castilla, mien-

1276

mientras él juntaba toda la Nobleza de sus Reynos, y passaba a pelear contra los Moros en persona: así el Principe Don Pedro arrebatando mil cauallos, y cinco mil Infantes, marchó como de carrera por el Reyno de Murcia, y entró en el de Granada á modo de rayo, llenandolo todo de fuego, y muertes: temiendo el Granadino, que se encaminasse ázia Malaga Don Pedro, mandò, que su exercito passasse allà; y viendose dexado de ellos Abenjucef, y que auia menester vn exercito para solos los viueres, porque el Infante Don Sancho disponia Galeras, para impedirle los que por el mar le podian ir, se retiró ázia Algecira. En el interin (entrado el año de 1276.) Don Iayme se disponia para la jornada, enternecido con los daños de Castilla, á cuyo Rey tenia por hijo; herido también del dolor de la muerte del Infante Arçobispo, y acordandose de tantos beneficios de victorias, como Dios le auia dado contra los Infieles, quiso agradecerse los con acabar su vida en tan anciana edad con la espada en la mano en su seruicio: así mandò, que toda la Nobleza estuuiesse en Valencia para la Pasqua de Resurreccion. Temieron Abenjucef, y el Granadino, que la autoridad, disciplina, y fortuna del Rey auian de producir grandes efectos contra los progressos, que ellos auian hecho con las armas en Andalucia; y para cerrarle la puerta á la salida de su casa, le dispusieron vna gran diuersion con los Moros de Valencia: á los quales embiaron, y ofrecieron socorros, para que tomassen las armas, y sacudiesen el yugo de los Christianos: fuele necesario al Rey, no dexar correr estos humores á partes tan peligrosas: algunos de los pueblos alterados se reduxeron á la obediencia con el miedo, y otros con la fuerza de las armas; y en el combate de la Villa de Alcoy murió Alazdrach, aquel famoso, è indomito Caudillo de los Moros, que

pensò tomarla por assalto; aunque muchos de los defensores entristecieron esta alegria, porque engañados con el destrozo de los sitiadores, salieron para acabar con ellos en el camino; y dando en vna emboscada, perrecieron los mas neste suceso: diò auilantez á los Moros, para acometer, y tomar algunos Castillos, que viuiam en el descuydo de la paz con poca preuencion para la guerra. Mas poco despues D. Pedro de Moncada, Maestro del Temple, y Don Garcia Ortiz de Azagra, con ciento y veinte cauallos, fueron en busca de mil de los Moros, y los derrotaron. Tambien D. Pedro Fernandez, hijo del Rey, que acababa de cercar á dos mil Moros en Beniopa, sabiendo, que les iba socorro, al punto les diò con tanto valor, y pujança el assalto, que los prendió á todos: así los Ginetes, que iban á socorrerlos, se diuertieron ázia Luxen, y le saquearon. El Rey salió contra ellos; mas por los justos, è incansables ruegos de los suyos, que temian en aquellos calores á su mal conualecida, y flaca salud, se bolvió á Xatua; ellos llegaron cansados del camino, y fatigados del ardiente Sol á vista de los enemigos; los quales eran quinientos cauallos, y tres mil Infantes, que despues de vna larga, y feróz batalla quedaron vencedores: murió D. Garcia Ortiz de Azagra; fue preso el Maestro del Temple, aunque luego se escapó; y salió herido Don Guillen Ramon de Moncada. Fuele de gran pena este suceso al Rey, arrepentido de no auerse hallado en la batalla; y desconsolado de su perdida, por el mal consejo, y gouierno, que en ella se tuvo por los Capitanes. Ni ayudaria poco este disgusto á la enfermedad, en que luego cayó por las fatigas, y trabajos de proueer, visitar, y fortalecer por su misma persona los Castillos: bien que aquel animo superior no se rendia á los accidentes del cuerpo, y de la edad, y así velaba siem-

siempre sobre todo; teniendo por estrellla, y como diuina fuya, empezar, y acabar su vida, como Rey.

Para aliuirle mas en esta enfermedad, llegó el Principe á seruirle, y consolarle con mucha, y luzida Nobleza; con la qual, despues de auer dexado la Andalucia en mas descáso, auia venido, para juntarse con su padre, contra aquellos inquietos, y vecinos Moros; aunque mientras se disponia la expedicion, se entretuvo en hazer guerra al Conde de Ampurias; y aora la dexaba yá por orden de el Rey, á quien el Conde se presentó, firmando, segun nuestras leyes, que estaria á derecho con el Principe: el qual no mostró disgusto deste orden, porque cuydoso de la pertinaz rebellion de los Moros, y mas de la flaca, y poca salud de su padre, quiso acercarse á lo mas necessario, y piadoso. Así entró en Algecira á visitarle, y consolarle, ó á la verdad á despedirse, y recibir su vltima bendicion; porque declarandose mucho mas la enfermedad, iba pronosticando, y señalando á la cercana muerte; ni se dió el enfermo por desentendido, antes se armó, como Christiano, con repetidas confesiones de sus pecados, con los focorros de los otros dos Sacramentos, que preuenido, y lleno de singular piedad, religion, y esfuerço, se adelantó á pedirlos, y los recibió con ardiēte, y deuota anticipacion, como quien sale á encontrarse con el enemigo. Luego en presencia de los Prelados, y Grandes (oída con deuotissima ternura la Missa) habló al Principe así:

„ Este Señor que aqui se ha sacrificado por nosotros, y será luego mi „ Iuez, puede ser testigo, y fiador del „ amor, con que siempre he deseado, „ que seais bueno, y grande Rey; y del „ cuydado, con que ya me despido, y „ deseo, que seais mas bueno, que grá- „ de; mas Christiano, que poderoso. „ En mas de sesenta años de Rey he „ recibido de Dios continuos, y sin-

„ gulares beneficios: razon será; que „ pues vos, hijo mio, los heredais, me „ ayudeis á ser agradecido por ellos. „ Los peligros me han seguido desde „ la cuna, hasta la sepultura; nunca „ me han faltado enemigos á la vista, „ y á las espaldas; nunca vna batalla „ fue sino passo, y empeño para otras: „ y siempre Dios me sacó victorioso „ de los peligros, de los enemigos, y „ de las batallas, todo sin numero. „ Por su fauor os dexo la Corona de „ nuestros Mayores aumentada casi „ en la mitad, y en autoridad, y fuer- „ ças muy superior á si mesma. Para „ que este Rey de Reyes os la confer- „ ue, y engrandezca en su seruicio, os „ encomiendo con todo el cariño de „ mi corazon el santo temor de este „ Señor; de quien sois tan vassallo co- „ mo todos, y mas beneficiado que los „ demás: os encargo tambien para la „ perpetuidad del Reyno, y paz de „ vuestro Reynado, que ameis, y su- „ frais á vuestros Pueblos, y Nobles, „ como á hombres, que os conseruan „ la Magestad, y os avrán de amar, y „ sufrir como á Hombre, y como á „ Rey. Y con mas particular ahinco; „ y cuydado os ruego como amigo, y „ os mando como Rey, y Padre, que „ ameis á vuestro hermano Don Iay- „ me, como á tal; honradle por hijo „ mio, y de vuestra santa Madre Do- „ ña Violante, pues nos debeis tantos „ cariños, y sustos. No sea que, porque „ le quedan en herencia el Reyno de „ Mallorca, y los Estados de Roselló, „ y Mompeller, os tengais por desfa- „ uorecido; quando vos quedais con „ lo mejor, y superior suyo. Tambien „ os pido, que hagais merced á Don „ Iayme de Roca Obispo de Huesca, „ nuestro Cancellor; al Sacristan de „ Lerida su hermano; á Hugo de Ma- „ taplana, Arçediano de Vrgel; y á „ todos los criados, y Ministros, que „ os dexo en Palacio, y Consejo; por- „ que de todos he recibido, y recib- „ reis muy fieles seruicios. Con esta

„ vnion de Reyes, y vassallos queda-
 „ reis suelto, y fuerte para la guerra
 „ de los Moros, que os dexo en heré-
 „ cia, como rico don, y en memoria
 „ de nuestro amor. No fieis jamás en
 „ pactos, y juramentos de estos obsti-
 „ nados infieles; y os ruego, que no
 „ dexéis ni vno en el Reyno: que me-
 „ nos mal será tenerle poco poblado,
 „ que peligroso con la cizaña, y el
 „ veneno de sus ocultos, y rabiñosos
 „ discursos: no los tratareis vos con
 „ mas benignidad, que yo; y nunca
 „ hallè fe, ni agradecimiento en ellos;
 „ ni dexaron las rebeliones, sino quã-
 „ do no pudieron mas. Afsi para que
 „ partais vos luego á facarlos de el
 „ Reyno, y no se interrumpa cõ vuest-
 „ tra buelta el cumplimiento de este
 „ mi vltimo deseo, ordeno, que si
 „ muero en vuestra ausencia, como
 „ lo parece, sea mi cuerpo deposita-
 „ do en Santa Maria de Algezira, ó
 „ en la Iglesia Mayor de Valencia; y
 „ se dilaten las ceremonias del entie-
 „ rro en Poblete, para despues de esta
 „ santa guerra, y expulsión de los ene-
 „ migos de Christo. Dichas estas pa-
 „ labras se esforçó mas el Rey, como lla-
 „ ma que acaba, y forceja: mostrando
 „ alegría con el denuedo del Principe,
 „ que ofrecia obedecerle, tomó la espa-
 „ da, que tenia arrimada, ó pendiente á
 „ la cabezera, y dandola de su mano al
 „ Principe, le dixo: *Tomad hijo esta espa-
 da; la qual, por la virtud de la diestra Di-
 uina, siempre me ha sacado vencedor: lle-
 uadla con vos, y obrad varonilmente.* El
 Principe la recibió, y le besò la ma-
 ño: y Don Iayme, como su cetro auia
 sido la espada, no se tuvo yá sin ella
 por Rey, hizo al punto mas expressa
 renunciacion del Reyno; y en lugar
 del Manto Real, vistió el Habito de
 San Bernardo, prometiendo á Dios
 partir luego al Conuento de Poblete,
 y seruirle Religioso lo que le dexasse
 de vida para enmienda de lo que le
 auia ofendido siendo Rey. Hecho es-
 to, su hijo se despidió para obedecer-

le en la frontera: y èl se encaminò pa-
 ra Valencia: en donde la muerte le
 cortò sus piadosos passos á veinte y
 siete de Julio de 1276. á los sesenta y
 ocho años y medio de su vida (aunque
 Blancas le dá tres mas por error;) á
 los sesenta y tres de su Reynado, me-
 nos quarenta y dos días: y á los sesen-
 ta de su Gouierno.

4 Fue el Rey tres, ó quatro ve-
 zes casado, y hubo doze hijos legiti-
 mos: la primera muger fue la infeliz,
 y diuorciada Doña Leonor, Infanta de
 Castilla; de la qual tuvo á solo el ma-
 logrado Principe Don Alonso. La se-
 gunda Doña Violante de Vngria: de
 la qual nacieron quatro Infantes, y
 cinco Infantas: Don Pedro el Grande
 Rey de Aragon: Don Iayme Rey de
 Mallorca: Don Fernando Conde de
 Rosellon (á quien se sustituyó, y suce-
 dió el Mallorquin) y el desgraciado
 Don Sancho, Arçobispo de Toledo:
 Doña Violante, muger del Rey Don
 Alonso de Castilla: Doña Constança,
 que lo fue del hermano de esse Rey,
 llamado el Infante Don Manuel (y no
 Rey de Portugal, como con descuydo
 escribió Blancas:) Doña Isabel, muger
 de Philipo el Audaz, Rey de Francia:
 Doña Sancha, Virgen de tan alta san-
 tidad, que se humillò á peregrinar
 desconocida desde Aragon á Ierusa-
 len; en donde siruió por mucho tiem-
 po, como pobre á los pobres del Hos-
 pital; y dando alli tan glorioso fin á su
 vida, la hizo Dios mas illustre con va-
 rios milagros, que (como se refiere)
 obró por ella en su muerte: la vltima
 fue Doña Maria, que viuió, y murió
 Religiosa: y aun Blancas añade otra
 de la misma profesion, llamada Doña
 Leonor. La tercera muger fue la San-
 ta Doña Teresa Gil de Vidaurre, de
 cuyas virtudes, y fatigas diximos al-
 go: su nobleza se acredita de grande,
 afsi por esse matrimonio, ó por la de-
 claracion del Rey, que llamó sus hijos
 á la sucesion de la Corona á falta de
 los de los dos primeros Infantes, los
 Re-

Reyes Don Pedro, y Don Iayme; como por el linage de Vidaurre, que en Navarra está puesto en la primera tabla de los Nobles, instituida, ó declarada por el Rey D. Garcia Ramirez: y en Aragon en la de los Ricoshombres de Meznada, de la qual fue sin duda Don Iuan de Vidaurre, padre de esta mas encubierta que oculta Reyna. De ella nacieron los Infantes, Don Iayme, Señor de la Baronia de Exerica, y Don Pedro, de la de Ayerbe; que al vfo antiguo tomaron esos Apellidos. La posteridad del segundo desapareció mucho tiempo ha, como lo afirma Blancas: la del primero se conserva con la representacion de algunos derechos hereditarios, y con la Real insignia de las Barras de Aragon en la gran Casa de los Duques de Arcos, que las añadió al Leon coronado de su Escudo; y se derivó por esclarecidos casamientos. La quarta muger, si lo fue, como el Rey lo pensaba, y lo dezia á su modo, y parece Esposa assegurada con la palabra Real, que se cuenta; se llamó Doña Berenguela Alfonso, hija natural del Infante Don Alfonso de Leon, Señor de Molina: no tuvo el Rey de ella sucesion, y fue por la gentileza de su alma, y cuerpo digna de ser tan amada de él, y puesta en estado, ó nombre mas decoroso. Però tuvo el Rey dos hijos naturales en dos hembras de nobleza digna de no mancharse, ni con los faoures de su Rey: pues fue la vna; hija legitima de Don Sancho de Antillon; de la qual nació el Infeliz Don Fernan Sanchez de Castro; cuya sangre, y Señorío de Castro entraron en la esclarecida Casa de Aytona. La otra fue Doña Berenguela Fernádez, Madre de Don Pedro Fernandez de Hjar, el qual con este Apellido, y por su segundo Matrimonio con Doña Marquesa (hija del Rey Teobaldo de Navarra, y de Doña Marquesa Lopez de Rada) dió principio á las excelsas Casas de los Duques de Hjar (oy Sil-

uas por Baronia) y de los Condes de Belchit.

5 Bolvemos pues á despedirnos de Don Iayme: cuyo elogio es ya tan imposible, como debido: pues sería no menos dilatado que su vida: bien así como su epitafio se estiende, y se estenderá por los espacios eternos de vna constante, y serena gloria. Rey verdaderamente de immortal nombre en Palacio, y en el Campo: *igual á los Alexandros, y á los Cesares*, como lo pregonan los estraños: *y si el lunar de la incontnencia (añade el Padre Rogatis) no buviera en parte eclipsado el lustre de sus glorias, ellas resplandecieran á la par con el mismo Sol.* Però ni la incontnencia fue tanta, como las plumas de algunos Escritores há pintado: ni pudo jamás esse ardor juvenil ahumar, ó la serenidad de su juicio, ó la justicia de su Cetro, ó la fortaleza de su espada, ó la templança de su mesa, ó la modestia de su cuerpo. En tan largo gouierno siempre se conoció su animo, idea de Rey liberal, justo, y misericordioso: tan padre de sus vassallos, que no firmaba sentencia de muerte sino con suspiros. Su religion fue, y será siempre famosa entre las primeras, porque le hizo fundador de dos mil Iglesias: y otros le cuentan hasta cinco mil: los primeros señalan, segun parece, las edificadas de nuevo: los segundos comprehenden las que auiendo sido Mezquitas de Mahoma, se consagraron Templos de Christo, á cuyos pies postro Don Iayme con su diestra vencedora las fortissimas Coronas de Mallorca, Valencia, y Murcia: y en ellas al nóbre Inmaculado de la Reyna de los Cielos mil y setecientas de aquellas Iglesias: en las quales ya en su tiempo, y por el cuydado de su piedad se celebraban veinte mil Missas cada dia. Que fueron en parte causa, y en parte efecto, y premio de aquel su escrupuloso no menos que militar espíritu, que le hizo seguir vnicamente su vocacion de batallar contra los In-

fiel con perfectísimo horror de inquietar, ó debilitar los Christianos: por cuyo dictamen tan santo, como singular entre los Reyes, despreció la ocasión de ser Rey de Leon, soltó los derechos de Navarra, despidió el Condado de Tolosa, y dexó la possession de Murcia. El esplendor de tantas virtudes Reales no permitió, que se obscureciesen, ó escondiesen los rayos de este Principe con los de sus dos Coetaneos, y justos Cópetidores de su gloria, San Luis, y San Fernando: antes bien, aunque no les pudo exceder en el valor, porque fue sumo en los tres, les excedió en las muestras de la braueza, y en las vezes, que arriesgó su persona á las batallas: que las campales fueron treinta (ó treinta y tres) y las subitaneas, y con fuerças desiguales, tan sin numero como ordinarias, todas Catolicas, vencedoras de Infieles: y ni le escarmentaban las heridas, ni le disuadian los consejos, ó los ruegos, ni le aterraban los imposibles. No fue menos amante de las letras dignas de Rey, que de las artes de Capitan: así fue discreto, y sabio sin las imperfecciones de otros Principes, que, ó se arruinaron, ó se enflaquecieron con erudiciones improprias de la Magestad, y de la primera Nobleza: Don Iayme pues con la seueridad de Rey, y Soldado supo escribir sus acciones, como otro Cesar, aunque por modestia encubrió su nombre: y es argumento de alto, y piadoso ingenio auerse aplicado por sí, y con provecho á las letras Sagradas: y en las Ciuiles (por el amor de la justicia, y de la paz) fue otro Numa, ó Lycurgo Aragonés, perficionando en vnas Cortes de Huesca con su juicio todos los fueros antiguos, que reduxo al pequeño volumen, y á la distincion de ocho cortos libros, ó titulos: adelantó tambien los de Cataluña, formó los de Mallorca, y Valencia: introduxo Letrados en su Consejo, pero con tan justo aprecio de nuestras leyes, y de la

breuedad de las decisiones, que prohibió, como delito de lesa Magestad, el uso de otras Leyes, ordenando, que adonde las nuestras no llegassen, se aplicasse sola la luz de la razon natural. Y para perficionarla en sus vassallos, formó, como otro Sertorio, algunos Estudios para la juventud: si bien él mismo fue con documetos, y exemplos el mas celebre Maestro de la Cortesania, de la Politica, y de la discrecion, no menos que del valor, y de la fè, aun con los Infieles. Adornóle Dios estas sus virtudes con luzes soberanas: pues (como yá escribimos) la Reyna dellas le hizo có su presencia Fundador de vna Religion en Barcelona, y Vencedor de los Moros en Valencia: San Iorge le sacó triunfante de ellos en Mallorca: el Cielo se abrió de noche para descubrirle vn triunfo de Martyres: y el mismo Christo mostrò pelear por él, sudando sangre sobre los Corporales de Daroca. Recibió tambien de Dios vn bien proporcionado cuerpo para tabernaculo, ó teatro de tantas virtudes de Rey: porque fue el Cauallero mas galá de su tiempo; ni otro se halló tan alto: con que pareció monstruo de perfecciones sin imperfecciones, juntando la proceridad, y la hermosura; y con ellas tan rara fortaleza, como dicen sus hazañas, y trabajos; y tan singular temperamento, que nunca permitió enfermedad hasta la muerte, conseruandose entero, y justo desde su niñez en las Campañas; vestido de azero, inmediate no pocas vezes á la camisa: cubierto su cuerpo, yá de nieue, yá de Sol; durmiendo baxo de su escudo, y sobre el duro suelo: fatigado de la hambre, y de la sed; embérido de naufragios, de emboscadas, y de flechas: embuelto en peligros, solo menores que su animo: herido de ingraticudes, de aduersidades, y pesares, que se atreuen á los mas valientes Reyes. Y Don Iayme en vn Reynado el mas largo, que desde Salomon se conoció, bebió á menudo, y con

con rostro sereno el caliz de las amarguras humanas hasta las hezes; las quales él con la virtud de su juicio, y constancia, convirtió en heroycas memorias de su nombre, y en vn inmenso Epitafio: cuya suma es, dexar en duda si fue tan glorioso, por auer sido el más fiero de los Vencedores, y el más benigno con los Vencidos: ó porque, siendo bonísimo Rey en vida, y para serlo mejor, dexó de serlo antes de la muerte. Y no fiando, ni en todo lo que fue, y aterrado de el luez, que aun á

tales Reyes encoge, se transformó de Rey en Religioso, para no parecer, ni ser el mismo: dexando á todos, como en legado de su desengaño, este gran argumento; de que para cubrirse en la muerte, mejor es la Corona de Religioso, que de Rey: y que á pocos, aunque justos, no dolera el auer mandado; y á ninguno, el auer obedecido: pues hasta Don Iayme, el zeloso Conquistador de la Infidelidad, se arre- y pintió de tan largo Reynado, y de

EL GRAN REY DON PEDRO, REY VIGESIMO DE ARAGON.

CAPITULO PRIMERO.

Disposiciones, y causas de la Empresa de Sicilia.

S. V. M. A. R. I. O.

- 1 Coronación del Rey.
- 2 Fuga de la Reyna de Castilla con los Infantes de la Cerda.
- 3 Victoria de Montesa.
- 4 Guerra ciuil de Cataluña.
- 5 Vistas del Rey con el de Francia.
- 6 Vistas con el de Castilla.

- 7 Peregrinación de Iuan de Prócxita por la libertad de Sicilia.
- 8 Dispone el Rey para passar por Berberia á Sicilia.
- 9 Las Visperas Sicilianas en Palermo.
- 10 Matança de Franceses en Mezina, y otras partes.
- 11 Llamá Palermo al Rey de Aragon.



El glorioso Rey D. Iayme, sucedió su hijo, D. Pedro en la edad de treinta y siete años; y heredandole no menos las virtudes de Rey, que la Corona, fue llamado de ellas el Grande; y tambien *El de los Franceses*, porque lo mostró mas, y con

sublime espíritu de fortaleza, y constancia contra ellos en la empresa de Sicilia, y defensa de su Corona; siendo el primer Rey Español, que acabada la conquista de los Moros, sacó sus armas, para mostrarlas, no menos fuertes, y afortunadas en las empresas de Christianos; como en Sicilia, Nápoles, y en los mares de Francia lo

configurió con abundante luz de los sucesos (aunque en breuísimo tiempo) este por la razón, y la fortuna aclamado de las gentes con el renombre casi siempre lisonjero, del *Gran Rey*. Mas aora, continuando las conquistas, y obedeciendo á la voluntad de su Christianísimo Padre, quando este murió en Valencia, estaba él en frontera ocupado en la guerra contra los Moros Valencianos, socorridos por tierra, y mar de los Granadinos, y Africanos; y auiendo fortalecido los presidios, y asegurado los pueblos, concedió á los enemigos treguas de tres meses, para acudir á dar principio á su nueuo gouierno, y recibir la Corona: sin cuya ceremonia, no se quiso llamar Rey, ni adelantar este nombre, como pudiera en Valencia, hasta que por la coronacion soléme de Zaragoza, pudiesse tomarle de Aragon: así auiendo dado forma á las materias de la paz, y de la guerra, pasó á Zaragoza; en cuya Iglesia mayor de San Salvador, fue coronado, y ungido, como tambien despues su muger Doña Constança, por el Arçobispo de Tarragona; siendo los primeros, que usaron para essa Religiosa, y Real ceremonia del priuilegio Pontificio, concedido por Inocencio III. al Rey Don Pedro, su abuelo; cuya demasiada, ó disputada deuocion en hazer, sin voluntad de sus vassallos, su Reyno tributario, corrigió, ó moderó aora el nieto có la preuenida circunspeccion de protestar delante de algunas personas: *Que no recibia la Corona de mano del Arçobispo en nombre de la Iglesia Romana, ni por ella, ni contra ella.* A la Coronacion se siguieron las Iuras del Rey, y de el Reyno: y tambien de el Principe Don Alfonso en su menor edad.

2 De Zaragoza bolvió el Rey á Valencia, para dar fuego á la guerra, y castigo de los Moros: quando le fue forçoso dar otra vez la buelta para Aragon; porque su hermana, la Reyna

de Castilla, le pidió con ansias, y secreto, se viesse á la raya en el Monasterio de Huerta: estaba affigidissima esta Señora, por ver desheredados en las Cortes de Segouia á sus nietos D. Alfonso, y Don Fernando (llamados de la Cerda) hijos del hijo mayor Don Fernando; porque fue jurado en ellas por sucesor Don Sancho, el menor; y aunque este, que despues, siendo Rey, mereció llamarse el *Brabo*, era por su gran valor, juicio, y hazañas, dignissimo de la Corona de Castilla, sentia el Rey de Aragon su tio, que fuesen desheredados aquellos Principes; quizás porque no discurria en esse mal de los sobrinos tanto bien proprio, como despues. Traida pues aquella Reyna de este cuydado, y dolor, dando á entender, que se iba á Guadalaxara, se llegó á la frontera, acompañada de su nuera la viuda Princesa Doña Blanca de Francia (hija de S. Luis) y de sus dos nietos; y entrando en Aragon (en Hariza á ocho de Henero de 1277.) se los encomendó al Rey Don Pedro, como desconfiada de la vida de ellos, si en Castilla mostraban, como era forçoso, el dolor de su desheredamiento contra el sucesor, y Principe jurado D. Sancho, su tio, en cuyas manos estaban las armas, y las leyes: ni estas en el punto de la representación hablaban entonces tan claro, que no pudiesen causar rezelos, y guerras ciuiles, como las empezaron á temer, con la nouedad de este fugitiuo viage de la Reyna, el Rey, y Principe nueuo de Castilla: así pidieron con instancias á D. Pedro, que les bolviesse aquellas prendas, que tanta falta hazian en su casa; y él satisfizo, ó respondió con palabras de cumplimiéto, y autoridad, sin negar, ni conceder; y fue negar con el corazon, y las obras; ó porque juzgó, que les importaba á los Infantes; ó porq̃ esta era la primera piedra, que en su Reynado ponía en el monton de las muchas, q̃ iba disponiendo, para arrojar

jar despues contra la Casa de Francia, cuyos nietos, y fauorecidos eran estos Infantes, que por lo menos servirian en todo tiempo de torcedor, para que la de Castilla ni se vniesse con Franceses contra nuestro Rey, ni le pudiese embarazos á la empresa, que él auia discurrido en su iuizio, volúta, y fortuna, desde la muerte de el Rey Manfredo su suegro, contra Carlos de Francia, Rey de las dos Sicilias, que las estaba possyendo en este tiempo. Este motiuo se escondió al principio en la tibieza aparente, y disimulo de nuestro Rey, que para no hazer á su cuñado, y sobrino el peligroso gusto de embiarles los Infantes, se cubria todo de piedades, y blanduras: mas como ni ellos, ni su Madre, ni su Abuela, bolvian á Castilla, el Rey D. Alfonso, mal enseñado del dolor, entendió, que esta fuga auia sido aprobada, ó buscada de su hermano el Infante D. Fadrique, y de Don Simon Ruiz de Haro, Señor de los Cameros, yerno de el Infante: así tomando, como solia, consejo de su enojo, los mandò prender, y matar; y sin mas forma de las leyes de sus Partidas, sin oírse los descargos, passaron aquellos dos Principes por el agua, y por el fuego; porque el Infante murió ahogado; y Don Simon, quemado por orden de Don Sancho: que empezó así á merecer el renombre del Brabo: y es muy de temblar de la Castigadora Prouidencia de Dios, que auiendo el Rey de Castilla mandado executar tan irregulares muertes por los miedos, que sus lobregas Astrologías, ó sus locos Astrologos, le pusieron, de que auia de morir desheredado por vno de su sangre, despues fueron estas muertes vna de las mayores causas de priuarle del Gouierno de sus Reynos; y se le alçò con ellos su mesmo hijo Don Sancho, instrumentò, y causa de ensangrentarse èl aora contra el hermano, y el sobrino; y de auer sido tan aspero con los nietos.

En e binterin profegua nuestro Rey la guerra de Valencia; y auiedo quitado á los Moros rebeldes algunos Castillos, se retiraron los mas con muchos viueres, y ajuar á Montesa, hasta numero de treinta mil; que passò el Rey á sitiarlos, y combatirlos; y ellos, que esperaban gran socorro de Marruecos, viendose apretados, quisieron engañar su vigilancia, y detener su impetu con mentiras; como lo hizieron, ofreciendo la entrega para cierto dia, en manos de Ximeno Zapata, Cauallero de la Casa de el Rey; y quando supieron que venia Abenjucef, Rey de Marruecos, se descubrió en la resistencia, la infidelidad de su promessa: mas el Rey, irritado del engaño, y del peligro, mandò al punto convocar los Nobles, y Pueblos de Valencia, y Aragon, y algunos de Cataluña, para estrechar el cerco, y pelear en campaña contra el Rey de Marruecos: pero este no passò el estrecho; porque el de Castilla, deseoso de arrojar de su Algecira aquel enjambre de ladrones, y cosarios Africanos, juntaba muchas Galeras, para apoderarse de ella: y para esse mesmo fin de aterrar, y embarazar al Pagano, mandò nuestro Rey á Don Pedro de Queralt, su Almirante, saliesse con sus Galeras: así, sabiendose en el Campo, que no venia Abenjucef, ordenò tambien, que los Catalanes se bolviesen; porque no le faltaba gente para vencer al enemigo, encerrado en sus murallas. Arrimado á ellas está el mote de la Muela, en cuya defensa, ó expugnacion, auia de consistir el suceso de este sitio: para hazerle feliz, mandò el Rey vna mañana al amanecer, que tres partes del exercito diessen el combate á la Villa, y al Castillo; y quando vió tantos Moros ocupados en su defensa, subió èl con la otra parte la cuesta, que fue menester ganarla, con gran desprecio de la muerte, por las piedras, y flechas que llouian de la Plaza; mas llegando á lo alto el Rey con

con intrepido, y prompto animo ocupó algunos portillos de la cerca, ó muralla del monte, y con ellos todo aquel sitio; porque los enemigos, vécidos de tan impetuosa arremetida, se retiraron á la Villa; en la qual entró con ellos tanto pavor, y muchas con la vista del Estandarte leuado sobre lo mas alto del monte, que al punto se rindieron sin condiciones, conociendo que ya no las podian esperar tan buenas de los capitulos en suceso tan poco, ó tan nada dudoso, como de la clemencia del Rey. A esta batalla, victoria, y toma de Montesa, que sucedió dia de San Miguel de Septiembre de 1277, obedecieron todos los demás Castillos de los Infieles, y se cortó la cabeza á la Rebelion, que con tantos peligros de la Republica Christiana se auia descollado, y aora se arrancó tan de raiz, que no pudo jamás renacer.

4. Mientras el Rey peleaba con los Moros, como escribe Zurita (ó no, sino apenas auia triunfado de ellos, como lo dize la sentencia de la causa) se alteraron en Cataluña muchos Señores, y Pueblos; estos, sentidos de que no les auia ido á tener Cortes, ni confirmado sus vsos, y priuilegios; y aquellos enlazados en la pretension, que el Conde de Vrgel tenia sobre algunos lugares contra esse Obispo, y contra el mismo Rey. Eran las cabezas los Condes de Fox, Pallás, y Vrgel, el Vizconde de Cardona, y otros, que se confederaron para hazer la guerra al Rey: el qual trató, aunque de lexos, con gran prouidencia de el remedio; yá exortandolos al fofiego; yá ordenando, que Don Ramon de Moncada con la gente de Aragon, y Don Ferriz de Lizana con la de Cataluña (de las quales Prouincias eran Procuradores Gerales) acudiesen á defender al Obispo, y á los que miraban por su Real seruicio. Sucedia este mouimiento á tiempo, que estaba el Rey cuydadofo de las fronteras de

Castilla; porque el Principe D. Sancho andaba cerca, y armado con sus tropas; y con el dolor de no auer conseguido la entrega, ó restitucion de los Infantes de la Cerda, pudiera dificultar, y adelantar qualquiera nouedad; pero embiando Don Sancho Embaxadores de su Padre, y fuyos á Tarazona, mostrò, que su principal cuydado miraba á que no passassen á Francia los Infantes con Doña Blanca su Madre, que tambien los pedia, y el Rey Filipo, hermano de aquella Princesa los deseaba, ó por el consuelo de ella; ó por el interes proprio; y se auia declarado en procurarles el todo, ó parte de la herencia; así vinieron los Castellanos gustosos en que D. Pedro se quedasse con los Infantes, y la Reyna Doña Violante se bolvió á Castilla con el corazón tibio, y suspenso entre la tristeza de la pobre fortuna de sus nietos, y la alegría de la seguridad de sus vidas. Por esta concordia confirmada, y adelantada despues en las vistas cariñosas de tio, y sobrino, pudo el Rey acudir luego al remedio de las inquietudes de Cataluña, que se auian hecho muy sangrientas, y necesitaban de toda su autoridad. Los confederados (en el año 1280) sabiendo las marchas del Rey, y que juntaba de Aragon, y Cataluña yno de los mayores exercitos, que se vieron en aquel tiempo, se entraron en Balaguer, que era de el Conde de Vrgel. Deseaba el Rey, que no se despeñasen, y tambien, que no se preuiniesen, así aun mesmo tiempo los requería, y rogaba con la justicia, les ofrecía la paz, y los sacaba de las treguas, citabalos para que compareciesen como vassallos, y marchaba como contra enemigos. Nada bastaba para el amor, ó el temor; y se mostraban tan lexos de ambos afectos, que esperaban, y hazian la guerra; y el Vizconde de Cardona (Principe crespo, y poderoso) osò correr hasta las puertas de Barcelona; aunque dando la buelta

1278

1279

1280

cargado de prisioneros, y despojos, fue alcançado, y desordenado de los Barceloneses, que sin duda le prendieran tambien, si Gombal de Benaente, Veguer (ò Iusticia) de la Ciudad no rezelara passar á Lobregat. Cansado pues, y ofendido el Rey de tan porfiados vassallos, se arrojò sobre ellos de golpe; aunque para no espantar la caza, se les acercò passando por Lerida con solos quinientos cauallos; porque vsando de las virtudes de su dissimulo, y diligencia (diuinas proprias del Escudo Real de su corazon) hazia tan poco ruido, y mostraba indecisionses, y ansias de paz, quando con vna ajustada, y puntual prouidencia tenia dispuesto, que llegassen á la vista de Balaguer sus vassallos el dia q̄ el se pudiesse sobre ella: assi apenas se arrimò á sus murallas, quando casi á vn mesmo tiempo, aunque de tan desiguales distancias, alcançado de la fineza de sus pueblos, sitiò á los mal contentos con tres mil cauallos, y ciē mil Infantes. Assi empezò el cerco cò la furia propria de las guerras ciuiles, en que peleaban la rabia, y la razon: apenas se interrumpian las salidas, escaramuzas, y baterias: la artilleria del Rey (que era de maquinas, y trabucos) ni de dia, ni de noche cessaba de arruinar; y el grande esfuerço de tantos Principes, y Nobles, que estaban dentro empeñados, y obstinados en la defenfa, resistia á todo de dia; y lo esperaba todo de noche, á costa de los mayores peligros, y continuas proezas de su generosidad, y aplicacion á lo mas humilde, y trabajoso. Mas como los combates destrozaban yá mucho, y los focorros se logran, y reparaban poco, los vecinos de la Ciudad, que eran menos interesados, se enternecian con la vista de la tala de sus vegas, y mas con el temor del saco de su Ciudad; assi lo preuiniéron, auisando al Rey, que se la entregarian; ni les bastò en este aprieto

á los Señores sitiados su autoridad, y su experiencia militar, aunque eran tan grandes: solo les valió su juicio, que en la necesidad fue mayor, y se ingenió para el remedio, que le buscaron saliendo defarmados, y sin seguridades de capitulos, á ponerse en las manos, y en la clemencia del Rey: el qual los entregò al Principe Don Alòso, q̄ los tuvo presos mucho tiempo en el Castillo de Lerida, y solo en el de Siurana al de Fox, y en hierros, por castigar la ligereza Francesa de auerse venido á soplar el fuego, aunque tá emparentado, y heredado en Cataluña; y èl era tan inconstante, y turbulento, que antes auia faltado en muchas promessas al Rey, y aora le sobra en otras tantas amenazas; pero enseñado con los grillos á mas sosiego, puso por intercessora á su hermana la Reyna de Mallorca, por cuyo respeto, y por la fineza con que aquel Rey, hermano de el nuestro, acudiò á este cerco, le diò Don Pedro libertad, aunque no la merecia. Con los otros Señores se huvo el Rey con mas blandura, porque aunque le auian desafiado, y hecho guerra; la dignidad Real de aquel tiempo no auia llegado á la perfeccion de no dexarse tocar, y deseaba hazerlos muy suyos para la empresa de Sicilia, y mas al Vizconde de Cardona, y al Conde de Pallás, que sobre ser muy poderosos, lo eran aora mas por sus Estados vecinos á Francia. Assi despues de auerlos condenado los Iuezes á cada vno en ducientos mil marcos de plata por las costas de los gastos del Rey; en cien mil sueldos por los daños de los vassallos; y en perdida de los feudos por el desafio; ellos para pagar estas penas entregaron al Rey sus Villas, y Castillos con el dominio directo, que tenían en ellos; y el Rey, como antes lo auia prometido, se los bolvió en feudo; de modo, que con poca diferencia en la comodidad, quedaron Señores feudatarios, los que antes lo eran sobe-

Lobes

ranos de gran parte de sus Estados. Salieron pues de la prision el Vizconde, y el Conde, Don Ramon Roger, su hermano, Don Bernardo Roger de Eril, y Don Ramon Roger de Anglesola, precediendo tantas formalidades, y tan escrupulosas seguridades, como si los presos fueran Reyes; y declarando los Juezes, que en nada quedaba herido el buen nombre de aquellos Varones: y aun el Autor del Libro manuscrito de la Casa de Cardona, niega que el Vizconde, y el Conde pudiesen los Castillos en poder del Rey; seria quizás alguna entrega ceremoniosa, ó sola oferta. Añade (y lo prueba) que el Rey, para preuenir la buena voluntad de el Vizconde, y la oferta de servirle, y seguirle contra todos sus enemigos, le bolvió todos aquellos honores de soberania, y dominio directo de sus Estados. Creible es, que hiziesse esse mismo fauor al Conde de Pallás; y tambien poco despues al Conde de Vrgel, que sin duda se reduxo á su gracia con Don Alvaro de Cabrera, Guillen Ramon de Soffa, Ponce de Ribellas, Ramon de Vilamur, y Guillen Galcerán de Cartella; porque todos le siruieron muy á medida de su nobleza, y de la necesidad de la Corona.

5 Deshechos pues afsi hasta los pensamientos de la guerra ciuil, bolvió el Rey con nuevos cuydados, bien que con profundo silencio, y dissimulo, á los de la guerra forastera de Sicilia; de cuyos discursos, y deseos nunca se olvidaba su animo: era su destreza, y sagacidad tan parecida á su valor, que los Reyes de Francia, y Castilla le galanteaban á competencia para la seguridad, y los intereses de los Infantes de la Cerda, que tenia en su poder, quando á la verdad, él auia menester mucho á estos Reyes, para que no le atraefassen embarazos contra la empresa de Italia. Para concertar estas diferencias de la herencia de los Infantes, se vieron, ó se

acercaron los Reyes de Francia, y Castilla; este pasó á Bayona, aquel á Salvatierra de Gascuña; el qual, siendo interlocutor el Principe de Taranto, le aduirtió primero, que auenturaria sus Reynos por la proteccion de los Sobrinos, y despues se contentaba con que se diesse al mayor el Reyno de laen; inclinabase á este partido el Rey Don Alonso; pero su hijo D. Sancho, que no queria hazer fueita de tanto, y temia, que seria abrigar la sierpe en el seno de sus Reynos, persuadió á su padre, que se estrechasse en buena amistad con el Rey de Aragon, y no tendria que temer de los Franceses. Mas el Rey Filipo, dolorido de lo poco que su autoridad auia valido á los sobrinos, y juntando yá el empeño con la voluntad de fauorecerlos, y la obligacion, procuró vistas con el Rey Don Pedro, á quien se las hizo desear, haziendoselas vtiles, y aun necessarias; porque en estos dias fue poniendo la mano el Francés por sus Ministros en el gouierno, y Señorio de Mompeller, que era del Rey de Mallorca, hermano, y feudatario de nuestro Rey; el qual en la verdad no auia menester tanto torcedor para las vistas, porque las auia discurrido en su profundo silencio, como muy conuenientes, ó para ganar, ó para descubrir el animo del Rey de Francia en las diuersiones, ó embarazos de la guerra de Italia. Vieronse pues en Tolosa los tres Reyes, y se conoció presto, que tambien el Francés pretendia en esta junta ganar, ó explorar los intentos de Don Pedro en los intereses de la Casa de Sicilia; porque yá se temia de su ingenio, profundidad, y valor alguna empresa digna de la opinion, que de su persona se tenia: afsi lleuó el Rey Filipo consigo á su primo el Principe de Taranto, hijo del Rey Carlos; el qual se ingeniaba en agassajar, y reuerenciar con grandes muestras de amor, y humildad á Don Pedro, como á Señor de la

Casa de Aragon, de la qual èl era nieto; mas como Don Pedro no le correspondiese sino con esquiviez, y claros argumentos de enemigo, procuró Filipo en la conversacion introducir palabras, y platicas, que necesitassen á Don Pedro á alguna familiaridad con Carlos; pero èl no mudó de estilo, ni serenò aquel obscuro sobrecejo, con que daba claros pronosticos de la cercana tempestad; porque si bien Don Pedro tenia en eminente grado la arte, y el dominio de encubrir sus pasiones; pero era tan grande el fuego de su ira, por las muertes del Rey Manfredo, y de los Duques de Sueuia, y Aufria, Conradino, y Federico, y de la prision de la Infanta Doña Beatriz, su cuñada; que no pudo encerrar, ó divertir el humo de los deseos de la vengança; aunque tambien con sagacidad se permitió estos prenuncios de su animo, para hazer prueba de hasta dõde llegaba el del Rey Filipo, y sondar con esta piedra quanto era el empeño suyo, y quanto se podria cargar, y nauegar sobre su amistad, y parentesco de cuñado en la expedicion de Sicilia: ni quiso el corazon noble, y militar del Rey Don Pedro dexar en Francia argumentos de quejas, y ocasiones de romper para lo venidero; porque los Franceses sin duda las desearian, y soñarían para hazer la guerra á qualquiera que se la hiziesse al Rey Carlos; así en estas vistas, aunque se conformarõ, y renouaron las alianças antiguas de las Casas de Aragon, y Francia; pero ni el punto de los Infantes de la Cerda se determinó, ni en lo de Mompeller duró mucho el juramento, con que el Rey Filipo prometió desistir de aquellas competencias: bien que el Principe Carlos, y el Rey Don Iayme de Mallorca en estas vistas trabaron grande amistad, que se confirmó en Mompeller con fiestas, y agassajos infelizes; porque Don Iayme dió profundos, y perniciosos zelos al Rey su hermano; de quien se

empezaba á rezelar, no menos que el Principe Carlos, y los Reyes de Sicilia, y Francia.

6 Contentísimo quedó D. Sancho de Castilla de que nuestro Rey no hiziesse suelta de los Infantes de la Cerda en las vistas de Tolosa, ni concertasse cosa en daño suyo; así deseò asegurarle mas, y asegurarse del Rey Don Alonso, su padre, á quien el escrupulo, la compasion, y la variedad de los consejos trastornaron su estilo, poco constante en los puntos de la herencia, y de la diuision de los Reynos. Por esto Don Sancho, que en nada era descuydado, persuadió á los Reyes, su padre, y tio, que se viesen en el lugar del Campillo entre Agreda, y Tarazona, como lo hizieron con lucidísimo acompañamiento de Infantes, Obispos, y grandes Ricos hombres (á siete de Março del año 1281:) los capítulos fueron de suma conveniencia, porque no solo se quitaron algunos tropiezos de vna corriente amistad; pero la adelantaron hasta el pleyto omenage de ser amigos de amigos, y enemigos de enemigos, con pena de veinte mil marcos de plata contra el que rompiesse tan estrecha liga: y para que amistad tan solemne, y fuerte no se desluciesse, ó se tomasse de tibieza con la ociosidad, concertaron en secreto los Reyes por si, y por los Principes, sus herederos, *emprender con todas sus fuerzas la conquista de Navarra, y diuidirse aquel Reyno, valiendose unos á otros para esto, y para todo lo demás contra todos los hombres del mundo, Moros, ó Christianos.* Sobre esta tan concorde trabazon de interésses, añadió el Principe Don Sancho al Rey Don Pedro, su tio, los que juzgó le harían suyo con mas firmeza; porque auiendose passado á Agreda las vistas, y las fiestas, le cedió la derechos de Requena, y Albarracin; y le ofreció la parte que de Navarra auia de conquistar, para que todo fuesse de Aragon: y en esto Don Sancho mostraba su grã pruden-

dencia, pues regalaba á su tío con la aparente liberalidad de vn Reyno, que se auia de sacar de las manos largas, y fuertes de la poderosa Casa de Francia: ni era tan corto en los discursos, ò tan ciego en la ambicion D. Pedro, que lo ignorasse, ò tuviesse la mira de sus esperanças en la empresa de Nauarra; la qual auia de embarazar otra mas rica, y gloriosa, qual sin duda era la de Sicilia, para cuya expedició hazia tantos aprestos de vistas, pazes, y amistades.

7 Gastó el Rey en estos aparatos, ó proemios secretos los profundos discursos de su militar, y sagaz Reynado, desde principio de el año de 1277. hasta el fin de 1281. Y por todos estos tiempos le iba Dios trazando esta grande empresa de Sicilia con medios muy oportunos: y pareció el principal, ò capital, permitir su justa prouidencia al Rey Carlos de Sicilia, y á sus Franceses tan infaciable crueldad con la sangre del Rey Manfredo, que ningunas lagrimas, y ningunas intercessiones pudieron sacar de vna larga, è inhumana prision á la Infanta Doña Beatriz, su hija, hermana de nuestra Reyna: tambien la desconfiança, la codicia, la injusticia, la torpeza, y la insolencia iban á vna contra los desdichados, y tiranizados Sicilianos; de los quales muchos de gran nobleza, no pudiendo sufrir tan pesado, y vergonçoso yugo, dexaron su Patria, Estados, y haciendas, y se passaron á experimentar la celebrada magnanimidad del Rey de Aragon; á quien siempre en sus deseos desde allá, y acá tambien con sus ruegos, imploraban, como á su Rey, y Señor natural; por ser la Reyna su muger, legitima sucessora del Rey Manfredo, su Padre. Vino entre otros en esta ocasion, traído de la tempestad de tantos males, Iuan de Proxita, sugero de gran capacidad para amigo, y enemigo, por su nobleza, juicio, experiencia, y valor: así aunque el Rey alhagó, y aco-

modó á todos; pero á este, penetrádole el fondo, le atendió, y proueyó con ventajas, heredándole en Villas, y Castillos de Valencia; y lo mereció, y agradeció bien este Cauallero, porque fue el instrumento, y el interprete, por quien se declararon eó el Rey, el Marquès de Monferrat, los Condes Guido Nouelo, y Montefieltro; tambien Conrado de Antioquia, nieto de el Emperador Federico, y otros grandes Señores Italianos de la Corte de Manfredo, y del vado Gibelino. Mas Iuan de Proxita, no contento con lo que obraba desde lexos, impaciente yá con la tardança de la redempcion de su Patria, tomó por su quenta hazer por ella vna piadosa, y ayrada peregrinacion de tres años: dió vna secreta, y larga buelta por Sicilia, Roma, Constantinopla, y Castilla, para assegurar el fruto de ella. Empezó por la mesma Sicilia, en donde alentó los intereses de muchos á la vengança, y expulsion del dominio Francès, con la esperança de los socorros de Aragon: vnió con ella los animos de muchos, y concertó gran parte de la forma, y de la fiesta de las Visperas Sicilianas. En Roma habló al Papa Nicolao III. que era de la gran Casa de los Ursinos; y por su dictamen, valor, y altos pensamientos estaba, y se mostraba descontento de la ambicion, y demasiada autoridad del Rey Carlos, que mandaba en toda Italia, y dentro de Roma, como Señor, porque lo era de lo mas; y con los titulos de Vicario de el Imperio, y Senador de Roma, lo parecia de todo: añadiase la afficcion, que como á buen Pontifice, le causabá los llores de aquellos vassallos, que la Iglesia auia encomendado al Rey Carlos; y tambien se encendia en justa ira de lo poco que sus ruegos, y exortaciones auian aprouechado. Ni le faltaban á este gran Pontifice sus discursos, que no eran menos, que de hazer á sus dos sobrinos Reyes de Lombardia, y Toscana, y darles así los

los dos primeros asientos en su Reyno á las dos manos de su Trono: y como para esto auia menester echar de Italia á los Franceses, vino facil en ofrecer, y alentar al Rey de Aragon; del qual entendia, que no le estorbaria mucho aquellos intentos desde Sicilia, y que al fin pelearian, y se embarazarian Franceses, y Aragoneses por las dos Sicilias: ni avria el ganado poco, si los necesitaba á que no las poseyese vno solo; ni ocupassen mas los estrangeros en Italia. En Constantinopla halló Iuan de Proxita al Emperador Miguel Paleologo con mas necesidad, que deseo de la liga; porque no auia aun penetrado su peligro, que le tenia grandissimo, por los intentos que el Rey Carlos descubria, de quitarle el Imperio, y darfelo á Philipo, su cuñado, á quien tenia por legitimo Emperador, como á hijo de Balduino, que lo fue de los Griegos; para lo qual ocupaba Carlos ya muchas fuerças, y autoridad en Grecia, y armaba para ir al Oriente con gran exercito con el religioso pretexto de la guerra de la Casa Santa. Tambien en Castilla el Rey Don Alonso, y su hijo Don Sancho eran muy interessados en detener la corriente de los aumentos de la Casa de Francia, de la qual era hijo, y Principe de la sangre, Carlos, Rey de las dos Sicilias; porque ya por el assumpto de amparar á los Infantes de la Cerda, y á por la possession de el Reyno de Nauarra, tenia causa grande, y camino llano para introducir la guerra, y mudar el estado, y gobierno de Castilla: por esso el Rey D. Alonso, y su hijo oyeron, y respondieron con satisfacion á Iuan de Proxita. Pero esta tan sagaz, y secreta peregrinacion, que prometia bonissimos efectos, apenas produjo despues otro, que el de auerse empeñado con prudencia el Rey Don Pedro: porque el Papa Nicolao murió en Agosto de 1280, y despues de vna contenciosa vacante

de seis meses le sucedió en 22. de Febrero de 1281. el Cardenal Simon de Bria, que se llamó Martino Quarto, Francés, y tã amigo del Rey Carlos, cuya hechura era desde el polvo de la nada, hasta el todo de las honras mas sagradas, quanto enemigo auia sido Nicolao; y solo este golpe turbata á qualquiera, que no fuera de animo hecho, ó superior, á la prueba de todos los golpes. Tampoco el Emperador de Constantinopla socorrió en cofa (ni dió el dinero, que el Padre Mariana creyó á no se quien). ó porque aquel Principe esperó ver los toros desde la ventana, y vió bastantemente acosado, y agarrochado al Rey de Sicilia; ó porque las nueuas turbaciones de su Imperio, y la inundacion de los Turcos, que corrian la Asia, y se arribaban á la Europa, le escusaron, y quitaron la ocasion de mostrar la inconstancia, y poca fe de los Griegos. Ni el Rey de Castilla, que era en quíe mas se podia, y debia esperar, fue de prouecho; porque se vió luego cortado de tantos trabajos, que mas podia recibir, que dár socorros: pues fue públicamente priuado de la administracion de el gobierno en las Cortes de Valladolid de 1281: por sentencia de su mismo hermano el Infante D. Manuel, en nombre de la Nobleza de aquel Reyno; y no le faltaron votos para que le degradassen tambien del nombre, y titulo de Rey; mas quedandole sola Seuilla con algunos Ricoshombres, y Caualleros, toda la verdad, y substancia del Reyno pasó á su hijo Don Sancho; el qual no quiso, ó no se atreuió á dár fauor alguno, assi por el cuydado de las turbaciones domesticas, en que fue menester armarse contra su padre, y pelear contra su exercito, como por no llamar los nublados de Francia en fauor de los Infantes de la Cerda; á los quales ya con inuites, y pesarosos deseos fauorecia el desdichado abuelo.

8. Finalmente el peso de tan ardua

empresá cargó sobre los ombros de solo el Rey de Aragon, y de los Varones, y Caualleros Sicilianos; sin que de los otros Señores Italianos acudiesse vno solo para ayudar algo por su parte; porque aterrados de la autoridad, fortuna, y potencia Francesa, no se atreueron á alargar las manos: mas porque no faltasse todo, no quiso el Rey negarse á la cortesía, y política de pedir al nuevo Papa su bendición, y las ayudas de costa de las dezimas Eclesiasticas, para passar á Africa contra los Infieles, como él, y sus antepasados las auian tenido; pero el Pontifice, yá preuenido de el Rey Carlos, respondió al Embaxador con aspereza, pidiendo la paga de aquel infeliz censo del Rey Don Pedro, su abuelo, y que sin ella no esperasse gracia: *Ni serà (dixo) fiel à la Sede Apostolica, quien no ama al Rey de Sicilia.* A este disfauor se añadió, entre otros, la sequedad menos Pontificia, de no responder á vna, y otra Carta del Rey; y de tratar con ayrado rostro, y mas que imperiosas palabras á los Embaxadores de Principe tan grande, y tan Christiano: el qual resuelto de no acobardarse de voces, y espantos, puso gran calor al apresto de la armada, y se le ofreció ocasion nacida para salir con ella en Africa: porque el Señor de Constantina, temiendo las fuerças de su hermano mayor, que era Rey de Bugia, se quiso valer de las que en aquella Region eran tan experimentadas, y felizes, como las del Rey de Aragón: y para mouer su animo, ofreció no menos que hazerse Christiano, y vassallo suyo. Con esta ocasion pues tan natural, en que prometió el Rey focorrer por su persona al vassallo suyo, y de Christo, dispuso grande, y Real aparato de armada; y con ella hizo tanto ruido, que tenía có miedo á todos los Moros, y á los Christianos en discursos, y rezelos: y para salir de ellos, le hizieron varias embaxadas, aunque todas en vano: pues ni quiso

descubrirse á su hermano, el Rey de Mallorca, que vino á rogarle, quisiessse hazerle compañero de la empresá, persuadido á que tanto apresto, mayor fin tenia, que el focorro del Señor de Constantina: pues los años passados Conrado Lança, con armada nuestrá muy inferior, pudo quitar, y dár el Reyno de Tunez. Este silencio de el Rey hazia hablar mas á todos, porque mientras no se sabia vna causa cierta del viage, se discurrían, y opinaban todos; sospechando el Rey de Francia lo que era mas natural, entendió que el nublado descargaba sobre los campos de Sicilia: así auisó á Carlos su tio; el qual no podia creer, que la armada se destinasse á mas, que á fauorecer á Paleologo Emperador; porque tenia á sueño, que caminasse derechamente contra su Reyno (tan rico de autoridad, fuerças, y fortuna) el Rey de Aragon, ni otro alguno: no obstante, instado de los auisos, y sospechas, que ya de todas partes le acudían, pasó á comunicar los escrupulos con el Papa, para que embarazasse al Rey Don Pedro la expedicion del Oriente por aquel año, atendiendo Carlos vnicamente al desembarazo de la cõquista, que pretendia hazer de aquel Imperio; porque los miedos, que de la guerra de Sicilia podia tener, y tantos se los persuadían, eran para él fabulas, y discursos de libros de Cauallerias; viuiendo pues tan confiado en su valor, y en las fuerças de Italia, y Francia, no afloxaba vn punto en las extorsiones de sus vassallos.

9 Ellos pues cansados yá de tanto padecer, adelantaron los efectos de su impaciente, y antigua ira, irritados, ò necessitados de vna ligera ocasion; aunque yá deseaban alguna, porque estaban juntos en Palermo los Varones de Sicilia, que auian conspirado contra los Fráceses: la ocasion fue la que dió la desvergüenza libre de vn soldado, que se llamaba Drocheto: salió este con otros fuera los muros

al concurso festiuo, y Religioso de la Iglesia del Espiritu Santo segun la antiquissima deuocion de aquella Ciudad, en las Visperas del tercer dia de la Resurreccion, que fue el penultimo de Março de 1282; y llegando se á vna muger noble, y hermosa, con pretexto de reconocer, si llebava armas escondidas para su marido (que tá prohibidas les estaban á los casi cautiuos Sicilianos) empezó á tocarla, y tanto, y con tan torpe modo, que nada menos mostraba hazer, que officio de justicia: la muger se defendia có las manos, que le valian poco, y con las voces, y quejas, que pudieron mucho; porque oyendolas vn mancebo Siciliano, y entrandole tambien por los ojos el dolor de el caso, y la amarga memoria, y representacion viua de la esclauitud de su Patria, se atrebió mas, ò antes que otros; y así arremetiéndole al soldado, le quitó la espada, y se la embaynò en su cuerpo; con que el desventurado encontró en aquella muger las armas, que fingia, y no buscaba. Luego las descubrieron muchos Sicilianos; y pretendiendo los Ministros Franceses, por su officio, quitarlas, concurrió mas, y mas pueblo contra ellos; y se empezaron á repicar có espadas, y rodela, con piedras, y cabezas las Visperas solemnissimas de Sicilia, que fueron como de difuntos para la Nacion Francesa; porque entonandolas con el ruido, y confusion, en voz alta vn Siciliano, las dió principio con vn grito, de *Mueran los Franceses*: leuataronle de punto, ayudando al primero, otros muchos, de modo, que llegó la musica á los oidos de la Nobleza Siciliana, que estaba yá en la Iglesia; la qual saliendo, y arrebatando las armas, dió grandes alientos al pueblo, que no deseaba sino guia, y autoridad para aquella sangrienta fiesta: así en el campo, y en la Ciudad se empezó vna de las mas fieras matanças, que se escriben en las Historias, ó se fingen en las Fabulas; porque

ningun sexo, ninguna edad, ninguna condicion se eximia del cuchillo, y del deguello: no detenia la piedad de las mugeres; no embarazaba las canas de la ancianidad; ni enternecia la inocencia de los niños: despues de auer hecho rios, y estáques de sangre las calles, y las plazas, se buscaban, y se hallaban los demás en los vltimos retiros de las casas, en lo impenetrable de los Monasterios, y en lo mas Sagrado de los Templos; así se descubrian horrendas carnicerias de hombres, y mugeres, que eran tristes, y arrebatadas viéctimas en los sacrificios sangrientos del dolor, de la honra, y de los zelos de Palermo: y lo que excede todo encarecimiento, quitaban tambien la vida á los Franceses, que aun no la tenian, acuchillandolos en los vientres de sus Madres, aunque fuesen Sicilianas; porque las abrian (aun los parientes) con rabiosa diligencia, para que no quedasse en Sicilia raiz, ni semilla de Francia: y aun añaden sus Historias, que los Religiosos Benitos, Dominicos, y Franciscos (sacrilego horror!) degollaban á sus mismos compañeros, que serian los principales, como dominantes. Nadie mostraba compasion de tan inhumano, y general dilubio de sangre, de tan desecha tempestad de muertes; porque casi todos tenian, ó padecián furor superior al sentimiento humano, y los otros temblaban parecer Franceses; y si permitian, ó dissimulaban algun desdichado escondido, daban ocasion á las violencias, y á los sacos de sus mismas casas: así ninguno quedaba tá seguro, como el que ofrecia, ó descubria de su casa algun Francés para el cuchillo. Ni el Governador con su Presidio, y Castillo pudo, aunque lo intentó al principio, poner defensa, ò freno á la furia de tan desbocado pueblo; porque con impetuosa celeridad, y casi sin diferencia de acciones, y tiempos, los Franceses que salieron del Castillo fueron vencidos, puestos

en fuga, y cercados: al punto en continuada, y colerica carrera se dió el assalto, se subió la muralla, se ocupó la fortaleza, y se passaron todos los defensores á cuchillo, menos algunos pocos, que con el Governador tuvieron aliento, y fortuna para descolgarse, y esconderse en la obscuridad horrible de aquella enlutada noche.

10 Este sangriento exemplo de Palermo aprobaron, y agradecieron en sus corazones, y secretos coloquios, los demás Pueblos de Sicilia: pero pocos se atrevieron á imitarlo; ó porque ocupó, y suspendió á los que no estaban tan prevenidos de armas, como de vengança; ó porque se esperaba el movimiento de Mezina, Ciudad grande, y poderosa; y en ella se reprimieron los deseos con la presencia de Herberto de Orliens, Virrey de la Isla, y con el miedo del fortissimo freno de vn inexpugnable, y bien presidado Castillo: por esso Mezina se mostró tanto mas triste, quanto mas contenta estaba de la tragedia; y el Virrey engañado de esta apariencia, ó por no privarse de la defensa de los suyos, levantó compañías de Mezinenses para castigar á Palermo: la primera empresa fue asegurar la famosa, y enriscada plaza de Tauormina; porq de Palermo salia gente para atraerla á su opinion: pero convinieronse facilmente en vn mesmo pensamiento los que tenía vn deseo, y vn dolor: assi los que auian salido de Palermo, los que se embieron de Mezina, y los de la misma Tauormina, vnieron las armas, y las iras contra los Franceses: victorearon la libertad de Sicilia, y maldixeron con alegres, y rabiosos clamores la tyrania de Frácia: lo qual oído, ó entendido en Mezina antes del pueblo, que del Virrey, fue vn repique de campanas, como de segundas visperas de Sicilia; y para celebrarlas los vecinos, arrebatados de el gozo, de la esperanza, y del furor, tomaron las armas, y arremetieron con-

tra el presidio de seiscientos cauallos, que diuididos en varios cuerpos de Guardia, y menos rezelosos de lo que debieran, fueron parte hechos pedazos, y parte encerrados en el Palacio, y Castillo; de donde el Virrey, ignorante del suceso, embió á Tauormina cien cauallos para tener aquel resguardo en qualquiera fortuna: pero presto experimentò, que ningunos Soldados, ningunos Castellanos igualan á las Fortalezas del odio, y del amor de los Naturales: porque en el camino fue rota aquella gente; y èl, desconfiado yá de todo, aunque tenía quinientos Soldados en el mejor Castillo de Sicilia, pactó su entrega, por la libertad de embarcarse con ellos: y en esto fue mas feliz, que los otros de su Nación; porque al ruido de la refriega de Mezina, se alteraron en tantas furias los Pueblos, que en vn mes apenas cesó la matança, ni quedó huesped Francès con vida: bien que htuvo de vna, y otra parte dos notables excepciones; porque solo Esperlinga, lugar pequeño, pero fuerte, y enriscado, tuvo mansedumbre para no consentir en este levantamiento general, y fue el asylo de los pocos Franceses que se libraron. Tambien Guillen de Porceleto, Cauallero de la Proença, y Governador, que fue de Palermo, auia ganado en su officio tan clara fama, y cariñoso aprecio de su justicia, y bondad, que no se borró su memoria, ni su agradecimiento con la inundacion de tanta sangre, ni con las tinieblas de tan ciega, y vniuersal rabia de toda la Nación: assi le trataron con respeto, y le dieron libertad, para que se quedasse, ó se fuesse: argumento claro de que huiera sido mas bien seruido el Rey Carlos, si en los diez y siete años del Reynado de Sicilia, gouernára siempre Porceleto, ó otro que le quisiera, ó supiera imitar aquella bondad, con que los Lugartenientes pueden, y deben hazer amables á sus Principes, y representarlos á sus

á sus vassallos, no menos Padres, que Señores.

11 Auiendo con las armas ocupado sus proprias casafs, y murallas los de Palermo, y Mezina, leuantaron los pendones, y armas de la Iglesia, juntas con las de sus Ciudades, con intento, y aun con juramento, que hizieron en su Parlamento General de la Isla, de que obedecerian á la Sede Apostolica, y no admitirian Rey alguno: mas sabiendo, que el Pontífice con los Cardenales hazia grauíssimo sentimiento de lo sucedido, y se resolvia en salir á la causa del Rey Carlos con los dos cuchillos de San Pedro, empezaron á pensar en la defensa, y en buscar el amparo de algun Rey, que no fuesse Carlos, ni Francés: adelantaróse

en este discurso los de Palermo; y no fue menester dar muchas bueltas en el, para concluir, que el Rey de Aragon, por la vecindad de los mares, por la fama de su persona, y por el derecho del Reyno, hazia tantas ventajas á todos, que no dexaba lugar á la eleccion. Despacharon pues los Varones, y Ciudadanos de Palermo, y otros muchos, y principales Pueblos, esta tan ardua embaxada, en que se rogasse, y persuadiesse al Rey: *Que passasse armado á Sicilia, para sacar á sus deuotíssimos, y naturales vassallos de la esclauitud, de la infamia, y matança, que les preuenia la furia desmedida del Rey Carlos con las muchas armas, que iba introduciendo en la Isla.*

(5)†(6)

CAPITULO II.

La grande Empresa de Sicilia.

S V M A R I O.

- 1 *Passa el Rey á Berberia, y pelea.*
- 2 *Llegan, y ruegan los Embaxadores Sicilianos.*
- 3 *Impugnacion, y defensa de la Embaxada.*
- 4 *Sucessos de la Casa de Suenia en Sicilia.*
- 5 *Sucessos de la Normandia.*
- 6 *Derechos de la de Aragon, y Sicilia.*
- 7 *Peligro, y furor de los Mezinenses sitiados.*

- 8 *Entrada de Don Pedro en Sicilia, y retirada de Carlos.*
- 9 *Victoria naval de Rijoles: y eleccion del Almirante Roger.*
- 10 *Desafío de los Reyes, y censuras de el Papa contra el nuestro.*
- 11 *Destrozos, y conquistas en Calabria.*
- 12 *Passan la Reyna, y los Infantes á Sicilia: y el Rey buelue para el desafío.*
- 13 *Vá á Burdeos, y Carlos no sale.*

MIENTRAS esto passaba en Sicilia, dispuso, y executó su viage de Africa el Rey con tanto secreto, que pudo parecer demasiado; pues ni el fin principal de la empresa de Sicilia, ni el medio de saltar, y pelear en Berberia, lo quiso descubrir á las proteffas, y amenazas de los Reyes, á las suplicas de los vassallos, á las finezas de los

hermanos; ò á los cariños de sus hijos. Afsi es muy para reir lo que los Fráceses (y algunos Italianos sus parciales) escriben; que el Rey de Francia ayudó al de Aragon su cuñado con dineros para esta jornada de Africa; como si el Papa Martino, y el mismo Francés, que nada le perdonaron en los motiuos de las Censuras, y Depofició, y en los Manifiestos de las guerras, huvieran de callar delito tan principal, como el de el engaño. Lo

cierto es, que Alexandro de Loesia, y Iuan de Carcoayx, Embaxadores de Francia, propusieron el fin de su venida en estas palabras: *El Rey mi Señor ha entendido, que vuestra Magestad apresta grande armada; y dese a saber si se destina contra los Infieles: si assi fuisse, rogaria à Dios os de victoria; pero si os lleuara otra intencion, quiere su Magestad, que sepais, que quien emprende guerra, ò daño contra el Rey de Sicilia, su tio, la haze contra su Persona, y Estado de Francia.* A esta Embaxada, tan llena de socorros, y confianças, respondió D. Pedro con la breuedad, y sequedad de estas palabras: *Diréis al Rey de Francia mi hermano, que nuestra voluntad, y proposito siempre ha sido, y es, trabajar para que lo que hemos emprendido tenga efecto, segun nuestro Señor lo encaminare à su seruicio.* No fueron mas claras las respuestas, que daba el Rey á los mas suyos; pues al Conde de Pallás, que al tiempo de embarcarse le suplicò en nombre de todos los Nobles, *Que les hiziesse el consuelo (para seruirle mas) de explicantes adonde, y contra quien los llebaba:* le respondió: *Si mi mano izquierda quisiessse saber lo que ha de hazer la derecha, yo mismo la cortaria.* Al Rey de Mallorca fu hermano, que poco antes le pidió lo mesmo, y que le advertiesse lo que deseaba de èl, le dixo: *De Vos solo quiero, que os quedeis en guarda de los Reynos; y que me hagais el gusto de lleuar en paciencia, que yo pueda dezir, que ni con mi hermano me he descubierto.* Ni consta, q̄ se declarasse mas con la Reyna, ò con el Principe Don Alonso; antes parece, que quiso con la ignorancia dexarlos en la inocencia mas entera; porque nombrando á los dos por sus Lugartenientes, hizo donacion al Principe del Reyno de Aragon, del Principado de Cataluña, y del dominio directo de la Corona de Mallorca; oponièdo con esta renunciacion alguna defensa, y cautela juridica còtra los processos, y las sentencias, que su juicio pronosticaba del Papa: hecha esta di-

ligencia, que tan poco auia de aprovechar despues, se despidió el Rey de la Reyna, y diò la bendicion á sus hijos, haziendose á la vela en Tortosa á tres de Iunio de 1282. Constaba la armada de ciento y cinquenta velas; aunque no admitió en ella sino á sus vassallos; de los quales fue seruido con tanta fineza, y abundancia, que mandò bolver á vn gran numero de ellos á sus casas, escogiendo solos quinze mil Almugabares, y dos mil Cauillos, gouernados de esclarecidos Señores, y experimentados Capitanes: iba por Almirante General Don Iayme Perez, hijo del Rey; y Sobrees-tante de todos los Comitres, y Pilotos el famoso Ramon Marquet. Mandò el Almirante, despues de veinte millas, seguir el rumbo de Menorca; y por su persona distribuyó las cedula, cerradas, y selladas, del que despues auian de tomar, que fue el de Berberia. Lo qual sabido de los Moros por el auiso que el mismo Rey, y á cercano á Bugia, les embió, les fue causa de grande alteracion, no tanto por el miedo de la armada, quanto por la ira contra el Señor de Constantina, que de sus vassallos fue muerto al punto con todos sus Consejeros, como autor del viage del Rey: llamaron los amotinados al Señor de Bugia, que acudió pronto, y mató á los Christianos, que seruian á su infeliz hermano. Mas nuestro Rey, que nada de esto sabia, se entrò en el puerto de Alcòl, que es de Constantina; desembarcó la gente; y experimentando luego en la resistencia la nouedad, fortificò algunos pue-tos, y mandó, que diuidido el exercito en seis Còpañias de á tres mil Almugabares, y docientos Cauillos, se hiziesse la guerra por dias, en que ellas se distribuyessen en varias entradas por la tierra adentro. Eran los Capitanes de las Còpañias, ò Coronelles de los seis Regimientos, dos de cada vno: del primero, los Condes de Vrgel, y Pallás; del segundo, Don Rui-

Ximenez de Luna, y Don Pedro de Queralt: del tercero, Ximeno de Artieda, y Don Ponce de Ribellas: de el quarto, Don Pedro Fernandez, Señor de Híjar (hermano de el Rey) y Pedro Arnaldo de Bonach: del quinto, Don Sancho de Antillon, y D. Beltran de Belpuch: y de el sexto, Blasco de Alascia, y Don Guerao de Eftor. Para hazer vn dia la primera salida se adelantaron los Almugabares á reconocer aquella tierra tan traydora por los montes, y passos, como por los hōbres: y dentro de vna legua fueron acometidos, y cargados de dos mil Cauállos Africanos, que obligaron á los Almugabares á subirse, y hazerse fuertes en vn monte, mientras el Rey auisado acudió cō vn trozo del exercito; peleó, venció, y mató la mayor parte de los enemigos: pasó quatro leguas adentro, y bolvió con mil bacas, veinte mil cabezas de ganado menor, y otros millares de alegrías, y bendiciones para enriquezer á los suyos. Despues de este primer dia las entradas fueron muchas, las presas grandes, y las victorias, y refriegas familiares; en las cuales todos fueron á marauilla valientes, y D. Pedro mostró en todas, que era el Rey de ellos. Pareció que toda Africa se despoblaba, para cubrir aquellos montes, donde siempre retiraban, y amenazaban, y muchas vezes se arrojaban, aunque otras tantas subían las questas con igual priesa: en vna de estas peleas el Conde de Pallás, que buscaba siempre los peligros, recibió vna grande herida, y perdiera la libertad, si el Conde de Vrgel, y los dos hermanos Sarrias, que tan gloriosos fueron despues, no se la defendierá con su esfuerço. Mas como los Moros, fiando en el tiempo, se estaban firmes en no admitir batalla, no podían aquellas victorias hazer posible vna breue conquista de Constantina, tan retirada del mar, y tan fortalecida de armas, y montes; ni perseveraba yá la causa de la jornada,

que auia sido fauorecer al que con las armas de Aragon queria passarse á las de Christo: así entendió el Rey, que era forçoso, ò retirarse presto, para no cansar á sus vassallos en sola la guerra de los montes; ò tomarla muy de asfiento, como en detenida conquista de Berberia: para esto embió su embaxada al Papa, pidiendole el socorro de los diezmos; mas el, siempre ofendido con el miedo de la empreffa de Sicilia, dixo á los Embaxadores: *Que el negocio pedia consulta larga; y que el socorro de los diezmos no se auia instituido para la guerra de Berberia, sino para la conquista de la tierra Santa: con esta fria sequedad, y con la tema ardiende de no querer responder por escrito al Rey, despidió á los Embaxadores tan bien fauorecidos con las gracias, y bendiciones de Pontifice indignado.*

200 Con esta respuesta bolvieron los Embaxadores, quando llegaron al Puerto de Alcóllos del Reyno de Sicilia, que lo eran por la Nobleza el insigne Iuan de Proxita, y Guillermo de Mezina, Varones principales; y por las Ciudades, y Pueblos, Nicolao Copula, y Romeu Portella, Caualleros, vno Siciliano, y otro Catalan; los quales admitidos luego á la presencia de el Rey, dixeron por Iuan de Proxita, que habló el primero, estas razones: „ El Reyno, y Pueblo Siciliano, se „ postra á los pies de vuestra Real „ Magnificencia, y pide ser vuestro, „ porque lo debe ser, y porque no „ quiere ser de vuestros enemigos. „ Fue Manfredo Rey nuestro, Padre „ de la Serenissima Reyna de Ara- „ gon, legitima sucesora suya, Señora „ nuestra, y Abuelo de vuestros hijos, „ que buscamos, para que os sucedan „ en aquella Corona, que es toda vuest- „ tra, por el derecho de la naturaleza, „ y de las gentes, por la eleccion, „ y aclamacion de los vassallos, por „ nuestras lagrimas, y por la infopor- „ table esclauitud, de que solo vos cō- „ vuestra justicia, fortaleza, y fama „ nos

nos podeis, y debeis redimir. La abundancia, y riqueza de Sicilia son la causa de la tyrania Francesa; la nobleza de los Sicilianos los haze sospechosos; el amor que en medio del cautiuerio professamos con los nombres de Sueuia, y Aragon, nos pone en los grillos de la desconfianza, del odio, y de la insolencia de nuestros dominantes huespedes. Si los nobles Sicilianos no quisiessen buscar el remedio de tantos males en Vos, que teneis la obligacion de darle; si pudiesen faltar á su fe, y al aprecio de la sangre de vuestros hijos, que en tantos Reyes, y Emperadores ha dado vida, y honor á Sicilia, no faltarán en Europa otros Principes, que enamorados de la hermosura de nuestra Corona, y deseosos, ó ambiciosos de la gloria de ser nuestros libertadores, tendrián á gran seruicio, y fortuna el ser rogados, y aun oídos de Sicilia. Pero, aunque la exorbitancia Francesa nos dispensaba de estos escrupulos; nuestro honor, y nuestro amor, los tendrian siempre viuos, y grandes, si con lagrimas, con ansias, y con todos nuestros corazones, no instassemos primero cō Vos, por cuya grandeza queremos perdernos; y amamos mas las contingencias nobles de los sucesos de vuestra justicia, que las seguridades mas poderosas de ageno, y forastero fauor. Pero si el vuestro ha de ser tan feliz, como deseais, nueuaos, Señor, á la presteza el vltimo peligro, en que están Mezina, y toda Sicilia; á cuyas ceruices tiene yá el Tyrano arrimada la cuchilla: debamos todos á vuestra valiente, y pronta mano la fortuna de viuir, para ser vuestros; y poder mostrar despues, que fuimos dignos de ser fauorecidos del hijo de Don Iayme, del sucessor de las Casas de Normandia, y Sueuia; y al fin buenos vassallos de Don Pedro de Aragon; á cuya clemencia, es

fuerço, y armas, se acogén los cautiuos, y condenados Sicilianos. Oida esta embaxada, se retiró el Rey á Consejo de Estado; en que hablaron, al vfo de aquel tiempo, todos los Ricos hombres, Prelados, y los Caualleros de la Casa del Rey, Ministros primeros de paz, y guerra: muchos, y segun parece, los mas reprobaron la expedicion. Dezian: Que eran cortas, y distantes las fuerzas de Aragon para oponer se en Sicilia á todas las de Italia, Flandes, y Francia. Que sería irritar las de la Iglesia; la qual saldria á la defensa de Carlos, su beneficiado, y feudatario: Que se debía mirar mucho, no se perdiessse lo proprio, y cierto; mientras se buscaba lo ageno, y se defendia lo dudoso; pues Francia, Corona la mas pujante del Orbe, se arrojaría toda sobre nuestras casas; como lo auia amenazado, y se debía suponer de vn Rey tan valeroso, y ardiente; el qual tenia el passo llano, y la puerta abierta por su Reyno de Nauarra: Que en Sicilia se auia de pelear contra el Rey Carlos, el Capitan mas afortunado, y experto de la Christiandad, Señor de lo mejor de Italia, arbitro de toda ella, y preuenido yá con quinze mil Caualleros, y cinquenta mil Infantes en campaña; quando el Rey de Aragon apenas podia embarcar la tercera parte; y en aquella armada no tenia sino dos mil Caualleros, yá cansados; y quinze mil Almugabares, hechos á solas guerras, y correrias de los Arabes: Que no se debía esperar mucho en los Sicilianos; porque agora ofrecian como necesitados, y despues seguirian al mas poderoso: ni era razon, ni buen exemplo, oír las querellas de vassallos impacientes, y boltarios, para mas que procurarles el remedio con intercesiones, y embaxadas: Que quando todo saliesse muy igual con la esperança, restaba medir primero los gastos con

,, con los prouechos de la conquista;
 ,, y carearla con la de Africa , que se
 ,, cortaria , y abandonaria; dexando
 ,, vna expedicion Catolica, y glorio-
 ,, sa aun en las mismas perdidas , por
 ,, otra siépre escrupulosa , y peligro-
 ,, sa: Que tambien debia primero jus-
 ,, tificarle á todos aquella empresa,
 ,, de cuya justicia dudarian muchos:
 ,, pues no auiendo sido Manfredo hi-
 ,, jo legitimo, ni mayor del Empera-
 ,, dor Federico, ni tuvo, ni deriuò tan
 ,, claro su derecho , que sea incapaz
 ,, de disputas , y de escrupulos: Que
 ,, ni la prudencia , ni la justicia , ni el
 ,, estylo permitia , que el Rey empe-
 ,, ñasse á los Rey nos en tantos gastos,
 ,, y peligros, sin su consejo, y consen-
 ,, timiento; el qual, aun para menores
 ,, empresas, siempre se auia pedido, y
 ,, esperado : assi las Cortes tendrian
 ,, razon , ò escusa de negar los serui-
 ,, cios para asuntos tan involuntarios
 ,, á los vassallos. En suma dezian: *Esta*
 ,, *empresa no parece, ni posible, ni proue-*
 ,, *chosa, ni honesta.* Assi votarò los mas;
 vnos por el amor de la Patria , y zelo
 de la verdad ; otros , porque ignora-
 ban, como todos, el empeño del animo
 del Rey; á quien algunos, aunq̃ pocos,
 hizierò el gusto de adiuinarle, y apro-
 barle el pensamiento: estos pues, ò por
 la variedad de nuestros temperamen-
 tos, que aun sin passiones encontradas
 inclinan á diferentes juizios ; ò por
 inclinació á lo mas glorioso, y arduo,
 ,, dixerón: Que todos aquellos nom-
 ,, bres de Frácia, Italia, Flandes, y Na-
 ,, uarra , eran ruido para solos los
 ,, oídos ; porque el juizio los discernie-
 ,, ne de la sustancia: la qual era mucho
 ,, menor ; pues ni á Francia le faltaba
 ,, vn Rey Inglés vecino , y casi hues-
 ,, ped con la possession de la Guiana,
 ,, y otros Estados; por cuya seguridad
 ,, no podria permitir al Francés , que
 ,, saliesse á estender su potencia, y Co-
 ,, rona dentro de la de Aragon. Y bien
 ,, necio (dezian) seria el Infante, y su-
 ,, cessor de Castilla; si estádo sus com-

,, petidores, los Infantes de la Cerda,
 ,, en vuestro poder , se estuuiesse á la
 ,, mira de las empresas del Rey de
 ,, Francia, tio, y protector de ellos, y
 ,, le permitiesse passar contra noso-
 ,, tros por Nauarra á la vista , y á la
 ,, tentacion de Castilla. Ni es menos,
 ,, sino mas sospechosa la autoridad
 ,, Francesa en Italia , donde Carlos es
 ,, Rey de lo mas , y lo parece de toda;
 ,, assi se ganarán para Aragon todos
 ,, los oprímidos, y rezelosos de Fran-
 ,, cia; á la qual aborrece Sicilia, quan-
 ,, to ama la memoria de las Casas de
 ,, Sueuia, y Normádia: ni son las afren-
 ,, tas , y los azotes tan ligeros , que
 ,, ayán de olvidarlos tan presto ; ni
 ,, tendrán paciencia para seguir al
 ,, mas poderoso, los que aora solos , y
 ,, desnudos se le atreben , y le embif-
 ,, ten. Sicilia es el Reyno mas opimo
 ,, de Europa; y auiendo acabado vuest-
 ,, tra fortuna, y diestra con los Moros
 ,, de nuestra conquista, nada se puede
 ,, ofrecer como Sicilia , para arrojar-
 ,, los tambien de Africa. Ni es honra
 ,, del Rey de Aragon, hijo, y nieto de
 ,, Reyes Heroes , dexar por motiuos,
 ,, y miedos , comunes á toda expedi-
 ,, cion, Corona tan grande como la de
 ,, Sicilia ; en la qual teneis los dere-
 ,, chos de la sangre de la Reyna, y de
 ,, los Infantes , y los de aquellos vas-
 ,, sallos, que por el derecho de natu-
 ,, raleza pueden sacudir á vn Tyrano,
 ,, y llamar á vn justo Señor. Los escru-
 ,, pulos del nacimiento de Manfredo
 ,, son buenos solo para disputas de
 ,, Escuelas, y Licenciados: que para
 ,, soldados, y batallas, basta que aquel
 ,, Principe fue, sino legitimo , legiti-
 ,, mado del Emperador su Padre ; fue
 ,, Rey por la necesidad, y voluntad
 ,, de los vassallos ; y auiendo muerto
 ,, Rey , no toca á sus hijos , y nietos
 ,, ofender con disputas la honra , y
 ,, justicia de su Padre, y Abuelo ; sino
 ,, creerla con piedad ; y defenderla
 ,, con esfuerço.

4 El Rey, auiendo oido á todos,

dixo: *Que les agradecia el zelo, y los tenia à todos por fieles, y buenos; y tambien por tan valerosos, que no dudaria con ellos, y con la justicia entrar (quando importasse) en contiendas con Italia, y Francia.* Pero à muchos nunca se les podia arrancar la espina del escrupulo, que auia plantado con fuerça en los animos piadosos la autoridad siempre venerable de los Pontifices. Afsi en aquel tiempo, y despues se divulgaron varios escritos dictados de la oposicion de los juizios, y voluntades; y no faltaron entre los nuestrs, Ministros, que ignorando menos, que otros en las Historias, y en los derechos, se atreueron à escriuir algunos Manifiestos de la justicia del Rey, claros, y breues, como para soldados, y en campaña; y tambien pobres, y desnudos, como de aquel rudo tiépo. Nosotros, no faliendo de la esfera de Historiador, referiremos, como en indice, los principios, y progressos de la Corona de Sicilia en las Casas de Normandia, y Sueuia; para que todos vean la causa, ò la ocasion de vnirse aora con la de Aragon, origen de las gloriosas empresas de nuestrs Reyes en Italia, y de sus vassallos en el Oriente; y fundamento de la possessiõ feliz de vna de las mas nobles, y ricas partes del Mundo, qual sin duda es la de las dos Sicilias. El discurso es de esta sustancia. El Reyno de Sicilia (que comprehendia la Isla de esse nombre, y el que despues se ha llamado Reyno de Napoles) fue en lo antiguo Estado, y patrimonio temporal de la Iglesia, por varias donaciones, y confirmaciones de Emperadores, y Reyes Catolicos: ocuparonle despues los Griegos Scismaticos; à estos se juntaron los Longobardos Arianos; y à vnos, y à otros arrojaron de lo mas los Moros, que rebofando de la tempestad Africana, que anegó à toda España, passaron à inundar los Campos de Italia. Pero contra todos ellos se arrojaron los Normandos, llevando por Capitanes à Roberto Guif-

cardo, y à Roger su hermano; los quales conquistaron la Pulla el año de 1041. en tiempo de Benedicto Nono, quitandola à los Griegos, y diuidiendofela con los Longobardos, por auer sido principal Cabo de la empresa Arduino, General de essa Nacion. Preualecieron los Normandos, los quales, ó porque entraron en esta empresa sin facultad de los Pontifices; ó porque à la verdad gouernaban con tyrania, primero en la Pulla, y despues en Calabria; eran tenidos por enemigos de la Iglesia, y estaban descomulgados; pero pidiendo perdon, y ofreciéndolo todo lo conquistado al arbitrio del Papa Nicolao II. consiguieron la absolucion de las censuras, y del feudo de las tierras conquistadas, y de las que restaban por conquistar el año de 1059. Afsi continuaron la conquista, y la passaron à la Isla de Sicilia, en donde (el año de 1063.) Roger Conde de Sicilia, arruynó à toda su Morisma en la gran batalla de Trayna. Por estas hazañas, y otros no menos esclarecidos seruicios hechos à la Iglesia, recibieron estos Principes varias investiduras, y confirmaciones de los Pontifices; de los quales Leon IX. que traia guerras con ellos, quedando vencido, y prisionero de Roger, recibió luego de èl la libertad, y la obediencia con suma religion, y piedad: y Gregorio VII. fue restituido à su Silla, y quietud por el valor de Roberto Guiscardo contra la opinion Scismatica del Emperador Henrico. De estos dos hermanos hubo esta sucesiõ: de Roberto nacieron Guillelmo Duque de la Pulla, Boemúdo Principe de Antiochia, celebradissimo en la conquista de la tierra Santa; y Mahalta, muger de el Conde de Barcelona D. Ramon Berenguer Cabeza de Bropa, madre de otro Conde Don Ramon cognominado el Grande, y afsi quinta abuela de nuestro Rey Don Pedro, descendiente mayor de Roberto; porque la Varonia de este faltò en su nieto Guillelmo

mo el segundo, Duque de Pulla: pero la de Roger se continuó por su hijo Roger Segundo: el qual, porque se entraba en los Estados del sobrino difunto, ocupando primero con las armas, y por su autoridad el Ducado de la Pulla; fue descomulgado, amenazado, y acometido por Honorio II. pero todo en vano: así despues recibió también en investidura, y con el juramento de fidelidad esse Estado; con el qual, y las armas, ganó todo lo que oy llamamos Reyno de Napoles: en fin, viendose tan poderoso, tomó titulo de Rey de Sicilia, y de los Ducados de Apulla, y Calabria, y del Principado de Capua (en que se incluia la Ciudad de Napoles); y aunque los perdió, porque fauoreciendo á Pedro Leon Antipapa, padeció la guerra de Inocencio II. y de el Emperador Lotario II. muy en breue salió de Sicilia; recobró el Reyno de Napoles; prendió al Pontifice en esta guerra; y sacó por fuerça la absolucion, y el feudo: lo qual confirmó cō mas libertad, y mucha gracia Celestino II. en el año de 1144. De este Rey, y de la Reyna Doña Elvira (hija del Rey Don Alonso el VI. de Castilla) se continuó la sucesion por su hija Constança; porque el hijo, y nieto, llamados Guillelmos, y grandes seruidores de la Iglesia, murieron sin dexarlos. Pero Tãcredo, hijo natural (ó bastardo) de vno de los Reyes, ò Principes de esta Casa, gobernando, como curador de la misma Reyna Constança, se alçó con el Reyno por solo el derecho de los deseos de ser Rey: y lo fue en el hecho, hasta que casando ella á los cinquenta años de su edad con el Emperador Henrico VI. sin noticia del Tyrano, vinieron ambos de Alemania con exercito, y muerto yã Tancredo, reynando su hijo Guillelmo muy niño, recuperaron todo el Reyno, y fueron coronados en Palermo; celebrando el Emperador esta fiesta con las tristissimas luminarias; en que fueron quemados

todos los Obispos, Prelados, y demás Ecclesiasticos, que auian consentido en la coronacion de Tancredo; y muertos los Varones, seruidores, y parientes de la Casa de Normandia, por cuya gloriosa memoria querian ellos ser mas vassallos de vn ilegítimo, y del hijo de vn Tyrano, que de vn Estrangero: y para assegurar se de estos miedos el cruel Emperador no se hartaba de sangre de Napolitanos, y Sicilianos; ni tuvo honor de quebrar los ojos al niño Rey, que halló en tan lobrego dolor el triste consuelo de no ver las prisiones, y distierros de la madre, y hermanas.

5 Feneciendo pues la Varonia de Normandia, entró la de Sueuia, que descendia de los Clodoueos, y Carlos de Francia, y de los Emperadores de la Casa de Babiera. Pero Henricó gozó poco, como era razon, los frutos de su crueldad; porque murió á los diez y seis meses; dexó vn hijo, que no auia salido de la infancia: y la madre viuda, por assegurar se en la Corona de sus padres, hizo juramento de fidelidad á Inocencio III. que le confirmó la investidura del Reyno; y muriendo ella luego, tomó el Papa á su cargo la tutela, y la defensa del niño Rey, Federico de Sueuia, y Normandia; que no perdió tan amorosa prouidencia de este gran Pontifice, por ser Varon, y Señor de la Casa de Sueuia, cuyos ascendientes tanto auian affligido á la Sede Apostolica, quanto la auian defendido felizmente contra ellos los de la Normandia. Con estos faouores de la Iglesia conseruó Federico el II. la Corona de Sicilia, y despues puso sobre ella la del Imperio; mas nada bastò, para que èl no fuesse tan perseguidor, como fauorecido de la Iglesia: así la misma Iglesia le quitó el Reyno, y el Imperio en el Concilio de Leon; adonde Inocencio IV. que dió la sentencia, auia huido del furor de Federico, el qual amansado, ò necesitado con la tempestad, quiso com-

comparecer en el Concilio , para dár razon de si; pero bolvióse del camino, porque supo que la Ciudad de Parma se auia alçado contra èl: sitióla, y gastados dos años de assedio , fue arrojado dèl; y murió con fortuna cansada, y gloria descaecida en el Reyno de Napoles el año de 1210. dexando de su segunda muger Constança, hija, y heredera de Iuan de Breña Rey de Ierusalé, á Conrado electo Rey de Romanos , y suceffor de la Corona de Sicilia: de la tercera á Henrico: y de Blanca Lança, Señora nobilíffima, á Manfredo; del qual los mas afirman, y en sus letras lo suponen los Pontifices, que era bastardo , auido en vida de Beatriz de Antiochia , quarta muger del Emperador ; pero otros han afirmado, que fue legitimo, juzgando que el matrimonio de Beatriz no mereció esse nombre ; y así mostrò declararlo el mismo Emperador ; porque en su testamento llama á la herencia de el Reyno , despues de sus dos primeros hijos Conrado , y Henrico, á Manfredo, que era el tercero ; no haziendo essa honra, ni á Federico de Antiochia auido en la Beatriz , ni á Encio su hijo natural (aunque al vno le nombró Rey de Toscana , y al otro de Cerdeña) ni á su nieto legitimo Federico, nacido del hijo mayor , á quien hizo Duque de Austria, y Stiria, como feudatario de su tio Conrado. Argumento , que pareció probable de la legitimidad de Manfredo ; y que se hazia mas respetable, yá con la prerogatiua de quedar por su padre nombrado por Governador de Italia, y de la Corona de Sicilia; yá con el honor de los dos casamientos de las dos Constanças; la vna hermana entera de Manfredo, con el Emperador de los Griegos; la otra hija del mismo Manfredo, con Don Pedro, Principe entonces, y aora Rey de Aragon: en cuyo fauor se ponderaba, que ni el Emperador eligiera para Señora de tantos Principes á vna bastarda; ni el Rey Don Iayme, que tan

decoroso fue en todo , buscára para Princesa de Aragon á la hija de vn bastardo, y tyrano. Muerto el Emperador Federico , el Papa bolvió de Francia á Lombardia , y tratò de arruinar la Casa de Sueuia , aunque vna con la de Normandia: para lo qual , á Conrado hijo de Federico, que yá era Rey de Romanos, y se llamaba Emperador , dió , ó conservó en Alemania competidor (qual lo fue Guillelmo Conde de Olanda:) y despues de auer procurado, y conseguido la soleuació de Napoles , y otras Ciudades de Sicilia , viendo que Manfredo sustentò lo mas de la Isla , y Conrado por su persona reduxo á Napoles ; le buscó tambien competidor para Italia; y como la ambicion es tan ingeniosa , temió Conrado , que con ella persuadirian á su mismo hermano Henrico, que aceptasse la Corona , ó el Baston de las competencias , para las cuales seria còbidado del Papa, y cò el dulce titulo de Rey, nada le parecia difícil: así le mandó préder; y en la prisión le mataron, ó cò el lazo, ó cò el veneno, por orden de su hermano Manfredo, que auia menester ir despejando el camino, para llegar á la herencia, como se divulgò, que lo auia hecho con dos sobrinos, hijos de Henrico el Mayor, Rey que fue de Romanos (muerto antes en la prisión , y algunos piensan que por mandado de su padre:) y aun fue tan feroz, ò tan infeliz Manfredo, que mereció , ó padeciò las sospechas de que mató tambien aora con el veneno á su hermano ; y Rey Conrado: monstruos de la ambicion , que por ventura se fingieron despues en gracia del vencedor , ó en odio del vencido ; contra quien ni faltó escritor tá melancolico, que le pintasse homicida de su mismo padre ; quanto , con que se haze mas sospechosa la fè de las otras muertes de los hermanos , y sobrinos. De qualquier modo, Manfredo auia menester matar mas , porque aun quedaba Conradino, hijo, y suceffor

for de Conrado : y como el niño se criaba en Alemania , bien guardado de la tutela , y amor de su madre , no era tan facil esse medio. Afsi Manfredo se mostrò primero hijo muy obediente del Papa Inocencio ; luego assegurado con esse modesto disfraz en la possession del Gobierno de Napoles , y Sicilia , declaró , ó fingió , que lo tenia como tutor de su sobrino , y no como gouernador de la Iglesia ; contra la qual empuñó las armas como para defender de ella los Estados de la Corona del sobrino ; pero en fin publicó de èl , que era muerto ; le hizo magestuosas exequias ; y se coronó en Palermo , como legitimo sucessor , y sustituido por el testamento del Emperador su Padre. Era á la fazon Pontifice. Alexandro IV. el qual irritado de tan demasiada arte , descomulgó á Manfredo , y le declaró intruso , y vsurpador de la Corona de Sicilia. Continuò este tratado Urbano IV : el qual tuvo , y padeció guerra abierta con Manfredo ; y para aligerarse de el peso de ella , buscò algun Principe , que quisiessse tomar á su quenta la conquista de aquella Corona : pero no quiso elegir á Conradino , como era natural , sino huviere odio , ò temor ; combidó pues á Luis IX. Rey de Frãcia , el qual respondió , como Santo , que rezelaba los grandes daños de la Christiandad , y que la abrasassen con aquella guerra los Christianos. Sintió Urbano la respuesta , hablaba como lastimado del engaño del Santo Rey ; y esperó mas de Carlos su hermano , que no era tan compassiuo , y deseaba ser Rey ; porque èl , y su muger , hermana de la Reyna de Francia , estaban tristes con los titulos de Condes de Anjou , y la Proença ; afsi aceptaron la oferta del Papa , y con la confirmacion del sucessor Clemente IV. passaron á Roma , aunque sin socorro alguno del Rey su hermano , que aborrecia tan sangrienta codicia : ellos fueron coronados en S. Iuan de Letran , como Re-

yes de Sicilia de aquende ; y allende el Faro , con varias condiciones de iugacion , y seruicios para la Iglesia ; con cuyos socorros , con las esperanças de la conquista , con la variedad de los animos de Italia , y con la ligereza de los de Francia , leuató Carlos exercito digno de la empresa : diò la batalla cerca de Benauento á Manfredo , vencióle , y matóle ; sin que al infeliz le valiesse su experiencia , ni su esfuerço ; porque afloxó el escuadron de los Tudescos ; y á èl le faltó la espera. Afsi acabò en el Febrero de 1266. este Rey á marauilla guerrero , y el mas luzido en la Corte , y Campaña de todos los de Europa ; pero con obscuro nombre de su candor , y mansedumbre. Quedaron dos hijas legitimas , Doña Constança , Princesa de Aragon , auida en Beatriz hija de los Condes de Saboya ; y la Infanta Doña Beatriz , que nació de la segunda muger , Elena , hija del Despoto de Romania , Rey , que se llamó , de Thesalia ; hija , y madre se defendieron mucho tiempo en el Castillo de Nochera ; pero rindiendose este á Carlos , fueron llevadas como prisioneras de la fortuna adversa de Manfredo al Castillo del Obo de Napoles ; en donde lloraron al son de sus cadenas su mala suerte , hasta que la Infanta yá sola , y huérfana , passados diez y ocho años , la veremos en tiempo mas alegre puesta en libertad á costa de las desdichas de la Casa , y Corona de Carlos. Mas agora Conradino , Duque de Suenia , no pudo tolerar que Carlos possyessse el Reyno de sus abuelos ; y para recuperarlo passò con exercito á Italia : pero siendo tambien vencido , y prisionero de Carlos en batalla , fue al fin degollado con los titulos especiosos de vna execrable injusticia ; quales fueron el ser reo de la Magestad de la Iglesia , y perturbador de Reynos agenos ; y por estos imaginarios delitos murió aquel Principe , cortada la cabeza por la mano de vn verdugo sobre vn cada-

halfo en la plaza de Napoles; teniendo por compañero de tan fea tragedia (entre otros Principes menores) á su primo hermano Federico Duque de Austria, nieto tambien por su padre del Emperador Federico. Con tan indigno fin se cortò por las cabezas toda la Casa, y grandeza de Sueuia, y Normandia, en dos Principes Augustos de menos de á veinte años, hermosos, y valerosos á la par. La tragedia pareció tá inhumana á todos, que el Conde de Artois, yerno de el Rey Carlos, mató por su mano al Notario, que intimó la sentencia á Conradino; y al punto se bolvió á Francia, sentido del suceso: y el mismo Carlos, como auergonçado de la fealdad, mando con paradoxica injusticia matar al verdugo, porque no se gloriasse, ó no viuiesse el instrumento de aquella crueldad. Por estas muertes recayeron en la Reyna (y en los Infantes de Aragon sus hijos) todos los derechos, que de su padre, el Rey Manfredo, por el testamento, y sustituciones del Emperador Federico, podia heredar, como hija mayor de Manfredo, y nieta de Federico. Ni ella olvidaba estos derechos; porque, si bien era Princesa de singular virtud, acordaba muchas vezes á su marido, que por lo menos el Reyno de Sicilia, como mas proprio, y debido, no lo dexasse perder para sus hijos. Dissimulaba en los primeros años D. Pedro; y á porque viuia su padre, que aborrecia las guerras de Christianos, como ciuiles, y de hermanos; y á porq̄ para tá grande empresa no bastabá las fuerças, sino ibá armadas de la ocasion; qual aora la daba el mismo Rey Carlos cõ su impaciencia.

6 Esta breue Historia de los sucesos de Sicilia produjo largos discursos en Europa: muchos disputando en fauor de la Casa de Aragon, y á negaban la ilegitimidad de Manfredo; y á dudaban del valor de la condenacion de Federico, por falta de jurisdiccion; porque los Emperadores pre-

tendian, que la Corona de Sicilia no era feudo de la Iglesia, sino del Imperio; y así tal vez se conuinieron el Papa, y el Emperador en dár juntos la enuestidura, y el estandarte del Ducado de Pulla. Otros adelantaban las dudas hasta ponerlas en la justicia de la sentencia: de la qual disputaban el delito; y la probança. Pero los mas huian de las espinas de essas disputas; ó porque no eran las formalidades de los procesos para la priesa de la campaña; ó porque los Aragoneses deferrían mucho á la autoridad de los Pontifices; ó porque tenían otras dudas, y razones, que se fundaban en hechos recientes, y no pedían mas que entendimiento, honra, y luz noble de la dissonancia, y consonancia de las acciones humanas. Por ellas dezian: „ Que no parecia razon, que por el „ delito de el Emperador Federico „ quedassen priuados de la Corona „ sus hijos, inocentes, nacidos antes, y „ sucesores de los meritos de la reli- „ giosa, y obediéte Casa de Norman- „ dia, que con su sangre sacò del po- „ der de los Infieles las dos Sicilias: „ Que al mismo Rey de Francia, aun- „ que combidado para ellas, pareció „ agrauio, ó rigor, no merecido de „ Conrado, la enuestidura de Sicilia „ en otro Principe: Que se pudiera „ auer dado á Manfredo, como á he- „ redero del testamento de su padre; „ y muerto Manfredo, bien la merecia „ Don Pedro de Aragon, que no auia „ ofendido á los Pontifices; y era le- „ gitimo descendiente de el famoso „ Roberto Guiscardo, primero, y „ principal conquistador de Sicilia: „ Que quando se quisiesse dár por bié „ probada la ilegitimidad de Máfre- „ do, y tambien su incapacidad á la „ sucesion; podia el Rey de Aragon „ valerse de esta ocasion de las altera- „ ciones de Sicilia (como de otras) „ para tomar justa satisfacion de la „ cruel injuria, que Carlos hizo con „ las muertes de Conradino, y Fede- „ „ rico

rico á la Casa de Sueuia, y Norman-
 dia; cuya sangre, y honra estaban en
 sus hijos. En fin, dezian: Aúque cau-
 tiuando nueſtros entendimientos
 concedamos á la prudencia, y auto-
 ridad de los Pontifices vna ſegura
 juſticia en todas aquellas ſenténcias,
 y nos olvidemos de las razones, que
 hazen á nueſtra Reyna, ó heredera
 de ſu padre Manfredo, ó á lo menos
 ſuceſſora de ſu primo Conradino, ó
 juſta vengança de la injuſta muerte
 de eſte Rey; podemos diſputar, y
 opinar, que los Sicilianos, viendoſe
 tiranizados de Carlos de Anjou, y
 de ſus Franceſes, y no hallando, ó no
 esperando remedio en el Pontifice,
 pueden por el derecho de la natu-
 raleza, y de las gentes, llamar á otro
 Rey, que les libre de tanta tyrania:
 la qual en adelante por los odios,
 muertes, y deſconfianças preſentes
 puede temerſe mayor: ni los Ponti-
 fices en el dominio temporal tienen
 ſobre ſus vaſſallos derechos ſupe-
 riores á los de la naturaleza, con los
 quales puedan darles Reyes, que les
 opriman con eſclauitud ſus hon-
 ras, y priuē de vna moderada liber-
 tad. Erales tambien de grande aliē-
 to la memoria del inocente Conra-
 dino; el qual en muestra de teſtamē-
 to, y deſaño, en el miſmo cadahalfo,
 en que fue iniquamente degollado,
 arrojó el guante, diciendo: *Que le*
embiaba á ſu primo el Infante D. Fadri-
que de Caſtilla, á quien ſeñalaba por he-
redero de ſus Eſtados, y derechos; pero la
Diuina Prouidencia hizo, que aquel
guante cayeſſe en las manos de quiē
le traxo á las de nueſtro Rey; ſeña-
lando Dios aſi el heredero legiti-
mo, y el vengador poderoso de la
ſangre de Conradino; porque ni D.
Fadrique era viuo, ni él, ó alguno de
ſus hermanos, nietos por ſu madre
del Emperador Filipo, tenia deſ-
cendencia de la Casa de Norman-
dia (cuyo era el dominio de Sicilia)
ſino de la de Sueuia, de la qual ſola

era Señor Filipo: y finalmente no
 podian los Principes de la Casa de
 Caſtilla competir con los derechos
 de Manfredo, y de nueſtra Reyna ſu
 hija, llamados en el teſtamento del
 Emperador Federico, no menos
 que ſu hijo Conrado, y ſu nieto
 Conradino.

7 Con eſtos diſcurſos ſe diuer-
 tia, y alentaba el exercito en los tres
 dias, que gaſtó el Rey esperando á ſus
 Embaxadores de Roma; y viendo
 quan mal deſpachados bolbian de el
 enojo del Pontifice, no quiſo dilatar
 vn punto el remedio de aquellos mor-
 ribundos vaſſallos de Sicilia, que con
 tantas anſias, y razones le llamaban.
 Y bien neceſſaria era la priefa, por-
 que el Rey Carlos ahogaba yá á Me-
 zina con el numero, y las fuerças de
 quinze mil caualllos, y muchos Infan-
 tes, de los quales tenia prontos para
 qualquiera faccion haſta cinquenta
 mil: los de Mezina eran los vnicos,
 que no auian venido en el dictamen, y
 voluntad de que ſe llamaffe al Rey de
 Aragon; porque no querian Rey algu-
 no, ſino al Papa; y el Papa no los que-
 ria á ellos: aſi eſpantados aora con
 tan formidable cerco, pidieron al Le-
 gado Pontificio, le fueſſe interceſſor
 del perdon con el Rey Carlos; y le aſe-
 guraffe por ellos la obediencia, que
 ſe la prometian agradecidos de ſu
 miſericordia: pero Carlos, que media
 ſu fortuna con ſus grandes fuerças, y
 có las cortas de los ſitiados, quiſo mas
 regalarſe con la ira, y entretenerſe có
 los dulces penſamientos de vna feroz
 vengança; la qual le dictò eſta impor-
 tuna, y amorosa reſpueſta: *Quitaremos*
las vidas á ellos, y á ſus hijos, como á tray-
dores á la Mageſtad de la Igleſia, y de nueſ-
tra Real Corona: aſi no parezcan en nueſ-
tra preſencia; ni traten de rendirſe có pac-
tos, ni condiciones; ſino deſfendanſe quanto
puſieron. Eſte ciego furor obſcureció
el juizio de aquel grande, y glorioſo
Rey; y le arrojó de lo alto, á lo muy
baxo de la fortuna, y aprecio de los
 hom-

hombres: no obstante tanta crueldad de la respuesta, fluctuaban los Mezinenses entre la ira debida á tan inhumano Rey, y el miedo de ser tratados con mas implacable atrocidad, si despues de la defensa eran vencidos. En estas dudas estuvieron con grande cótienda de pareceres por quatro dias; y al fin de ellos con el suceso infeliz de la rota de los suyos, que auian fallido á defender á Melazo, se desalentaron de modo, que suplicaron al Legado, entrasse en la Ciudad, para reducirse por su medio á la obediencia, y esperar alguna misericordia de el Rey: mas el Legado lo pareció mas de vn Capitan enfurecido, que de vn Pontifice prudente; porque notificó al Pueblo las amenazas de las censuras, que del Papa traia, sino se entregaban luego á Carlos; como si tuviera la Iglesia sus censuras para grillos de los rendidos, y para carniceria confusa de inocentes, y réos: lo peor fue, que auiendo propuesto algunas condiciones, los sitiados, aunque el Legado las juzgó honestas, y justas, y como tales se las embió al Rey Carlos, exortandole con ellas á la concordia, y al perdon; Carlos se encendió con los ruegos, y las lagrimas de sus vassallos en nuevo, y mayor furor; y solo en el punto de las muertes, que les auia amenazado, se amansaba yá tanto, que no pedia yá mas que ochociéttas personas á su eleccion para castigarlas á su arbitrio, y dár tan pequeño, y ligero gusto á su sedienta colera. Oida tan desgraciada, y sangrienta demanda, los Mezinenses alentados yá de indignació superior á todas las dudas passadas, y á los peligros presentes, hizieron con vniforme consentimiento de todos este decreto: *Que auian de comer á sus hijos, y perecer sobre las murallas desde el primero hasta el ultimo con honra; antes que padecer la ignominia de los destierros, carceles, y muertes.* Entonces (que apenas es creíble) el buen Legado, excediendo los terminos de la

potestad humana, la qual no llega á los de la naturaleza, affligió á los Mezinenses en vano, ó les endureció con el importuno azote de la descomunion, y con el destierro del Entredicho; añadiendo al Eclesiastico el Ciuil, porque les mandó salir de la Patria dentro de tres dias. Todo fue echar agua ardiente en el fuego de los Mezinenses; los quales vozeaban desde las murallas: *Que mejor cayeran estas, ó aparentes, ó seueras torturas sobre el corazon inexorable, y obstinado del Rey Carlos; el qual ponía á su Ciudad en tan justa, y honrada desesperacion.*

8 Tal fue tambien la defensa; en la qual hizieron, y padecieron todos los Estados, sexos, y edades, apreciando mas la de sus murallas, que la de sus personas, y rehaziendo con incansable, y nobilísima porfia por dos meses quáto deshazian las maquinas, y las baterias de los enemigos; de los quales mostraban yá mas desprecio, que miedo: este valor, y denuedo se debió mucho á la diciplina militar, y heroycos exemplos de Alaymo de Lentin, Capitan de la Ciudad; y todo se confirmó, y creció con alegrias, y algarazas de vencedores, quando supieron que el Rey Don Pedro passaba en su focorro. El qual en cinco dias se puso de Alcól de Africa en Trapania de Sicilia, en donde fue recibido con sumos aplausos de Rey, Padre, y Preseruador de sus vassallos, á treinta de Agosto de 1282. De ai embió la Armada á Palermo; passó con su Corte por tierra; y consoló con la serena afabilidad de su rostro, y magestad militar de su persona á todos: ni dudaron recibirle con fiestas, y honras de vencedor, suponiendo la victoria en el conorte de sus corazones, y en la fama, y valor de tal Rey, y tales Capitanes: al tercero dia le juraron las Ciudades, y Pueblos por su Rey; y vsó de ai adelante solos los titulos de Aragon, y Sicilia. Para corresponder á la esperança de sus nuevos vassallos, tra-

tò luego de focorrer á Mezina; cuyas murallas, como en muchas partes abiertas, y mucho mas la inconstancia, y ambició de algunos Caualleros, que pensaban dár entrada á Carlos, amenazaban alguna gran ruina, que oprimiesse á la dicha, y á los esfuerços de los fieles defensores. Y por no faltar á la ceremonia Real, y militar, embió Don Pedro al Rey Carlos el requerimiento de que le dexasse el Reyno de su muger, y de sus hijos, que injusta, y tiranicamente tenia vsurpado: llebaron esta embaxada, ò conjuro, D. Ruy Ximenez de Luna, D. Pedro de Queralta, y Don Guillen de Castelnou; y como sabia y á la respuesta el Rey, no la esperò; antes al mismo tiempo dispuso, que entrassen en Mezina quinientos flecheros con algunas Compañias de Almogabares; á los quales capitanearon felizmente Nicolás de Palici, y Andrès de Proxita; y mostraron luego los Almogabares en aquel su natural feroz tal desprecio de los sitiadores, que aprendiendo de ellos igual temeridad los Mezinenses, salian muchas vezes á inquietar, y descomponer las estancias, y las trincheras; y nunca bolvían sin alegría, y sin disculpa, y razón de repetir las salidas: ellas, y la fama de que se mouia el Rey con el focorro, pusieron en tanto cuydado á Carlos, que hizo passar á la Reyna su muger á Calabria; y creciendo mucho el estruendo de la marcha, y venida del Rey, turbó de modo el juicio, la autoridad, y la fortuna de aquel Principe, que tenièdo exercito muy superior al Aragonès, y bastante para la conquista destinada del Imperio Griego, leuantó el sitio, y se passò á Calabria, sin atreuerse á esperar, y experimentar en algo las fuerças cansadas, y la fortuna nueva del enemigo: assi el Rey Carlos, que por su prudencia, y ventura era sin duda el mas autorizado Principe, y mas glorioso Capitan del Orbe, huyendo aora del Rey Don Pedro de Aragon, le cedió el primer

lugar; y lo fue tomando despues muy inferior con las muchas, y pesadas caidas, que su enemigo le hizo dár. Cò esta fuga del Rey Carlos se enriquecieron los Almogabares, entrando en la alegre possession del despojo de su Real; y le empobrecieron tambien entristeciendo mas su negra fortuna con el fuego que pusieron á ciento y cinquenta Taridas, y Galeras, que en el Atarazanal de S. Salvador mandaba Carlos armar para la jornada, y conquista de Constantinopla: mas ni con estas ganancias, y alegres victorias mudaban de trage los Almogabares; porque siempre parecian mas Satiros, ó Faunos, que hombres; y tenian por gran regalo lo que para los otros era suma miseria; pues sin mucha dificultad passaban dos, y tres dias comiendo ò pacièdo yervas del campo; sus vestidos eran toscos, y desarròpados; las calças de cuero; los sombreros de red; el calçado de abarcas; y las caras de suelas de çapatò.

9 Entrò el Rey en Mezina, glorioso, y triunfante; y lo era tanto en los ojos de su mesmo enemigo, que todo se ocupaba en fortificar las fuerças de Calabria, persuadido á que D. Pedro le iba á buscar dentro de su casa; y lo empezó bien presto á experimentar; porque solas veinte y dos Galeras nuestras buscaron, y acometierò á sesenta suyas; que se escaparon con la furia, y con la corriente del Faro, que se opuso al alcance: tãto turba, y amedrenta en la guerra, aun á los muy valerosos, la mala fortuna; pero no la tuvieron tan buena dètro de pocos dias otros quarenta y siete Vasos Franceses, Pisanos, y Napolitanos (entre Galeras, y Nauios) que salieron de Rijoles; y vistos por quinze Galeras, que el Rey auia escogido, y mandado estar en atalaya en Mezina, fueron seguidos, y acometidos, sin que pudiesen huir la batalla; porque les faltò el viento para acostar se á tierra: en el primer choque mataron los nuestròs

á muchos, y con la entrada, y priesa de dos Galeras Pisanas aterraron de manera á las otras, que las pusieron en huida; pero siguiéndolas con los remos, ó con las alas del desprecio, y de la codicia, las alcançaron, y tomaron veinte de ellas; y parece que no mas, porque no auia quien las tomasse: la batalla fue á catorze de Octubre de 1282. Fueron los prisioneros quatro mil; en ellos los Cabos, y Caualleros muchos: la riqueza sin queta; y la gloria, y fama sin medida: y para merecerla tambien en tierra, combatieron, y saquearon de passo á Nicotera, y mataron en ella ducientos hombres de armas. Afsi cargados de despojos, dieron la buelta á Mezina; y con jactancia, ó fiesta militar empezaron la del triunfo, arrastrando y á desde lexos las vanderas cautiuas por las olas de el mar. Con la magestad de este fausto presentará la victoria al Rey: el qual triunfó mas gloriosamente de el enemigo, embiándole libres todos sus Soldados, menos los principales, y caualleros, ó para acomodar, y premiar á los vencedores con el rescate, ó por no priuarle de essa conveniencia para los ordinarios sucessos de los trueques. A este alegre triúfo, con el qual empezaba el Rey á tomar possession del mar contra sus enemigos, le desconsoló algo la defatenta ofensiva de D. Iayme Perez su hijo, el qual contra el orden de su Padre, persuadido de vna vana, y magnifica esperança, tentó assaltar con su armada á Rijoles, lleuado de la dulce imaginacion de vencer, y aun prender, ó matar al Rey Carlos, que estaba allí; y aunque la perdida en si mesma fue ligera, pues no costó sino pocos Almogabares; el sentimiento de la desobediencia fue tan graue en el Rey su padre, que si huiera tomado los primeros consejos de su indignacion, le mandara cortar la cabeza; mas dilatando la resolucion para tiempo mas claro, tomó el medio de quitarle el oficio de Almi-

rante, por no poner segunda vez á contingencias la suma de las cosas; y mucho mas por darselo al inmortal Roger de Lauria, que empezó, continuó, y acabó los meritos del mas esclarecido, y afortunado Capitan, que antes, ó despues ha moderado las indómitas, y naturales inconstancias de las batallas, y ondas de el mar. Los sucessos mesmos harán pruebas tan manifiestas de esta verdad, que le podemos agradecer á Don Iayme Perez tan feliz, y prouechoso yerro. Era Roger hijo de vn Cauallero Calabrès, Señor de Lauria, que fue gran priuado de el Rey Manfredo, y murió á su lado en la batalla de Beneuento; pero cinco años antes, en el de 1260, auia el hijo, siendo niño, venido á Aragon con su madre Doña Bella; la qual vino siruiendo á Doña Constança, Princesa entóces, y aora Reyna de Aragon: afsi se crió en la Camara de Don Pedro: y el Rey Don Iayme le dió el año de 1272. las Alquerias de Rahallo; y Abricato en el Reyno de Valencia; y se incorporó por los meritos, educacion, vida, y mercedes con nuestra Nobleza.

10 Despues que el Rey Carlos se libró de aquel peligro en Rijoles, como se miraba desposeido del mar; y temia, que los sucessos aduersos causassen en el Reyno de Napoles alientos para imitar al de Sicilia, quiso con la sagacidad enmendar la fortuna, y vencer á su contrario: trazó pues desafiarle á batalla personal de solos los dos, ó de pocos; persuadido á que el genio noble, y guerrero de D. Pedro no la reusaria; y que sacándole á lugar muy distante de Sicilia, le necesitaria á alexar las mayores fuerças de su Armada; y tambien le haria odioso con esta estratagemá á sus nuevos vassallos, que ofendidos de ser dexados otra vez á los peligros por la fantasia inutil del duelo, se alterariá, y darian lugar á las exortaciones del Papa, y á las persuasiones del miedo de mayores

res males : embió pues el desafío con dos Religiosos ; era el principal Fray Simó de Lentin, que tendria el humor menos graue , que la profesion de su Orden de Predicadores. Éste dixo al Rey, en nombre de Carlos, delante de sus Ricoshombres : *Que auia entrado en Sicilia no por la puerta, sino malamente, como ladron, y como no debia, no siendo el Rey Carlos su enemigo, y teniendo aquel Reyno por la Iglesia ; y auriendole conquistado con diuersas batallas, y sin primero auer sido desafiado ; y concluyó: Así el Rey de Sicilia nuestro señor, está determinado á probaros en batalla personal, que le auéis tomado, y usurpado su tierra á burto, haciendoos cabeza de sus rebeldes, y traydores ; y os reta como á Capitã de todos ellos.* El Rey, viendo el defatino de encomendar tan borrafcosa embaxada, y la necedad incauta de ellos, que la auian traído, y en fin la rara offadia de venir sin carta de creécia, los despidió sin castigo, ni respuesta. Mas, por no faltar al punto de Caualleria, despachó luego al Vizconde de Castelnou, y á Don Pedro de Queralt á Rijoles, para que le preguntassen al Rey Carlos, si el desafío era suyo, y bolviessen por su honra, respondiendo por él, como en semejante caso respondieran por sí : ellos hizieron la pregunta ; y Carlos dió, aunque ayrado, puntual la respuesta, repitiendo las mesmas palabras de su Embaxador : mas apenas pronunció aquellas, de que *El Rey Don Pedro auia entrado en Sicilia malamente, y como no debia ;* quando el Vizconde le atajó con estas : *Vuestra persona, y qualquiera que lo diga, miente : y el Rey mi Señor lo defenderá por su Real persona á la vuestra ; y os dará la ventaja de armas, que indicais, y auéis menester por vuestra edad ; ó si no la quereis, se combatirá diez á diez, cinquenta á cinquenta, ó ciento á ciento.* Aceptó la oferta el Rey Carlos ; y añadió, q̄ embaxaria sus Embaxadores para tomar juramento de ella al Rey, y determinaria dentro de vn dia el partido q̄ eligia, y

el lugar del desafío : dieróse de ambas partes gajes ; Carlos escogió la batalla de ciento á ciento ; y ambos nombraron Caualleros, que disputassen, y deputassen el tiempo, el lugar, y otras circunstancias de aquella no menos cabilosa, que loca auentura de los Reyes. Mientras se trataba de ella no quiso Carlos tener ociosas otras artes, y juzgó que valdrian mucho para hazer á su contrario execrable, y ómínofo las censuras, que el Papa Martino promulgó cótra el Rey D. Pedro có sus Ministros, y fauorecedores : por auer, como dezia, vsurpado los bienes de la Iglesia, que auia dado á Carlos el Reyno de Sicilia ; á cuya Isla tambien bien amenazó con el Entrédicho, y con graues penas, y censuras á los fauorecedores del Rey de Aragon (como tambien de el Emperador Miguel Paleologo :) y á los Vassallos de Don Pedro absolvía de el juramento de fidelidad ; dando amplia facultad á todos los fieles, para que le ocupassen sus Reynos ; y refrendandose la para priuarle de ellos, si antes de tres meses no comparecia en Roma con todos sus sequaces ; y no satisfacia enteramente á la Iglesia, y al Rey Carlos en los daños de esta guerra. Ésta era la sustancia del proceso, y de la senténcia : pero llena de accidentes, y palabras de animo tan inquieto, y poco cortesano, que mas era para irritar, que para persuadir ; y por ellas dezian, que Martino, ó su Secretario, no auia aun aprendido en la Sacrosanta Magestad de la Tiarra Pontificia la blandura, y el respeto con que merecen ser tratadas las Coronas Reales ; y muchos discurrían, que se auian estudiado demasiado las razones ; pues en la misma Bula dize el Papa, que se conocia bien, que D. Pedro auia salido ázia Africa, solo para encaminarse contra Sicilia, porque no era el poder del Aragonés para emprender conquistas en Africa. En lo qual, quanto se engañase

hassé la ira del Papa, ò la erudicion de el Secretario, lo dezian las razones, y los exemplos yá entonces; y lo confirmaron despues los escarmientos.

11 Pero los Almogabares, cansados con el ocio, y tedio de formalidades, de desafios, y processos, para diuertir la melancolia, que con la suspension, aunque breue, de las armas, impacientaba sus ferozes animos; pidieron licencia al Rey para passar á Calabria, y assaltar á la Catona; en dóde á la sazón se hallaua la mayor parte del exercito enemigo, gouernado del Conde de Alançon, su General, y Principe de la sangre de Francia: alegres con la licencia de tan rico peligro, salieron en quinze Galeras hasta cinco mil de ellos, cubiertos con las tinieblas de la media noche: al amanecer llegaron á la Catona, y con impetu proprio de su codicioso valor, la entraron á fuerça de atmas, atropellando, y matando á casi todos sus defensores: aunque muchos de ellos, que eran grandes Caualleros, y no auian padecido tan de lleno en las murallas la furia de los expugnadores, se acogieron á la Casa del Conde, deseosos de no dexarle perecer en tempestad tan obscura, y sangrienta: aquí por gran rato se hizieron fuertes, y pelearon como buenos: pero cargando mas los Almogabares, y arrojandose con espantable, y hambrienta ferocidad sobre lo mas peligroso, y defendido, los passaron á todos á cuchillo, sin escaparse el Conde su General; y con él perecieron tambien quinientos montados Franceses, que el Papa auia embiado á su sueldo, para no fiarlo todo de los processos. Este fue el fin de aquel Principe Real, digno por cierto de la lastima de los mesmos vencedores; si los Almogabares la supieran tener. Mas ellos con los gritos, y alegrías de tan rico suceso celebraron el triunfo de los Franceses; contra cuyo Rey Carlos entristecieron tanto á los vecinos de Rijoles, que estos ofrecie-

ron en secreto al nuestro, que si passaba á recibirlos por sus vassallos, se le entregarian al punto, para ser defendidos de tan glorioso, y venturoso Rey. Assi Don Pedro (en el principio del año 1283.) entró con esta brillante oferta en el hermoso pensamiento, de que podia assaltar en Rijoles al mismo Rey Carlos, ò buscarle para vna batalla campal; y arruinarle, ò con el descredito de la fuga, ó con el des trozo de sus fuerças. Temiólo Carlos, y apresuradamente, para no ser oprimido de tan arrebatada fortuna, se salió de la plaza; persuadido tambien de que el Principe su hijo, á quien encomédaba la defensa de ella con bastante exercito para esperar mucho, no desesperaria tan presto: pero él, reconociendo que los discursos de su padre podian ser muy costosos, y quebrarse en la ossadia, y ventura del Rey de Aragon, siguió luego los passos del que se retiraba de los peligros, que le encomendaba á él. Embarcóse pues Don Pedro, y desembarcó con sola la desgracia de no tener á quien vencer; porque yá Rijoles se auia entregado á los que iban delante á reconocer los passos; y assegurar la entrada: assi él saltó en tierra, y entró en la Ciudad cõ aquella amistad, y fiesta, que pudieran en Barcelona. El exemplo de Rijoles imitaron (yá por amor, yá por temor) otros Pueblos, y Castillos de nombre, y conveniencia en aquella costa, y dió sobre todos grande autoridad á la empresa, y á la esperanza la Ciudad de Girachi, que sin fuerça, y al parecer con gusto obedeció á la fortuna del nuevo Rey. El qual, para adelantarla mas, salió de Rijoles, acompañado de solo vn Cauallero, y de treinta Almogabares (que era nuestra Infanteria ordinaria) para reconocer por sus ojos á Sinopoli, y Semanara, plazas de armas, en que se hallaba lo mejor del exercito enemigo: y enterado de todo, se pasó á Solano, para gouernar, y executar desde allí las empresas, que

que auia estudiado con aquel oflado disfraz. Resuelto pues en dár sobre Semenara, mādò (ò por engañar, ò por enflaquecer al enemigo) que saliesse delante algunas Compañias de Almogabares contra quinientos Franceses, que defendian á Gurufana: y llegando los nuestrs de noche, arremetieron como en campo llano, y aunque encontraron briosa resistencia, vencieron, hasta matarlos casi todos. Ramon Baucio fu Capitan (principalissimo Señor en la Proença) al principio fue preso, despues por ignorancia muerto. Mientras se peleaba, y venia en Gurufana, executó el Rey por su persona en la noche de treze de Março la salida contra la Ciudad de Semenara, que como era de las mejores de la Prouincia, para no temer á nuestro Rey, ni ser temida del suyo, se hallaba guardada de ochocientos cauallos de guarnicion Francesa. Auia se de entrar por passos asperos, y peligrosos de la montaña de Soláno; que los ocupó, y fortificó el Rey con Almogabares; y marchando siempre en orden, y con presteza, se arrió á la plaza; á la qual solos quarenta Caualleros, y dos mil Almogabares, que iban en la punta del exercito, se arrojaron con tal priesa, y fuerça, que ya tenian ganadas las puertas, y algunas torres, quando los Franceses pudieron resistirse; pero armandose con la presteza posible, se pusieron en defensa, aunque tan infeliz, y vana, como briosa, así en la plaza contra Pedro Arnaldo de Botonac, como en las calles contra Bernaldo de Peratallada (hijo del famoso Don Gilabert de Cruillas) que salió con el honrado despojo de vna herida: y ambos pelearon, juntando la brabura con la pericia, y la fortuna.

12. Con estas victorias alegres puso el Rey en grande espanto á toda aquella tierra: dexó en las plazas conquistadas guarniciones compuestas de Aragoneses, Catalanes, y Naturales: y

quedaron tambien, como fuerças, y espíritus, que corriesse á todas partes contra el exercito, y persona del Principe de Salerno, heredero de el Rey Carlos, quinientos Caualleros, y dos mil Almogabares. Con estas preuenciones dió el Rey la buelta á Mezina; porque esperaba á la Reyna, y á los Infantes Don Iayme, Don Fadrique, y Doña Violante, que los auia mandado passar á Sicilia, para dexarlos á los Sicilianos, como prendas de su amor, y cuydado; y para que el Rey Carlos no lograsse el fin de su cabiloso desafio en la inquietud, y desconfiança, que auia esperado de la salida del Rey en los pueblos de Sicilia. Los quales con la vista de la Reyna, y de sus hijos se confirmaron en firmes pensamientos de fidelidad, y constancia, bañandose de lagrimas alegres, aplaudiendo, y festejando con jubilos de fe, y rendimiento á estos Principes, descendientes de sus Reyes naturales: así el fin del desafio fue en todo contrario á la prouidencia de los que le trazaban; y esto se vió mas, quando Don Pedro al despedirse aduertió á los Sicilianos, que su hijo el Infante Don Iayme auia de ser su Rey; á quien, y á su Madre obedeciesse, como á su mesma persona, mientras el iba á cumplir con su honra, y juramento en el desafio aplazado para el primero de Junio en tierra de Burdeos, ó otra, que señalasse de las suyas el Rey de Inglaterra, en cuya presencia se auia de hazer el capó. Dexó el Rey quatro principales Ministros de Estado, y Guerra de Sicilia: á D. Guillen Galcerán de Cartella, Conde despues de Catançaro, y aora Vicario del Reyno, y vno de los mas insignes Caualleros de aquel siglo: al celebrado Alaimo de Lenrin; á quien en la despedida enriqueció con Villas, y Castillos, y honró con su Cauallo, Lança, Espada, Celada, y Escudo, y mucho mas con la singular confiança del gouierno de la Reyna, Infantes, y Reyno: al fidelissimo Iuan

de Proxita, Canciller: y al que aora no tenia superior, y despues no tuvo par, Roger de Lauria, Almirate, y Capitan General de la Armada, y defenfa de la Isla. Con estas quatro tan firmes, y hermosas Columnas de la Corona, dexò el Rey assegurada la de Sicilia; y pudo partir sin el cuydado, que merecia la inquietud importuna de Gualter de Calatagiron; y otros muchos aliados; los quales, aunque auian concurrido al pensamiento, y execucion de llamar al Rey, ó se cansaban de todo lo presente, ó auian esperado mas de lo futuro, y quizás se entristecieron con las ventajas de aquellos quatro primeros Ministros de Estado; y así trataron de mudar de amo, por experimentar mas alegre fortuna con el Francès: mas el Infante Don Iayme, jurado en Palermo por suceffor antes de la partida de su padre, quedò con el cuydado de apagar aquella llama, aunque fuesse con la sangre de los que la encendian; como lo hizo, acudiendo muy á tiempo con las armas, y prendiendo, y degollando en la plaza por justicia á Gualter, y á los demás rebeldes, de cuya elada sangre se hizo la sal, con que el cuerpo de la Isla se preservò de la corrupciõ, á que los alientos del Rey Carlos auian dado principio, y auian pensado acabar con la traza de aquel imaginario desafio. Al qual caminaba el Rey con tantas veras, que se arrojò con demasiada constancia á ciegos, y claros peligros de enemigos, y tempestades, arrebatado de las cauallerosas ansias de llegar á tiempo: y faltandole despues viento, se entristeciò con este pùdonoroso cuydado, hasta no comer en tres dias; como si la ardiète, y seca deuocion de esse melancolico ayuno huuiera de rendir la colera, ó la flemma del mar.

En el interin entraban en Iac-ca, y en Bearne, los Caualleros Aragoneses, y Catalanes, eligidos de el mismo Rey para compañeros de su

desafio: venian otros con èl en la armada, y entre ellos, Valencianos, Sicilianos, y otros vassallos, alegres con el peligro de esta honra; aunque iban estando menos con el miedo de no ser todos elegidos; porque á mas de los señalados, erã muchos los que de Castilla, Italia, y Alemania, pretendian esse glorioso horror: para el qual se ofreciò tambien vn Infante de Marruecos, celebrado por el mejor Cauallero de los Moros; y le importaba mas que á todos la batalla, porque prometió agradecer, y festejar la vitoria con el triunfo de su Bautismo. Fuera de estos el Principe Don Alonso por orden de su padre (para llenar con abundancia el numero de los cien batalladores, y tener en que escoger) eligió quarenta Ricoshombres, y Caualleros Aragoneses; y cinquenta Catalanes (cuyos nombres escribe Zurita:) los vnos esperaban al Rey en Huesca, los otros en Lerida, creyendo, que desembarcaria en Barcelona, y de passo los llebaria consigo. Pero èl, pisando naufragios, y calmas, tomó tierra en el Grao de Cullera de Valencia diez y seis de Mayo: el dia siguiente entrò en la Ciudad; al punto embiò orden á los que le aguardaban en Lerida, y Huesca, que se fuesen luego á Gascuña; y alegre, de que no pendian yá sus deseos de las fatalidades del mar, salió fatigando postas; olvidado quizás de que en la tierra auia tambien tempestades, y escollos; quales se auian yá leuantado por las artes de los Franceses, y por las ansias de el Rey Carlos; que las mostraba no menores por desviar la batalla, que Don Pedro para asegurarla: así para hazerla imposible, embiò aquel Rey al Papa el cartel de este desafio: y Martino al punto despachò al Cardenal de Santa Cecilia por su Legado á Lattere á Francia, para exortar al Rey Filipo, que hiziesse por su Reyno de Nauarra, y por Cataluña la mas cruda guerra, que pudiesse, al Rey de Ara-

gon;

Lib. 4.
c. 32.

gon; y tambien para que el mesmo Legado, passando á Gascuña, amonestasse, y forçasse al Rey de Inglaterra, que ni asistiese á la batalla (como lo auia ofrecido) ni assegurasse el campo, ni diese facultad para esso á Senescal, ó Ministro suyo: y fue muy de admirar la azedia de este Pontifice (en lo demás sin duda bueno) que teniendo por justa toda persecucion contra el Rey Don Pedro, le declaró por descomulgado en vn mesmo dia con el Emperador de los Griegos, como anatematizando de vna vez á dos iguales enemigos de la Iglesia, que lo era de Carlos su feudatario: y en las mismas letras escritas al Rey Inglés, quita á nuestro D. Pedro (aunque yá despues de la sentencia de priuacion de la Corona) el titulo de Rey, llamandole, *Pedro, que solia ser Rey de Aragon; el qual por sus grandes excessos está enlazado con vinculo de excomunion, y anatematizado, por la Sede Apostolica.* Y motiua el

„ Papa la prohibicion de este desafio

„ con los grandes daños, que se auian

„ de seguir á la empresa de la Casa

„ Santa (tan encomendada al Rey Carlos,

„ y tan esperada de otros Príncipes;

„ con los peligros de contiendas

„ sangrientas de Christianos; y con la

„ torpeza de los desafios. Así declara

„ por illicita, y de ningun valor la

„ promessa de Carlos, á quien llama,

„ *Ilustre Rey de Sicilia, y Charissimo en*

„ *Christo Hijo:* mandale tambien con

„ descomunion, que desista de aquel

„ inteto: y lo reprueba con el feuero,

„ y merecido nombre de *Pernicioso, y*

„ *nesando conflicto.* Pero nada de esto

„ se suponía, que le fuese ingrato, ó

„ impensado al Rey Carlos. Y así se le notaba, que procedió con mas sagacidad, que Caualleria, disponiendo, ó permitiendo, que se hiziesen aquellas amonestaciones conminatorias al Rey de Inglaterra sin sabiduria del Rey de Aragon; á quien dexaba, con maliciosa, y poco noble cautela, acudir al puesto, y dia señalado: al

qual fue Don Pedro, yá por la mar, volando sobre las tormentas, y fatigando las calmas con sus ansias; yá por la tierra, corriendo en postas, y paradas: en lo qual excedió tanto con aquel su magnanimo corazon, que aunque ni el Rey de Inglaterra trataba de hallarse en la batalla, ni daba esperança de la seguridad, que nuestro Rey le pidió; no por esso quiso este faltar á la palabra del desafio, temiendo que los Franceses, y sus aliados disponian estas dudas, y desconfianças para aterrarle, y tener despues apariencias, con que notarle, y cantarle en el mundo menos Cauallero, y esforçado. Partió pues de Valencia por la posta con solos tres Caualleros: y sin descansar de dia, ni de noche, llegó en tres dias á Tarazona (que dista sesenta y seis leguas:) aqui halló al Infante Don Sancho de Castilla su sobrino, que auia llegado para hablarle de la guerra ciuil de aquellos Reynos: pero el Rey prosiguió la noche siguiente su viage con la misma priesa, y con solos los tres compañeros: que segun parece, eran D. Blasco de Alagon, Don Bernardo de Peratallada, y Conrado Lança: guiabalos Domingo de la Figuera, Mercader de Cauillos, y en la apariencia mandaba, como á criados suyos, al Rey, y á los demás: mudaban los cauillos en ciertos puestos; y de este modo llegaron á primero de Junio á medio dia á la vega de Burdeos. De donde el Rey ordenó á D. Gilabert de Cruillas (el qual auia ido delante para pedir el seguro) que dixesse á Iuan de Grili, Senescal de Inglaterra, *Como vn Cauallero del Rey de Arago deseaba hablarle fuera de la Ciudad: el Senescal salió con D. Gilabert, y con otros Caualleros; y apartandole el Rey á solas, le hizo, sin descubrirse, esta pregunta: Asegurarais al Rey de Aragon, y á los Caualleros de su batalla? Esto vengo á saber, porque el Rey, y ellos están puestos en hazer su deber, y no faltar á su fe, y palabra.* El Senescal respondió:

Tá tengo advertido al Embaxador Aragonés, que su Rey no passe à Burdeos; porque el Rey Carlos, y tambien (segun parece) el Rey Filipo, están en esta Ciudad con mucha gente de armas: y así auenturaria el de Aragon sa persona à manifesto peligro; del qual ni puede, ni quiere assegurarle el Rey de Inglaterra mi Señor. Esta fue la individual respuesta del Senescal: y por ella parece, que el Rey Carlos pensaba tener tambien buleto, ò dispensacion del Papa para prender, ó matar al Rey Don Pedro con aquel ardid; pues de nada mostraba escrupulo, ò asco. Pero D. Pedro dixo al Senescal, que deseaba ver el lugar de la batalla: y entrado con los otros en el mismo palenque, que dentro de la Ciudad estaba señalado; corrió algunas vezes de parte á parte có su cauallo: y saliendo afuera se descubrió al Senescal con estas palabras: *Si vos, ò vuestro Rey, nos asegurais el campo; nos, y los nuestros, estamos prontos para la batalla.* Admiróse el Senescal de tan cauallerosa temeridad, y le requirió, que se volviese luego, porque sus enemigos le procuraban la muerte: mas el Rey, para no quedar con escrupulo alguno de su pundonor, hizo que vn Escriua no diesse fee de su llegada, de su demanda, y de la respuesta del Senescal; al qual tambien, para mas ostentosa, y militar prueba del cumplimiento de

su palabra, dió su Yelmo, Escudo, Láçca, y Espada: y escribió desde aquel lugar á varias Prouincias de Europa, auisando como auia llegado á Burdeos: ni descuidó de sus vassallos, porque desde allí mandó á todos los que estaban en Francia, que se retirassen á sus tierras. Hecho esto, con la misma celeridad dió la buelta por Bayona, sin entrar en poblado hasta Fuente-rrabia, y de allí por Guipuzcoa, Alaba, y Castilla se vino á Tarazona, sin tocar en Nauarra, porque era del Francés, enemigo, y armado. Pero ni tan abundantes pruebas del candor, y ardor de el Rey, bastaron para que los Franceses, y sus parciales, no publicassen entonces, y no ayan escrito siempre; que Don Pedro, ni hizo el desafio con sinceridad, ni le cumplió con honra. Tanto vale vna métira (como dize el adagio Francés) sustentada veinte y quatro horas; que despues ella se sustenta. Mas quien dudará de el aliento de vn Rey, que buscó, ahuyentó, y venció tantas vezes, y con menos fuerças al enemigo? Y quien sospechará dolo en aquel, que todo lo atropellaba con su Lança? en el poseedor, y en el que ausente continuaba, y vencía la guerra de Sicilia por mar, y tierra? Pero nada bastará á poner regla al juizio, ò á la voluntad de los

Escritores.

CAPITULO TERCERO.

De las guerras, y discordias del Rey en Aragon por la Empresa de Sicilia.

S V M A R I O.

- 1. **E**ntra exercito Francés en Aragon.
- 2. **D**isgustos del Rey con las Cortes.
- 3. **E**mbaxada de los Vnidos al Rey.

- 4. **C**onquista el Rey à Albarracín.
- 5. **E**ntra en Nauarra.
- 6. **C**onciertase con los Vnidos.



Empezaron los Aragonés à recelarse mas de cerca, que los trofeos de Italia se auian de

pagar, y entristecer con incendios de nuestras Fronteras: así deseaban entibiarse el ardiente animo del Rey, para apagar, ó detener las llamas, que la poderosa mano de Francia acercaba á

nuef-

nuestros Pirineos, y amenazaba á todo el Reyno. Por esto los Malcontentos de aquellas auenturas del Rey confesarian los medios de alguna vnión de los vassallos, para resistirle, ó moderarle. En contra deseaba el Rey deshazer en sus principios esta vnión, y passar para esse fin luego á Zaragoza; pero temiendo mas á los enemigos, que á los Descontentos, se detuvo (á la buelta de Francia) en Tarazona: porque discurrió, que el exercito Francés, el qual auia entrado en Nauarra para fofsegar, y oprimir á los Malcontentos del gouierno estrangero, auiendo yá vencido, y robado con muertes, y sacrilegios á Pamplona, se arrojaría luego sobre Aragon: adonde se passaron algunos Ricoshombres Nauarros, porque ya estaba declarado el Francés por la querella de su Tio el Napolitano contra Don Pedro; en quien por essa causa esperaron, y hallaron amparo: Todo en fin sucedió á la medida del prudente, y triste pronostico del Rey; pues entraron luego por Sanguesa en Aragon mas de quatro mil Caualllos, y numero muy crecido de Infantes, que acometieron el Castillo de VI, en donde fueron tantas las proezas, y diestras braburas de Ximeno de Artieda su señor, que le defendia aun despues de muertos casi todos los suyos: y el General Francés, enamorado de tãta bizzarria, procuró, y consiguió, que aquel Cauallero no fuesse muerto, sino prisionero: y fiendolo, aunque fue lleuado al Castillo Narbonés de Tolosa, se salió del con ossadia, y fortuna: con la qual bolvió á seruir á su Rey en estas guerras con aquel esfuerço, que lo auia hecho en las de Africa, y Sicilia. Mas aora los enemigos, auiendo ocupado el Castillo de VI, se adelantaron algo, robando nuestra Montaña, y dexando assoladas (como lo están) las Villas de Lerda, VI, y Tileda. De aqui subieron el mismo fuego por la Canal del Rio Aragon hasta la Villa

de Verdun, que dista ocho leguas de Sanguesa, y solas quatro de Iacca; pero encontrando alli mas defensa, y temerosos de que el Rey los cortasse, y encerrasse entre aquellos montes, dieron luego la buelta para Nauarra, sin mas consuelo de aquella resistencia, que pegar fuego al Mercado de Verdun. De estos principios, aunque pequeños, pronosticaba el iuizio de el Rey en la esfera oculta de su corazon grandes males en Aragon, y Sicilia: y para desvanecerlos tuvo por conveniente poner al Rey de Frácia grillos en su casa, con la diuersión, y guerra del Inglès; el qual no podia estarse mirando á los Franceses, que le rondaban, y rodeaban tanto sus Estados de Guiana. Trataron pues ambos Reyes estrecha confederacion, y la confirmaron con los capitulos, y palabra de matrimonio del Principe D. Alonso de Aragon, y Doña Leonor Infanta de Inglaterra. Mas el Papa, que estaba atentissimo para frustrar todas las defensas, ó para assegurar la ruyna del Rey Don Pedro, hizo largas, y amargas quejas en vna Bula, de que el Inglès, Principe tan noble, y Catolico, trauasse amistad, y parentesco con vn enemigo, y manifesto perseguidor de la Iglesia: que assi llamaba á este Gran Rey la indignacion Francesa de el Pontifice: y añadió, para impossibilitar el matrimonio, que los Principes desposados eran parientes en quarto grado prohibido por la Iglesia en los matrimonios: y claro está, que no lo auia estudiado, y auetiguado para dispensarles este impedimento. Assi este miedo, y eserpulo hizo suspender el casamiento, y enfrió el calor de las alianças, aunque para ellas no auian menester dispensación del Papa.

2 Para rebatir pues el Rey las fuerças presentes, que el Francés tenia prontas en Nauarra, y otras mayores, que se amenazaban, juntó Cortes de los Aragoneses en Tarazona, con fin de disponerlos, y vnirlos para la

defensa: pero el suceso salió contrario á la esperanza; porque los Aragoneses, que son como por naturaleza grandes, y religiosos veneradores de la autoridad, y Silla Romana, sentian mucho el peso espiritual de las descomuniones, y entredichos, que oprimia la piedad, y sinceridad de sus corazones: estaban tambien mal satisfechos de la estraña condicion del Rey, que auia emprendido vna conquista, y guerra efrangerá con el nueuo estilo de no esperar, ni pedir el consejo de los Ricoshombres. A esto añadian en sus quejas, que ni estas guerras eran contra Moros, como las antiguas, en las quales ellos, y sus Antecessores ganaron tanta gloria: ni se auian de sustentar contra vn Principe de iguales, ó poco superiores fuerças; sino contra las de la Casa de Francia, que eran las mayores de la Christiandad: y el Rey Filipo (cabeza de la Familia, y de tantos, y tan poderosos Principes) tenia, por la memoria de su santo padre, y por la fama de sus propias virtudes, suma autoridad en el mundo, que le celebraba con el militar renombre del Atreuido. Así nuestros Ricoshombres, Caualleros, Infançones, y Sindicos, ó Procuradores de las Ciudades, y Villas, convocados á estas Cortes, y vnidos en vn sentir, advirtieron, y suplicaron al Rey, en nombre de todos los del Reyno, que quisiessé consultar con ellos los puntos, medios, y fines de esta guerra. Mas el Rey herido de tan no esperada demanda, y nada desprendido de aquel su dictamen de mas que justo disimulo, dió prontamente vna respuesta, que se la dictó, mas su indignación, que su necesidad, ó prudencia; pues dixo: *To basta agora por mi he fecho mis facien-*

das: y así ni queremos, ni vemos menester vuestro consejo: y si lo quisiéramos, ó buiéramos menester, lo demandariamos. Ellos entrando tambien con el calor de la razon en mas colera, replicaron: *Pues*

no quereis nuestro consejo, y Vos, y vuestros Oficiales, no nos guardais los fueros, y priuilegios, que gozabamos en tiempo de vuestro Padre, y demás antecessores, otorgados, y confirmados de nueuo. Otra vez se mostró sentido el Rey, y respondió, aunque bien en la sustancia, mal en el modo: *Aora (dixo) no es tiempo de hazer tal propuesta, porque trato de dar la batalla á los Franceses: despues haré lo que debo.* Pero experimentó luego, que vn Rey sin la voluntad de los vassallos es vn hombre solo, y mas desnudo que todos: porque entendiendo ellos, que era gran temeridad exponer todos los sudores, y triunfos antiguos al suceso incierto de vna batalla, y que las opresiones injustas de los Ministros del Rey no tenían otro remedio, sino el de la vnion, estilada de sus Mayores, y entonces licita por los fueros: se juramentaron con pleyto omenage, y otras seguridades, para no permitir las contingencias de la ruyna de la patria, y de la libertad Aragonesa, que se tuvo siempre por la riqueza, patrimonio, y sustancia de este Reyno: la qual no debia ponerse á peligro por guerras de conveniencias tan poco reales para el interés, y consuelo de los vassallos. Este era el dictamen publico; y al Rey le fue necesario, ablandar en el suyo, y serenar, ó esconder su ardor. Para hazerlo con mas tiempo, y consejo, prorogó las Cortes para Zaragoza; en donde dió á sus vassallos satisfacion en las demandas, y quejas, y concedió el priuilegio, que llaman General: el qual es la confirmacion de todos los antiguos, y alma, y raiz de todos los presentes. Mas todas estas dulçuras, y gracias no bastaron para asegurar los corazones del Reyno: y así despedidas las Cortes, y partido el Rey para Valencia, se vnieron todos con nueuos sacramentos, y grandes prendas de Villas, y Castillos, para defender con las armas su amada libertad, y resistir al tri-

buto nuevo , y prohibido del Mone-
daje : todo esto era permitido por las
leyes , ò estilos de aquel tiempo ; mas
no el disturbio , que se empezó á mo-
uer por los interesses , y pareceres en-
contrados : los quales procuró el mis-
mo Rey introducir por sus Ministros,
para diuidir , y enflaquecer á los coli-
gados. Luego se vió el disfauor , y dis-
gusto del Rey : porque en llegando á
Valencia mādò con penas de destier-
ro , y muerte , que todos viuiessen se-
gun el nuevo fuero de aquel Reyno ;
auiendo concedido tan poco antes el
de Aragon en las Cortes de Zaragoza
para todos los que le quisiessen. Los
Aragoneses pues embiaron su Emba-
xada para querellarse de esta noue-
dad ; y les respondió el Rey en Barce-
lona con estas humanas palabras :
*Ninguna nouedad ha llegado à nuestra no-
ticia : y nuestra voluntad es tal para con
vosotros , que sino os huvieramos otor-
gado , y confirmado lo que nos demandas-
teis , lo bizieramos de nuevo : y os pido en
retorno de este amor , que os preuengais pa-
ra la entrada de Navarra ; porque llegare-
mos para el primero de Febrero cò el exer-
cito de Cataluña.*

3. Algo se nos esconde en esta
clara confusion de quejas , y respues-
tas ; y ella es tan grande , que solo nos
descubre , que ni el Rey , ni el Reyno
estaba gustoso : lo qual se conoció
mas , quando el Rey dió á los Catala-
nes muy entera satisfació en sus Cor-
tes (del Henero del año 1284.) yá por
no incurrir en las turbaciones de Ara-
gon , yá por agradecerles sus grandes
finezas , y el trabajo mayor , que en la
conquista de Sicilia soportaron. Así
los Aragoneses Vnidos temieron , que
la voz de la entrada de Navarra , no
era mas que apariencia , y ruido para
engañarlos el Rey ; el qual con la ma-
licia Catalana podria fauorecer á los
que le seruian en Aragon , declaran-
dose contra la vnion : por este rezelo,
y miedo los Vnidos le protestaron
con solemne embaxada , que le resif-

tirian si entraba armado en Aragon ; y
no estaba el Rey para mostrarse impa-
ciente : ni en otro tiempo necesitó
mas de su dissimulo , y de aquel su na-
tural secreto de sus pensamientos ;
porque yá dias antes le auia el Ponti-
fice priuado de la Corona ; y aunque el
Rey , y sus vassallos entendian , que se
excedia del titulo , y de la razon : era
peligroso irritar nuevos humores ,
quando eran tan necessarias todas las
fuerças del cuerpo para vencer á los
que le tenian con tan mortal destem-
plança. Enseñado pues el Rey con la
experiencia de que ni los Reyes pue-
den todo lo que quieren , respondió á
esta militar Embaxada con juicio , y
agrado : *Que iria para cierto dia à Zara-
goça cò los mismos Embaxadores : no mos-
trando yá , ni quizás teniendo , sino la
intencion de dárles toda satisfacion ,
y concordia.*

4. Mas la inquietud belicosa de
D. Iuan Nuñez de Lara , Gran Señor,
ò Potentado en Castilla , hizo dilatar
la execucion que el Rey tanto auia
menester apresurar : así pidió á los
Vnidos , que le dispensassen , ó proro-
gassen el termino de su palabra , ne-
cesitado á marchar con toda celeri-
dad contra aquel Principe Vandole-
ro , que con sus talas , y robos tenia en
fumo desconsuelo á Castilla , y Aragó,
firviendole de nido , ó madriguera la
enriscada Ciudad de Albarracin , de
la qual era Señor por su muger Doña
Teresa de Azagra ; cuyos ascendien-
tes la auian conquistado de los Mo-
ros. Estaba Don Iuan desauenido de
los Reyes de Castilla , y Aragon ; y se
hizo vassallo de el Francés , de quien
por dentro de Navarra recibia focor-
ros ; y con vno de ellos en yna carrera
desde Navarra á Albarracin auia es-
tos dias llenado de lagrimas , y pobre-
za las tierras de Alfaro , Calahorra,
Osma , y Siguença ; y enriquecido , y
alegrado á los suyos : los quales (á mas
de sus vassallos) eran Franceses , Na-
uarros , y Castellanos ; cuya fortuna , y

ganancia se formaba de los males ajenos: y con ellos pretendía también el Francés divertir á nuestro Rey de las Fronteras de Navarra: por las quales, y mucho mas por las de Cataluña, pensaba entrar formidable en los Reynos de Aragon: y para esto juntaba el mayor exercito que en aquellos, ó en los siguientes siglos se vió entre los Christianos. Por estas causas el Rey deseó librarse luego de tan peligroso tropiezo, y para arrácar de raíz aquella venenosa, y pertinaz espina, partió á la ligera, lleuado de las ansias de que tan fiero Leon no se le escapasse de la red, y de la cerca, en que pensaba encerrarle con el sitio: para conseguirlo se juntaron, con la priesa de cazadores, las gentes de Teruel, Cataluña, y Daroca, como mas vecinas al daño, y mas interessadas en la priesa: diuidieronse los quarteles entre los Capitanes principales: que á mas del Rey lo eran, el Principe D. Alfonso, el Conde de Urgel, el Vizeconde de Cardona, Don Ramon de Anglesola, y D. Ramon de Moncada. Quando Don Iuan Nuñez vió, que la persona del Rey, de quien pendian la paz, y la guerra de Europa, se empeñaba en destruirle, temió tanto, que con pretexto de buscar socorro, salió vna noche de Albarracin, sin poder ser detenido con los ruegos, y consejos de los suyos: dexóles vn sobrino por Capitan, y prenda, y partió á Navarra, de donde no bolvió en los quatro meses que duró el cerco. Pero los picachos, el sitio, y la fortaleza hazian inexpugnable la Ciudad, si la hambre no la vencía: assi, aunque no cessaban las baterias, ni las refriegas, ni las maquinas; tuvo tiempo el Rey para encomendar á sus Capitanes el sitio, y partir con el Principe á Zaragoza, lleuado del deseo, y de la palabra de dar fin á las discordias ciuiles. No las deslizo en todos sus capitulos, pero las descompuso mucho con la confianza, afabilidad, y promessas. Buelto al si-

tio, renouó los combates con la autoridad de su ardor, y brabura: y porque en vno de ellos quedó muerto el Capitan de la Plaza, empezaron á desalentarse los defensores: y se confirmaron mas en el temor justo de la ofiada de el Rey, reconociendo, que estaba firme en no dar la buelta sin la victoria, y possession de la Ciudad: porque entrando yá el Hibierno en aquella affigidissima tierra (que parece su patria, ó Solar) mandó labrar algunas casillas, y chozas para abrigarse, y sustentarse quanto durasse el asedio: y como Don Iuan no parecia con el socorro, la paciencia, y las esperanças se iban acabando con los viueres, que yá no bastaban, sino para muy pocos dias: assi los cercados capitularon la entrega para dentro de quinze, si Don Iayme su señor, auisado de su aprieto, no les socorria: concedióles el Rey el partido, con mas deseo que miedo, de que viniessse Don Iuan: el qual respondió á los suyos, que los daba por buenos vassallos, y les alçaba el omenage para entregar la plaza, porq̄ el no la podia socorrer. Bultos pues los mensageros, se la ofrecieron al Rey: pero el no la quiso recibir hasta despues de otros quinze dias, porq̄ esperaba, q̄ D. Iuan Nuñez, como tan arriscado, se arrojaría á introducir el socorro; y quería el Rey dexarle entrar, para coger su persona. Tanto apreciaba la priesa de aquel fiero Leon: pero el con otro tanto cuidado huia de la jaula: assi el Rey la huvo de tomar vacia, y llenandola de naturales, se la dió á Don Fernando su hijo.

De Albarracin partió para Navarra, en donde Filipo Rey de Francia, por auer casado este año á Filipo su primogenito con Doña Iuana Reyna de Navarra, tenia mucha gente de armas, y mas que la ordinaria: y porque la mayor fuerça estaba en Tudela con Don Iuan Nuñez de Lara, se acercó nuestro Rey, y se puso luego sobre ella

ella con mil cauallos encubertados, quinientos ligeros, y diez mil Infantes: mas como ni salian de la Plaza á pelear, ni el Hibierno permitia largo cerco, hizo el Rey passar en barcas por el Hebro todo su exercito, para correr la tierra: reparólo Don Iuan desde las murallas, y por sus espías, y salió con oportunidad contra los que no auia aun passado el rio: los quales, como diuididos del grueso del exercito, cayeran en este gran peligro, si el mismo Rey no les sacara de aquel tiempo, necessitando á Don Iuan á retirarse: aunque no lo hizo tan sin ganancia, que no tomassé de passo muchas Azemilas, que acaso iban á nuestro campo. Discurrió pues el Rey con su exercito por Navarra, talando, quemando, y arruyñando los campos, y los pueblos, que padecian tan desmedida pena de la culpa del ambicioso padre de su Rey.

6 Hecho esto, dió el Rey la buelta, y presidiando la Frontera, pasó á

Zaragoza, para dar integridad, y seguridad á la concordia con las Cortes, que trasladadas primero á Huéscá, y despues á Zuera, dieron dicho fin á los deseos de las gentes por el sosiego sabio del Rey, y por la prudencia, y valor de Don Iuan Gibertin, Justicia de Aragón: el qual, como Juez ordinario, absolvió, y condenó al Rey en varias querrelas, y el concedió como se lo suplicaban, y acordaban aquellos vassallos, que en el Reyno de Valencia fuesse Justicia General vn Cavallero Aragonés, y este juzgasse á todos por los fueros de Aragón; y gozió tambien los demás Juezes á quantos quisieshen y sar de ellos. Con esta tan justa paz pusieron los Nobles, y los Pueblos todo su zelo en servir al Rey con sus vassallos, haciendas, y personas, como lo auian ofrecido: y ni lo dudaba el Rey, ni los peligros presentes permitian otras pasiones, ó

questiones.

CAPITVLO QVARTO.

La guerra de Sicilia en la ausencia del Rey.

S V M A R I O.

- 1. Vitoria de Malta.
- 2. Vitoria de Napoles, y prision de su Principe.
- 3. Asaltos, y Conquistas en la Calabria.

- 4. Conquista de los Gerbes, y prision de el Rey de Tuniz.
- 5. Matança de los prisioneros en Mezina.
- 6. Peligro del Principe de Salerno.
- 6. Muerte del Rey de Napoles.



EMOS atrásado la narracion de los sucesos de Sicilia, porque cortados, ó penetrados con los de Aragón, no diessen, ni recibieshen confusión: ellos fueron deste modo. Poco despues de auer el Rey partido de aquella Isla para el desafio de Burdeos, mandó la Reyna su muger á Manfredo Lança, que con soldados Almogabares, y Sicilianos saliesse á

cercar, y combatir el Castillo de la Isla de Malta: executólo Manfredo, contra quien, y en socorro de los sitiados salieron de la Proença veinte valientes Galeras con su General Guillen Cornuto, principalissimo Cavallero de Marsella. Supo nuestro Almirante Roger de Lauria el movimiento, aunque no el intento de estas Galeras: y salió de Sicilia en busca de ellas con diez y ocho de las suyas: pero no encontrandolas con alguna de

muchas diligencias, y bueltas, navegaron los Franceses sin estorvo la via de Malta: y Mánfredo con la noticia de que se le acercaban tan poderosos, levantó el cerco, y se entró en la Ciudad de Malta, que ya era muy de su voluntad de nuestro Rey: así el enemigo introduxo en su Castillo el socorro muy á su salvo. Contentos pues, y felizes se hallaban los Franceses, como triunfando de nuestros trabajos, y gastos; quando llegó Roger de Lauria á turbarles, y entristecerles sus fiestas: mas porq̄ era de noche, no quiso embestirlos luego, detenido de la fantasía supersticiosa, de que no se dixesse del, que se auia desvelado para vécer á los dormidos: y así cō mas que vana temeridad les embió vna barca, requiriendoles, que se rindiessen, ó se preuiniessen para la batalla: y con este espíritu caprichoso, con el qual empezó á mostrarse arbitro de el mar, y artífice de su fortuna, dilató la pelea, hasta que el día hiziesse claras las hazañas, y las ventajas del valor. Preuénidos pues todos, y acometiendose como en desafío aplazado, se dieron vna de las batallas mas reñidas, y sangrientas, que vió el mar en aquel inquietísimo siglo: y porfiaron en ella desde el principio hasta despues del medio dia, sin conocerse ventaja de monta; y siempre cō el mismo teson, y furor, q̄ si la vitoria huviere de tener por premio la Corona de Sicilia. Mas reconociendo el General Francés, que iban faltando á los suyos las armas, y con ellas los alientos, acosados con nuevos bríos, y reforçada pujança de los nuestros (que auian puesto ya en fuga á seis de sus Galeras) se arrojó á la vltima prueba de su esfuerço, y en ella embistió con su Galera, y persona á la de nuestro Almirante: executólo con singular bizarría, disciplina, y constancia; y pelearon ambos Generales, como Maestros del valor, y de la sciencia militar: el nuestro quedó mal herido; y el enemigo bien atrauesado

por los pechos con vna azcona montera, muerto, y vencido: luego se asaltaron, y tomaron diez de sus Galeras; las otras huyeron con mas muertos, que viuos: la presa fue de gran precio, pues de solos Caualleros quedaron ochocientos prisioneros: y el successo dió tal espanto, y autoridad, que se entregaron continuadamente la Isla del Gozo, la Ciudad de Lipari, y el Castillo de Malta. De los nuestros murieron trecientos: quedaron heridos ducientos: y este fue el primer successo, en que se estrenó la fortuna del Almirante Roger: que le mereció tanto por su valor, y destreza, como le merecia por su arrojo, y desprecio.

Sintió amargamente este successo el Principe de Salerno, primogenito del Rey Carlos, por cuya ausencia gouernaba en Italia: y para satisfacerse de estos daños, y cortar otros muchos, que el mismo Roger de Lauria continuaba con su vencedora armada de veinte y ocho Galeras en los mares, costas, y huertas del Reyno de Napoles; trató de salir contra Sicilia con setenta Galeras: y no le costó trabajo, ni cuydado encótrar con el enemigo, que, ó le buscaba, ó le descaba: pues abrasando, y empobreciendo aquellas amenas, y abundantes riberas, se puso con quarenta y vna Galeras á la vista de la Ciudad de Napoles: la qual, temerosa de algun subido de nuestro Almirante, y alentada con la presencia, con los exemplos, y mandatos de su Principe, tomó las armas, cubrió los puestos, y llenó de Caualleria Italiana, y Francesa las Galeras de su Puerto: ni dudó el Principe entrarse en ellas, asegurado del numero superior, y del esplendor, y confianza de tan numerosa, y grande Nobleza. Mas el Almirante, para aumentar la confianza de los enemigos, luego que los vió mouer, se apartó al mar; deseoso de que entendiessen, que reuñaba la batalla, y siguiendole con esta

essa falaz alegría, dexassen el arrimo, y las ventajas de la tierra; ni tuviessen tan pronto el escape, y la fuga. Sucedió assi, que se acercaron á los nuestros, apartandose de la costa, y con tanta esperanza, ó seguridad de la victoria, que aquellos soldados daban la grita á los que imaginaban huir, despreciabanlos como á vécidos; y suponiendolos yá rendidos, y á sus pies, les mostraban las sogas, pronosticando, y amenazando con ellas la esclauitud, el garrote, y la horca. Entonces Roger de Lauria saltó en vn esquife, y fue alentando con la alegría, con las palabras, y las señas á todas las Galeras: y lo pudo hazer sin tardança, porque su oracion era breue, y eficaz, como aquella, que no contenia mas que el auiso de *que en la Armada enemiga venia la flor de la Caualleria Francesa, y el esplendor de los Señores Napolitanos: que el fruto de la vitoria seria grande, porque todo el despojo seria de los vencedores.* Esta fue la exortacion; y no otra mas aseada de subidos conceptos: y esta era gratissima, y vnica para la tosca codicia de los fieros Almogabares: y para los que entendian mas, bastaba acordarles, la confianza de su Rey, la gloria de la possession del mar, la insolencia experimentada en Sicilia del Gobierno Francés, y la costübre nuestra de vencer. Por el contrario, los enemigos entraban en la batalla con el brillante nóbre de Francia; con la presencia de vn Principe de su sangre; con la representacion de la magestad de dos Reyes; y con la ira de tantas perdidas, en Estados, honra, y gloria; de cuya possession auian sido echados por los Aragoneses; y assi nos aborrecian con más implacable, y menos noble tristeza. La batalla empezó, y prosiguió cõ ardor, y esfuerço casi con igualdad de ambas partes; algunas Galeras se asieron con tal firmeza, que peleaban de cerca, y á pie firme, como pudieran en la tierra. Mas no tardó mucho en descubrirse la ventaja, que hazen los ex-

perimentados en el mar al numero grãde, y noble de los que le han pisado poco: porque nuestras Galeras se rebolvian, acercaban, y alexaban con arte, prontitud, y oportunidad, sin turbacion, desconcierto, ni perdida de tiempo, ó tiro; assi llenaban de sangre, miembros, y muertes á las Galeras enemigas muy á su placer: y algunas de ellas, poniendo el vltimo esfuerço en desprénderse de los garfios, y de las vnas de los nuestros, cõsiguieron la ventura triste de ponerse en huida hasta Napoles. Mas diez de las que no pudieron, ó no temieron tanto, fueron entradas de los vencedores: y cargando el Almirante contra la Capitana, en que peleaba el Principe, se renouó vna no menos noble, que sangrienta batalla; porque los Señores, y Caualleros, apreciando menos sus vidas, que la salud, y seguridad de su Principe, hazian de sí mesmos fortissimas murallas para su defensa: y cayendo las vnas á los golpes de dardos, y lanças, se leuantaban, y formaban prontamente otras, y otras. Mas nuestro Almirante, sañado con la tardança de la vitoria, mandó á voces, que por muchas partes se barrenasse la Capitana enemiga: y como la mucha agua que en ella entraba, daba á los infelizes clara noticia de aquella fatal execucion; el Principe, por salvar su persona, y las de sus infelizes defensores, hizo llamar á nuestro Almirante; á quien se rindió, pidió las vidas, y entregó su espada: entonces el mismo Roger le dió la mano enemiga, para assegurarle, y para no permitir tiempo al peligro, de que se hundiessen con la Galera: tras el passaron con grande, y temerosa priesa, Iacobo de Bufano, General de la Armada, los Condes de Brena, Monopoli, y Villagens; y otro grã numero de Varones, y Caualleros Italianos, y Franceses. Y en esta Capitana, y en otras hasta quarenta y dos Galeras, que se tomaron en la pelea, y en la vitoria, fue la

ganancia, y la presa, como la fama del vencimiento, igual á la mayor de aquellos mares. El Almirante Roger estuvo entre las primeras alegrías tan atento al servicio de sus Reyes, que al punto pidió al Principe la libertad, y la persona de la Infanta Doña Beatriz de Suevia, hermana de nuestra Reyna, que auia padecido por diez y ocho años la injusta prision de vn retirado Castillo, desde la sangrienta muerte del Rey Manfredo su Padre. Esta nobilissima parte de aquel rico despojo lleuò el Almirante á la Reyna: y como el genio era glorioso, y feroz, pasó con todos los vencidos á la vista de Napoles, para acobardar, y alterar los Ciudadanos con el pauroso espectáculo de su ignominia, y ruyna: y antes de llegar á Sicilia, mandò cortar en su Capitana las cabezas á Richardo de Riso, y á Enrique de Niza, Varones Sicilianos, que se auia pasado al Rey Carlos, y fueron prisioneros de esta batalla, y víctimas de su triunfo, muriendo á manos de verdugos, y á los ojos de su Principe, los que en su defensa escaparon de tantas, y gloriosas muertes. Al tercer dia despues de la batalla, llegò para hallarse en ella, el Rey Carlos á Gaeta con veinte fuertes Galeras de tanto socorro, pensando asegurar con ellas la vitoria, y el dominio del mar: con esta alegre ignorancia se acercò á la playa de Napoles, de donde pudo casi entender, y oyò el funesto ruido de las tristes, y sediciosas voces del furor melancólico de aquel inmenso Pueblo: el qual gritaba por las calles: *Muera Carlos de Francia, y viva Roger de Lauria.* Voces, que entédidas luego con la relacion, ó cercania, indignaron tanto el ardiente animo de este afligido Rey, que no quiso entrar en la Ciudad, y estuvo firme en reducirla en ceniza: pero los ruegos de vn Legado Apostolico le entretuvieron, y detuvieron al principio, y despues la sangre de muchos hablando, ò diuirtió á su inexorable,

y sediento corazon; porque mandò su indignacion, quando menos turbada, sacrificar en la horca á su mortal amargura las vidas de ciento y cinquenta de aquellos tristes vozeadores. Luego, arrebatado del dolor, y de la afrenta, y de el amor, juntò en sesenta Galeras, y muchos otros Vasos, con las tropas de tierra, vn exercito de diez mil Caualllos, y quarenta mil Infantes contra Rijoles, cuyo Capitan era Guillen de Pons; que con trecientos soldados y los naturales esperò, y burlò tan formidable cerco; el qual yá por falta de puente capaz, yá por desgracias de algunas Galeras, se conociò cada dia más floxo, y vano: assi el Rey Carlos con la perdida del tiempo, y reputacion, le leuantò, y le pasó á poner sobre la Catona; de donde tambien le facaron los vientos, y temporales, no menos de su mala fortuna, que del Hibierno: partiò por tierra la buelta de Pulla, adonde tambien mandò nauegar las Galeras, al mismo tiempo que salia de Mezina el Almirante Roger con su Armada reforçada con catorze Galeras, nuevas, y escogidas, que el Rey le auia embiado de Cataluña con el famoso Ramon Marquet, entendiendo con su gran juicio, que si era dueño del mar, haria inútiles á los Franceses los ruidosos, y superiores aparatos de la guerra de tierra: estuuió ambas Armadas muy vecinas en el cabo de Pellérin: y engañando el Almirante á los enemigos con la apariencia de que á sus ojos se atreuia á saltar en tierra, tomó al anochecer diez Galeras, y con ellas se atrojó sobre Nicotera, plaza presidada con quinientos Caualllos, y dos mil Infantes, vnos, y otros Franceses; fuera de otro gran cuerpo de naturales, y á todos gouernaba el Conde de Catançaro, que asegurados de la cercania, y potencia de su exercito de mar, y tierra, viuiran con descuydo de la diligente, y experimentada sagacidad

dad de Roger; el qual á media noche saltó en tierra, y escalando el lugar, le aterró con lo impenfado del caso, con los gritos de los hombres, y trompetas; y con la matança de quanto se le ponía delante, los retiró de modo á lo mas fuerte, y recogido, que al fin le dexaban robar, y arruynar muy á su salvo, inciertos de todo por la obscuridad de la noche, y temerosos por tá impenfada oflada de alguna asechãça mas perniciosã. Aquí fue preso Pedro de Pellicia, que siendo Governador de Rijoles, le alborotó contra los aficionados del Rey de Aragon, en los quales causò mucho daño; y el Almirante les embió este presente, gustoso á la ira, con que le aborrecian, y con que hizieron mil sangrientos guisados de su persona: Quien le dixerã á este Caualle ro, que estaba puesto todo su peligro en el lugar de su mayor seguridad? De aquí partiò el Almirante á juntarse con los suyos, y siguiendo á los enemigos, la noche primera saltò en tierra, y con trecientos Almogabares á escala vista assaltó, y saqueó á Castelvefro, distante seis millas de el mar: la noche segunda de esta faccion, escogiendo mil Almogabares, saltó otra vez en tierra, entró en ella por treinta millas, y por la mañana acometiò, y tomó á Castrovilari; cuyo exemplo, sin esperar mas apremio, imitaron otros muchos pueblos; y para hazerle seguir á Cotron, se le acercò el Almirante, y le rindió á la obediencia del Rey cò el miedo del faco. Lo mismo hizieron otros lugares de la Basilicata; en la qual estaba con dos mil Almogabares Mateo Fortun, que partiendo vna noche muy llubiosa contra Murano, la ganò con el Castillo, donde prendió á la señora de la Villa: hazaña de gran fruto para el Rey, y gusto para el Almirante; porque vno de los muchos lugares, que por este suceso alçaron las vanderas de Aragon, fue Lauria, del qual auian sido Señores los ascendientes de Ro-

ger; y como creció tanto el partido, y el Imperio de Aragon en Calabria, embió el Infante Don Iayme por Governador á Enrique Perez de la Barca, grande, y valeroso Caualle-ro.

4 De Calabria passò el Almirante á Berberia contra la Isla de los Gerbes, ó por diuertirse vn poco con la caza de Moros, ó por algun disgusto, que ellos le auian hecho; sino es que el Rey se lo ordenasse, por los enfados, que de aquella Isla recibian nuestras Costas: saltò el Almirante de noche en tierra, poniendo algunas Galeras entre la Isla, y tierra firme, para que no se le escapassen los que su valor daba yá por vencidos: mientras llegaba el dia, por no estar ocioso, quemò, y robó las alquerias, cautiuando, y matando muchos Moros: con la luz del Sol vieron los moradores al Leon dentro de sus campos, y casas: vnos que intentaban passarse á tierra firme, quedaron sin vida, ò sin libertad; otros que se escondian por las cuebas, y quebradas, salieron con el seguro de las vidas; y parte compraron su libertad, y parte la perdieron: los muertos fuerò quatro mil, los prisioneros seis mil; la presa para los Soldados sin medida; y para el Almirante toda la Isla, que la asseguró con vn Castillo á la boca de tierra firme; y la recibió del Rey en premio para si, y sus descendientes. Y cuentese esta por vna de las grãdezas de la disciplina, y fortuna de Roger de Lauria, q̄ saliò cò tanta gloria, y ganãcia de los Gerbes: Isla infame, y fatal por las ruinas lastimosas de tantos, y tan esclarecidos Capitanes Españoles, que despues se han perdido en ella. Pero segun parece, tá bien es mala para los suyos: pues en esta ocasion Margano Rey de Tunes, y de las montañas de Tripol, quedò prisionero de los nuestros: del caso, siendo tan singular, escriuieron los antiguos con la precision, que èl se obró: Baxaba (dizen) este Rey, poco

assegurado de Soldados á la costa, y de passo para su Corte de Tunez; quando vna de las Galeras Catalanas, que asistían á la empresa de los Gerbes, estaba á la mira, y tenia para menor fin en tierra alguna gente puesta en celada: cayó el Barbaro en ella, y acometido de subito, perdió la libertad, y llevado por el Almirante á Sicilia, fue allí por orden del Infante Don Iayme puesto en el Castillo de Matagrifon: fin que se diga mas de su fin. Tal, y tan glorioso triunfo lleuó de Africa Roger de Lauria á Sicilia.

5 Pasó luego á Calabria, en donde se continuaba la conquista con el calor, y alegría, que dán los buenos successos: aunque para algunos Sicilianos, ó por su inconstancia, ó por su ambicion, eran tristes; y así les fueron tragicos, y funestos, y cortando sus cabezas, quedò todo aquel Reyno con esse auiso, y consuelo: pero los inquietos, ó Malcontentos, eran muy pocos, porque la Nacion Siciliana conservaba en la memoria de lo passado tan infaciable, ó incansable odio contra la Francesa, que en Mezina có aquella, ó ninguna ocasion se alteró de repente el pueblo, y rompiendo carceles, y torres, las entró con furiosa resolucion de matar á todos los prisioneros: y aunque la Reyna, y el Infante Don Iayme acudieron al remedio con presteza, no fue ella tanta, como la de la colera natural, y vengatiua de los Mezineses, que yá tenían muertos mas de sesenta nobilissimos Caualleros: y como los vecinos de Palermo, autores de las Visperas Sicilianas, no podian dár á otros la ventaja de saber celebrar estas fiestas, se pusieron á discurrir otras mas solemnes, trazando para ellas no menos que la muerte del desdichado, y prisionero Principe de Salerno: y para que la autoridad, y el concurso fuesse mayor, dispusieron que se juntasse Parlamento, en el qual determinò la Nacion, que al Principe se le diese aquella

muerte, que el Rey Carlos su padre auia dado al mal logrado Conradino, Rey que pretendió ser de las dos Sicilias. Esta sentencia se le intimó en su prision al Principe Carlos: ni podia ser ella, ó mas indigna de la reuerencia debida á la Magestad de vn Principe soberano, ó mas digna de los meritos de la barbara fiereza del Rey Carlos su padre; que en la plaza de Napoles, con detestable exemplo, cótra el derecho de las Gentes, y de los Principes, mandó degollar por la mano de vn verdugo á Conradino, y Federico, Duques de Sueuia, y Austria, presos en la batalla, que dieron, para recuperar Conradino la Corona de sus Abuelos. En Carlos pues pedian aora semejante execucion las voces tristes, y lamentos nobles de los Sicilianos; y parece que la dictabá, ó amenazaban los estilos de la Diuina Prouidencia, atenta, con castigos parecidos á las culpas, á escarmentar á los violadores de la politica, y justicia humana: pero contento Dios con atormentar el corazon feroz del Rey Carlos con la amenaza, y el peligro, le quiso enseñar humanidad en el exemplo heroyco, que dieron al mundo la Reyna, y el Infante Don Iayme, que se ingeniaron en librar al Principe de el cuchillo; y no bastando su autoridad para las fuerças de los pueblos comouidos, y alterados, interpusieron, ó apelaron á la del Rey, proponiendo al Parlamento, q se debia darle noticia, y esperar su resolucion en punto tá arduo, y lleno de consequencias: y porque no estuviessse la vida, y quietud de el Principe sugeta al repique colerico de algunas visperas fatales, mandaron la Reyna, y el Infante, que le passassen de el Castillo de Montagrifon al de Cephalu, assegurandole con buena guarda, hasta saber la voluntad, y disposicion del Rey. Añaden Escriptores sabios, que la misma Reyna, persuadida de sus lagrimas, que muy de ordinario derramaba sobre la indigna

muerte de su infeliz primo, Principe de su Imperial familia, y necesitada de las instancias no injustas de los Sicilianos; aprobó al principio la sentencia del Parlamento: y así mandó intimarla en su nombre á Carlos en vn Viernes: y él, como bué sobrino de S. Luis, respondió: *Que entre los fauores recibidos de la Reyna en su prision, tenia por muy singular el de ordenar su Magestad, que fuesse la muerte en Viernes; dia en que Christo, Principe de los inocentes, auia muerto.* Mas la Reyna (que fue vna insigne idea de la piedad de aquel siglo) oyendo esta respuesta, le mandó dezir: *Que si él tiene gran consuela en morir en Viernes; ya le tengo mayor en darle el pordan en esse dia, en que Christo, Rey de los Pecadores, y de los Santos, nos le mereció, y alcanzó con su muerte.* Mas ocultádo esta resolución (para no irritar cōtra el prisionero Principe á los indignados Sicilianos) escriuió al Rey, en lo esterior, como consultandole, y en lo interior, pidiendole con veras, y ansias la vida de Carlos. Y el Rey, como nunca se resistió á la generosidad, no auia menester tan fuertes ruegos: y tuvo tan noble, y Christiano dolor de la muerte de aquellos sesenta Caualleros, que mandó dár libertad á todos los otros: liberalidad mas loada, que agradecida; porque auiendo jurado ellos no militar contra el Rey, todos boluieron con liuidad á la mesma guerra, menos el Almirante Reynaldo Gallardo; cuya fe, y honra luzió entre la ruindad ingrata de tantos voltarios Caualleros, como la luna á vista de las tini eblas.

6 Mas el Rey Carlos sin admitir gozo de la libertad de tantos Caualleros, ni aliento con la vida de su hijo, se rindió á la melancolia de tantos golpes de su triste, y dura fortuna, y herido de su veneno, enfermó, y murió en Fogia de Pulla en el principio del año de 1285: sugeto, y exemplo muy viuo de la inconstancia de las dichas, y glorias humanas; porque auiedo nacido hijo segundo de la Casa de Francia, subió con la herencia graciosa de la Proença, con las empreffas cōtra Infieles, y con la embestidura, y conquista de los Reynos de las dos Sicilias, al sumo grado de la autoridad, por las batallas, y vitorias de Moros, y Christianos. Pero arrojado de esta altura, por la aspereza de su genio, por la insolencia tiranica de sus Ministros, y por las armas, justicia, y fortuna del Rey Don Pedro; perdió á toda Sicilia, la parte mejor de Calabria, el primogenito, la seguridad de los otros Estados, el aprecio de su persona, el consejo, el consuelo, y la vida. Quando el Rey tuvo la nueua de su muerte, la calló, por la templança de su animo; y viendola publicada, dixo con generosidad Real: *Ha muerto el mejor Cauallero del mundo:* En esta muerte Carlos, prisionero en Sicilia, empezó á intitularse Rey de ella; y nosotros (por la claridad, y verdad) le llamaremos de Napoles: su hijo Carlos tambien, tomó el gouierno, asistido de Roberto, Conde de Artois, primo del Rey prisionero.

1285

CAPITULO QUINTO.

La gran guerra entre los Reyes de Aragon, y Francia
en Cataluña.

SUMARIO.

- 1 Muerte de Martino IV: y efectos de su indignacion.
- 2 Paciencia del Rey, y de sus vassallos.
- 3 Aparato del Francés para esta guerra.
- 4 La inutilidad de los amigos del Rey.
- 5 Los medios para la defensa.
- 6 Entrada del Francés en Rosellon: y dificultad para la de Cataluña.
- 7 Empressa de Colibre por el Rey.
- 8 Requirimiento de que dexé el Reyno.
- 9 Entrada de el Francés en Cataluña: y

- retirada de el Rey à Barcelona.
- 10 El cerco de Girona: y victoria nuestra de los Vice-Almirantes.
- 11 La batalla del Cerro de Tudela.
- 12 Pactos de la entrega de Girona.
- 13 Victoria nãual de Roger de Lauria.
- 14 Entrega de Girona: Ruyna de los Franceses: Muerte de su Rey: Fin de esta guerra.
- 15 Empressa de Mallorca por el Rey: y su muerte.



Murió tambien otro, fino emulo, enemigo igual, ó mayor de el Rey de Aragon, el Papa Martino IV. en veinte y nueve de Março del mismo año en la Ciudad de Perugia, fatigado de la guerra de el estado de la Iglesia, y de los cuydados de juntar fuerças contra la de Aragon; á cuyo Rey se mostró todo adversario en los quatro años de su Pontificado. Murió empero no solo con opinion de insigne fantidad, sino cõ el aplauso de muchos, y grandes milagros; que (como Platina, y otros escriuen) obró Dios en los enfermos, cojos, y ciegos; que llevados á su Sepulcro cobraron salud, pies, y vista por sus meritos. Si estas maravillas, que parece se escriuieron casi ducientos años despues, se compusieron al principio por la arte, y la fuerça de la faccion Francesa, tan interessada en ellas para desacreditar las victorias de Aragon; mas se puede rezelar, que afirmar. Lo cierto es, que hasta aora, passados yá casi quatrociētos años, no ha mostrado la Sede Apostolica aprecio de tantos, y tan

manifiestos milagros (como algunos los llaman) para poner en los Altares las Imagenes de Martino; aunque Pontifice, y de buena memoria para con los sucesores, tã benemerito de aquella Santa Silla, y en tiempos de mas breves, y faciles Canonizaciones. Pero si los milagros fueron, como se dixeron, puede contar se tan dilatado olvido, ó desvio, por justo exemplo de la Diuina Prouidencia, que no ha permitido sea adorado como Santo, vn sumo Pontifice, que aunque lo fuesse, causò con el ardor de su zelo vnas guerras tan sangrientas, y dilatadas en lo mejor de la Chritiandad: y dió con Bulas publicas (y en fauor de los Principes de su Nacion) á la espada, á la invasion, y al despojo los Catholicissimos Reynos de Aragon, restaurados, y defendidos, palmo á palmo, contra los enemigos de la Fè, con la sangre, y con los meritos de tantos piadosos Reyes, y vassallos deuotissimos hijos de la Iglesia Romana. Cinco Reyes, y otros muchos Principes ascendientes de D. Pedro, auian muerto en batallas contra los Mahometanos; casi todos vertieron su sangre batallando con ellos;

ellos; y todos hasta el mismo D. Pedro pelearon por su mano por Christo, y en aumentos felicísimos de su nombre, y Reyno. Nada bastó para embrazar tan singular, y seuera determinacion contra el hijo, y los nietos de Don Iayme el Conquistador, que fue en aquel siglo el Heroe de las Cavallerias Christianas. Los processos que en este breue Pötificado se formaron (y se leen á la letra en los Anales de Bzobio) están llenos de fuego, y furor: en el año de 1282. á nueve de Nòviembre, como yá diximos (aunque el mismo Bzobio adelanta vn año la cuenta) se le mandó al Rey con censuras Eclesiasticas, y penas de invasion, priuacion, y translacion de la Corona, que compareciesse en Roma, y diesse satisfacion al Rey Carlos. Y como llegado el dia de la Purificacion de el año inmediato, que era el termino señalado, no se vió nouedad en el Rey, publicó luego el Papa nueva, y segunda Bula en veinte y vno de Março del año 1283. en la Iglesia mayor de Orbiecto: y fueron en vn mesmo dia declarados por descomulgados, y priuados de sus Estados, el Rey Don Pedro de Aragon, y Paleólogo Emperador de los Griegos, tan Catolico el vno, como el otro Herege; aunque ambos igualmente enemigos del Rey Carlos; el vno por Conquistador, y el otro por Conquistado. Despues desde el Agosto de esse año, viendo el Papa que nada podia vencer, ni detener la espada, y la fortuna del Rey D. Pedro en Italia; procuró con Felipe Rey de Francia, cognominado el Audaz, que tomasse la Conquista de la Corona de Aragon en España; de la qual ofrecia la donacion, y la investidura para vno de sus hijos que no fuesse Rey de Francia, y con varias condiciones que hazian á los Reyes, y á la Corona de Aragon tributarios, y muy dependientes de la Iglesia Romana: y aunque algunos del Consejo de Estado de Francia, y sobre todos Felipe Rey de Navarra,

hijo mayor del Francés, entendian, que no debia la Casa de Francia admitir, y dar tan triste exemplo, como el de arrancar la Corona de vn Rey Catolico, cuñado, y tio de los mismos hijos del Francés; pero preualeció el numero de los votos; porque pudo mas el deseo de aquel atreuido Rey. Al qual fueron en este tiempo materia de gráde, aunque falaz gloria, las desdichas de los Reyes vecinos, y parientes, pues las de Carlos Rey de las Sicilias le traian ofrecimientos de la Corona de Aragon, y las del Rey Don Alonso el Sabio (ò el Triste) de Castilla, le señalaban principal sucessor de sus Reynos á falta de los nietos los Infantes de la Cerda; por auer aquel infeliz Rey excluido con solemnes, y publicas maldiciones á su hijo segundo, y sucessor D. Sancho el Brauo, por la poca piedad que se sabe para con su padre. En fin Martino en cinco de Mayo del año de 1284. dió la investidura de la Corona de Aragon á Carlos Conde de Vallois, hijo del Rey de Francia. Y no le valieron á nuestro Rey contra tan fuertes rayos, los temperamentos, que muy á tiempo fue aplicado, de embaxadas, supplicas, protestas, ofertas, y apelaciones. Los Embaxadores yá eran prisioneros de la ambicion, y violencia Francesa en el camino; yá no eran oídos, ó atendidos de la indignacion Romana, ni aprouechò mas la sumision del Rey, que pidió seguro para hablar por su derecho delante del Papa, y del Consistorio, por si, por sus hijos, y Reynos. Pudo mas que todo la viua aprehension del delito del Rey, fortalecida con la de la circunstancia de vasallo: el delito era auer despojado del Reyno de la Isla de Sicilia, y de mucho de Calabria á Carlos de Anjou, feudatario, y beneficiario de la Iglesia; aunque tambien mas tyrano, que Rey de los Sicilianos, y Napolitanos, como el mismo Papa Clemente Quarto, Donador de essa Corona, y Francés, se lo advirtió, y aseó

muchas vezes al Rey Carlos: de que ay dos grauissimas Bulas, llenas de dolor, y escritas con lagrimas: el vassallage era el que yá otras vezes en vano se auia pretendido por aquella tá solemnemente como infeliz deuocion del Rey D. Pedro el Catolico, que en las fiestas de su Coronacion celebrada en Roma, ofreció á Inocencio Tercero, que serian él, y sus sucesores censuuarios de la Iglesia. Traianse en defension del Rey opiniones de los derechos, y dudas, ó interpretaciones de los hechos, para obscurecer las probanças del delito. Ni el titulo de la superioridad de el Pontifice en lo téporal de los Reynos de Aragon se auia oido jamás con paciencia, ni agora se alega sin assombro, y dolor del Rey, y de los vassallos, que miraban convertida la incauta, ó apresurada deuocion de vn Rey Iouen, y voluntarioso en la yá al parecer ineuitable ruina de los Reynos. Y oponian (para el remedio, ó para el consuelo) que aú esse mismo Rey, que concedió aquel vassallage, ó tributo, obró con mas piedad que autoridad: y que assi despues yá mas advertido lo olvidó: los vassallos lo reprobaron siempre: los sucesores lo reuocaron con omisiones, negatiuas, y protestas: y agora dezian todos, que el censo era real, y no personal, y no podia estenderse á mas dependencias, que las de los 250. marauedis de oro, aun en la persona de el mismo que lo ofreció. Quebrantaba tambien los corazones de los Nobles, y Ciudadanos la comiseracion de la tristissima fortuna de los hijos, nietos, y hermanos de el Rey: y sobre todos, la del Principe D. Alonso, no solo nacido, sino heredado por la donacion de su padre, antes de la empresa de Sicilia. Y les parecia, que en caso de tan amarga nouedad, como la de mudar Reyes, fuera mas natural, y mucho menos aspero para el genio de los Aragoneses, que entrasse á reynar sobre ellos, no Principe Francés, sino Castellano, Español en fin, y

nieto del Rey Doñ Iayme por alguna de sus dos hijas mayores, que auia dexado tanta sucesion en Castilla. En fin se lastimaban de si mismos, viendose arrastrar ázia vna fatal perpetuidad de guerras estrangeras, y eclesiasticas: suponiendo todos, que mientras haviessse Nobles, y Hombres en los Reynos, no se permitiria el despojo del Rey natural, y el triunfo del forastero; sino se celebraba sobre los cuerpos de los muertos, y con el cautiuorio de los viuos.

2 Mostraronse empero los Aragoneses modestos, y veneradores de la Sede Apostolica; pues ni la naturaleza de la causa, ni la repulsa de sus ruegos propuestos con embaxada solemne de la Nacion, les apartó vn punto del respeto sagrado, que siempre merece la santa Dignidad del Sumo Pontifice. Y el Rey, q̄ militar, y ofendido pudiera con menos paciencia no dár lugar á la observancia del entredicho Eclesiastico, estuuu tan atento, y religioso, como quien reuerenciaba, aunque en figura desagradable, á Christo, que debe ser igualmente adorado en todas. Ni permitió el Rey la entrada á las disputas de la Potestad Pontificia, para descomulgar, y deponer á los Reyes, las quales en nuestro tiempo se han hecho mas ardientes entre Francia, y Roma. En ellas con especialidad los dos Barelayos han escrito por los Reyes, y por los Papas los dos Iesuitas Belarmino, y Sanctarelo: y há lleuado tan malos Franceses aquella autoridad Pontificia, que segun escriue el Presidete de Tolosa Gabriel Bartolomé Gramondo (al año 1626.) el Colegio de la Sorbona, ù de la Facultad Teologica de Paris, censuró, y condenó á Sanctarelo; y aquel Parlamento mandó quemar publicamente su libro por mano del Verdugo; y fueron, assi en Paris, como en otros Tribunales de el Reyno, fatigados en demasia con examenes sobre aquellas Doctrinas los mas principales Iesuitas: de cuyo

dolor paternal enfermò, y murió aquel gran Varon el Padre Pedro Coton, que era Provincial de Francia, y Confesor, que auia sido de Henrico el Grande. Y todo este enojo se ha descubier-to en Francia; quando ni se descomulgaba, ni se deponia Rey suyo; y solo se disputaba de lo posible. Argumento no obscuro, assi de la exemplar resignacion, y paciencia del Rey D. Pedro, y de sus vassallos, en el caso tan triste de que habla nuestra Historia, como de que los Franceses adoraban, y leuã-taban el sagrado, y formidable cuchillo de dos filos de S. Pedro en las pun-tas de sus exercitos, porque les era fa- uorable á la codicia de sus intentos. Y aunque les podia atráfar, ó detener la no temida muerte del Papa Martino, que era el primer espiritu de aquella liga, y guerra: pero no se vió nouedad, ò tibieza alguna en sus passos: assi por- que yá el apresto, y aparato todo esta- ba á las puertas de Cataluña, quando llegó al exercito la noticia de aquella muerte: como porque con solos quatro dias de sede vacante, sucedió á Marti- no el Cardenal Jacobo Sabello (que se llamó Honorio Quarto:) el qual aun- que no era Francès, sino Romano, con- tinuò, como veremos, la proteccion de la fatigada fortuna del infeliz Rey de Sicilia Carlos Segundo, vassallo de la Iglesia, y prisionero de Aragon: que no podia respirar, y redimirse de su cau- tinerio, y mucho menos recobrar tan grande, y hermosa parte de su Corona, sin la ruina del Rey Don Pedro; ni esta parecia vá cuitable á la vista de exercito tan superior, como lleno de incomparables fuerças, de armas, y cé- suras (contra los cuerpos, y las almas) y de las artes, y ambiciones que en su- ma mostraremos.

3 Pareciendo pues yá forçoso ape- lar, y recurrir al Tribunal soberano de las armas, se disponian el Rey, y vassa- llos para ellas, seguros de que si ven- cian las espadas, callarian las senten- cias, y se quemarian los processos en

las luminarias del triunfo: y para que se conozca el corazon de el Rey, y el amor innato de sus vassallos, importa entender el aparato de los enemigos, la tibieza de los vecinos, la infideli- dad de los amigos, y el estado, y me- dios de los propios Réynos. El apa- rato fue el mayor que la Casa de Fran- cia jamás hizo, y despues acá no se ha visto exercito Christiano tan grande, ni otro tan formidable, y proueido; porque concurrían las fuerças, no solo de Francia, sino de las Provincias de Esquizaros, Piamonte, Flandes, Lom- bardia, Genoua, Toscana, Roma, y Na- poles; con diez y ocho mil y seiscien- tos Caualleros, y Gentiles hombres: ciento y cinquenta mil Infantes: cin- quenta mil peones, y guardas para el vagagé: quarenta mil proueedores del exercito, asistidos de mil Caualllos ordinarios: trecientos vasos grandes de mar entre Galeras, y las que llaman Taridas, y Nauios, para señorear el mar, pasar caualllos, y viueres; los qua- les estaban por las comarcas vecinas prontos para dos años; y porque no bastaba el mar para tanto peso, entra- ron por tierra ochenta mil Azemilas, y otras bestias de carga, que seruián al regalo, magestad, y seguridad del Rey de Francia, que venia como General de la empresa con sus hijos, Filipo Rey de Nauarra, y Carlos, que se lla- maba de Aragon: y con su cuñado el Duque de Brauante: y para hazer mas feliz, y sagrada la expedicion, sacó de la Iglesia de San Dionis la Auriflama, Estandarte Real, y Religioso. Ni faltò á su empeño el Papa Martino, porque á mas de cinco, ó seis mil Caualllos, que embió pagados con vn Cardenal Le- gado, hizo predicar la Cruzada contra el Rey, y los Reynos de Aragon, como pudiera contra los de Egipto, ó Mar- rucos.

4 Los amigos que valiesen al Rey para escapar de tan grande empresa, y cruda tempestad, fueron ningunos; porque el Rey de Castilla Don Sancho

su sobrino, que por los beneficios que en sus trabajos, y guerras de su padre recibió, y por muchas palabras suyas se esperaba acudiría el primero, y se hallaría por su persona en la batalla, como poco antes se lo ofreció á D. Pedro en Ciria; se excusó de dár socorro alguno á los aprietos, y ruegos de su tío, y vecino, protestando esta tibieza con la guerra que temia de Marruecos: mas como el Rey sabia que todos eran efectos de las instancias del Papa, y de las promessas del Francés, que le ofrecia no ayudar á los sobrinos Infantes de la Cerda en la pretension de el Reyno, en premio de acometer al de Aragon; sospechó D. Pedro, que mientras él peleasse en Cataluña seria invadido de Don Sancho por Castilla; y parece que lo huiera executado D. Sancho, sino temiera, que preualeciendo el Rey D. Pedro, ó concertandose con el Francés, podian turbarle el Reyno con arrojarle dentro del la hacha encendida de las guerras ciuiles con la libertad, y protección de los Infantes de la Cerda. Añaden otros, que D. Pedro Martinez de Bolea, viendo á su Rey en tan grande aprieto, le pidió letras de creencia para concertar con Don Sâcho la seguridad, y que la compró con la promessa de Calatayud; y pidiendola Don Sancho despues de la guerra Francesa, nuestro Rey estraño, y negó la comission de aquel articulo, y remitió á Castilla al Embaxador, para que Don Sancho le castigasse á su arbitrio: el Cauallero confesó, que auia sido traza suya, y no sabiduria de su Rey: así Don Sancho con Real generosidad alabó la fineza de auer entrado el vassallo en tanto peligro, por sacar á su Rey del que huiera padecido con aquella tan fuerte diuersion. Bien pudo suceder así; pero tambien es cierto, que no era tan necio D. Sancho, que huiesse de pelear contra vn vecino, para dár tan peligrosas fuerzas á la Casa de Francia, que tenia tantas razones para arrojarle sobre la de

Castilla: él á lo sumo quiso estarle á la mira, esperando la ganancia de que se arruinassen, ó enflaqueciesen entre sí los que podian serle tan perniciosos enemigos con la persona, y protección del Infante de la Cerda; y aun todo esto parece que sobra, porque el Rey D. Sancho se halló al mesmo tiempo tan oprimido, y encadenado de los peligros de la guerra Africana en la Andalucía, que mas estuuó para temer á los Moros, que para ser temido de los Christianos. Tampoco el Rey de Inglaterra acudió con socorro alguno; porque no quiso dár ocasion al Francés de que se le entrasse por la Guiana. El Emperador Rodolfo, que por el vando Gibelino podia, y mostraba tener mas rezelos contra estos asuntos del Papa, ofreció passar con exercito á Italia; pero este sócorro era tan remoto como incierto, y tardo. Restaba el de Don Iayme Rey de Mallorca, hermano, y feudatario de D. Pedro: mas este faltó, y sobró mas que todos; porque no supo ser amigo, ni enemigo: requiriósele, ó rogósele primero, que acudiesse con su persona, y gentes, como debia: despues, que si por los Estados que tenia en Francia temia irritar al Rey Filipo, socorriessé por lo menos en secreto con dinero: finalmente, que guardasse neutralidad, y diessé passo no menos al hermano q̄ al estraño. Mas todo fue cantar á los sordos; porq̄ cerraba los oídos de D. Iayme la continua, y dulce musica del Papa, y del Rey de Francia, q̄ con escritura le ofrecian el Reyno de Valencia; del qual tuuo en otro tiempo el derecho de la donacion de su padre, y nunca se acordaba del, sin dolor contra su hermano; de quien tambien tenia la queja de que le forçaba á ser feudatario por el Reyno, y Corona de Mallorca. Estas esperanças, y amarguras hizieron que Don Iayme se estrechasse con los Frâceses para la ruina del Rey su hermano, el qual lleuado de la consideracion de su peligro, si los enemigos se

af-

aseguraban, y entregaban de las plazas de Rosellon, y otras vecinas, antes que ellos entrassen con su grueso, se puso vna noche á cavallo, y caminando con cerradísimo secreto, y no menos fogosa celeridad, amaneció á la vista de Perpiñan, y así descubrió el intento de apoderarse de tá gran plaza: el Vizconde de Cardona se auergonzaba de hallarse en la empresa por ser tan pariente de la Reyna de Mallorca; mas juntó las atenciones de Cauallero, y Vassallo, escusandose para no pelear, ni asistir por su persona, y dando sus gentes al Rey, que se lo alabó, y agradeció; y entrando de repente en Perpiñan, ni D. Iayme, ni los Franceses, que se auian adelantado á su Rey, le pudieron resistir; porque el Pueblo tambien llevaba mal el triste decreto de ser entregados en rehenes á los Franceses, y auerlos de alojar en sus casas: así el Rey se apoderó de todos; no quiso ver al hermano, que estaba algo enfermo, solo se mandó advertir, que estuviesse sin cuidado, que solo pretendia poner en defensa, lo que no podia tenerla por él: con esto D. Iayme hizo escritura, y pacto de entregarle todas las fuerzas de Rosellon en deposito; pero aun no parece que se aseguró, porque se salió luego en secreto al Castillo de Carroca, y esto sin el consuelo de ser llorado, ni detenido de sus vassallos: así D. Pedro tomó á su mano las personas de la Reyna su cuñada, y de los Infantes sus sobrinos; y salió de Perpiñan, para ponerlos en lugar seguro, porque empezaban á leuantarse nubes con los vientos de Frácia: y por desembarazo, ó gentileza, remitió luego al Mallorquin las personas de la Reyna, y las Infantas, reteniendo á los Infantes, y bolviendo á Perpiñan, absolvió á los vecinos del pleyto omenage de fidelidad; porque no teniendo presidio pronto, y bastante que dexarles, fuera crueldad obligarlos á vna inutil, y perniciosá defensa.

5 Estos eran los amigos, y los so-

corros que el Rey tenia: los medios de sus Reynos eran las fuerzas de Aragón, Valencia, Sicilia, y Cataluña: pero no eran iguales en el peso, y número á las de sus enemigos; ni estaban enteras, porque las de Aragón se diuertian en las fronteras de Molina contra D. Juan Nuñez de Lara, aliado del Francés; y en las de Nauarra cótra las amenazas, y voces de que su Rey Don Felipe entraba en Aragón: así al principio, ni vn hombre se pensó que podía acudir á servir al Rey en la batalla; y el mesmo se despidió en Zaragoza con el triste ruego de que defendiesen sus casas, y con el dolor de no poderlos asistir, ni embiar socorro. Valencia sirvió con todas sus fuerzas, y sobre ellas, aunque como Reyno nuevo, muy poblado de Moros, y vecino á los Africanos, y Granadinos, no podia desnudarse de todas sus armas. Sicilia hazía, y padecía guerra; bien que su armada vencedora, el nombre del Capitan Roger de Lauria, y la fortuna de aquellos soldados, prometian que se acercarian á los enemigos de acá; y lo cumplieron en abundancia. Cataluña en su auia de sufrir la carga mas pesada, y hazer es fuerzas dignos, no solo de su nobleza, y estillo, sino del peligro mayor, que jamás tuuo. Ni faltaban embarazos, y discordias; porque en Barcelona vn hombre ruin, y reo de grandísimos delitos, tuuo audacia, y autoridad para turbar alguna parte del pueblo, y discurrir, y proponer pláticas de amistad con el Francés: tambien el Principado estaba diuidido en vandos, y guerras por el Conde de Ampurias, y el Vizconde de Rocaberti: mas estos por su nobleza, y la autoridad del Rey, se conuinieron para el bié publico; y los disturbios de aquella ruin plebe cayeró á la vista del Rey; é mandó arrastrar, y colgar al Capitán, y á otros siete de otros tantos oliuos: prender á mas de ducentos; y diez Gualbertos, que fueron tambien ahorcados; demasiados parecen; pero estos exem-

plos de prisiones, y muertes, hizieron huir de la Ciudad á mas de quinientos, que no harían falta, sino á la inquietud, al miedo, y á los peligros.

6 Teniendo el Rey de Francia libre la entrada de Rosellon, cuyas fortalezas se le entregaron por el Rey de Mallorca; era preciso al nuestro cerrar las de Cataluña, y aunque Perpiñan, Elna, y Colibre se le resistían, y se rebelaron justaméte en su servicio, porque le imploraban como á señor de aquellos feudos; pero desesperados de la defensa, Perpiñan se rindió al Francés con algunas condiciones; y Elna, y Colibre se estuvieron quedos por no perderse. Así Don Pedro abançò con la poca gente que tenía para cerrar al enemigo el passo de Rosellon á Cataluña en el Pertús, y Collado de Panizas, por el qual subieron á vn mesmo tiempo por partes encontradas ambos Reyes: el nuestro puso en la defensa de el Pertús al Vizconde de Rocaberti; en los Collados de Brañales, y Mançana, al Conde de Ampurias; que llenándolos en la primera noche de hogueras, y Inminarias, causaban pavor, y demonstracion de grande exercito á los Franceses, que no pudieron desengañarse por la mañana, así por los embrazos de la vista, como porque llegaron en aquella hora á lo alto de la sierra las gentes del Gironès, Ampurdán, Capredòn, y Barcelona; que embió por mar, y tierra vna escogidissima hueste El Príncipe desde Barcelona empezó el repique, que llaman de Sometent, á que todos los pueblos salieron, como suelen, con las armas, y con la priesa que los vecinos de vna calle buelan para apagar el fuego de otra, sin quedar en la fuya hombre que pueda tomar armas. Distribuidas todas las Compañias con ordé, y aliento alegre en varios puestos de los montes, y los llanos, quiso el Rey que la gente de Lerida, como experta, y animosa á la par, se pusiesse media legua adelante, para chocar la primera con el enemi-

go. El qual, mouiendose con mas pesadumbre, y con mas tiento, subia la sierra; y viendo la cumbre ocupada de los nuestros, se bolvió á lo llano, en donde estuvo aquella noche: el dia siguiente se turbaron las olas de aquel mar de gentes con el viento vanò de la fama, de que el Rey de Aragon baxaba la sierra con grandes tropas de Moros ginetes, y muchísimas compañías de Infantes Christianos para apoderarse de Perpiñan, cuyos vecinos le llamaban. Con solo este ruido se alteró aquel bastísimo cuerpo del exercito; cuya mayor parte se descompuso, y bolvió atrás para assegurar se de aquella plaza por las espaldas: có esta ocasion el Rey de Francia llamó á muchos vecinos como para hablarles con fin de retenerlos en prendas, y de introducir soldados, como lo hizo; y ellos fueron tan quietos, y modestos huespedes, que todo lo pusieron á sacó, y á viua fuerça se apoderaron de todo lo fuerte del lugar. Lo mesmo le sucedió á Elna; que por no estar bien concordados los vecinos, aunque pelearon en su defensa có sumo valor, fue entrada con las armas en las manos, sacada, y destrozada con barbara crueldad; y al fin con inutil, y fiero regozijo entregada al fuego.

7 Como los Franceses no se animaban á vécer el Collado de Panizas, juzgò el Rey que podia llegar á tiempo de la faccion, ó batalla la gente de Aragon: así mandó desde aquella sierra, que quantos no estuuessen ocupados en las fronteras de Nauarra, y Castilla, á las quales auia acudido la mayor parte de la Nobleza, y de los pueblos, passassen luego á Cataluña para hallarse á su lado en la defensa, y en la pelea. En el interin su offadia le puso en grande peligro, porque llamado de los de Colibre, partió con secreto para apoderarse de aquella tan importante plaza có cinquêta Cavallos, y mil Almogabares: era Arnaldo de Saga Alcayde del Castillo por el Mallorquin; que sabiendo el trato de los vecinos, puso

pusó gran cuydado en la defenſa: aſſi llegando el Rey con ſolo vn compañero; el Alcayde fingia que no le conocia, para empeñarle mas: el Rey ſe engañaba, ò con la relación confuſa, ò cò el mucho deſeò de que el miſmo Alcayde le llamafſe tambien; porque la eſperança ſe le convirtiò en juizio, y no dudaba acercarle mas para darle á conocer: entonces el Alcayde mandó á vn dieſtro Flechero, que le tirafſe: conocido el engaño, ſe retirò el Rey del peligro con ventura; y ſe bolvió, aunque no ſin fruto, porque puſo fuego á parte de la Villa, y á las Galeras, y Nauios del Puerto; tambien imprimió en los Franceses la ſoſpecha vtil, aunque falſa, de que ſe entendia en ſecreto con el Mallorquin ſu hermano. Eſtos miedos, y los rébatos continuos de los Almogabares tenian á los enemigos en cuydado, y fatiga; ni les dexaban venir los viueres tan frequentes, y á ſu ſalvo, como auia diſcurrido; porque los Catalanes noticioſos de los paſſos, les hazian muy peſadas, y ordinarias burlas. En vna de ellas el Conde de Ampurias eſtuuo yá preſo de los enemigos, aunque deſordenados, y vencidos; pero acometidos de nueuo de vn hermano del Conde, joun de diez y ocho años, perdieron tan noble prifionero; y fueron deſbaratadas mil y quinientas Azemilas, conuoyadas de muchos Infantes, y Caualllos; y eſto con ſolos cinquenta Caualllos, y cien Peones, que ſe lleuaron al Condado gran parte del comboy, y de la recua; como leones, que robaban deſde ſus cuebas los valles, y caminos.

8. Viendó los enemigos la diſcultad de la ſubida, y del paſſo, y que no le baſtaban ſus inmenſos exercitos para llegar á ella; parece quiſieron valerſe de las ceremonias, por ſi acaſo aterraban al vulgo. Deſpacharon pues el Rey Filipo, y el Legado vn Rey de Armas, que en nombre de ambos requirió á Don Pedre: *Que no les impidieſe el paſſo para tomar la poſſeſſion del Rey-*

no, que el Papa auia dado al Conde Carlos, hijo de Filipo, porque aſſi ſe eſcuſaba la deſtruicion de la tierra. La reſpueſta de el Rey fue cortefana, ſeuera, y militar, porque dixo: *Bien mueſtra quan poco tiene en eſta tierra, el que tan liberalmente la ha dado: y que no le coſtò tanto como á los Reyes nueſtros predeceſſores, que la ganaron, y conquiſtaron con ſu ſangre, y con ſus muertes: aſſi entiendan todos, que el que la quiſiere, la comprará tan caro, que ſe arrepienta de auer tenido tal empreſſa, como eſpero en Dios que lo conocerá preſto.* Solia tener Don Pedro lo que las grandes almas, ò por ſu claro juizio, ò por el valor imperturbable de ſus corazones, vnas como profecias, ò adiuinos de lo que ſe eſconde mas á los eſpiritus floxos, y vulgares: aſſi lo obſervó la miſma Igleſia en el Oficio con que celebralas virtudes de Santa Iſabel, hija deſte gran Rey; del qual dize, que admirando en los pocos años de aquella niña tan generoſa inclinacion, afirmó: *Que ſeria la mas eſclarecida hembra de la Caſa de Aragon.*

9. Y es cierto, que el diſcurſo, ò prenuncio que deſtas guerras hizo D. Pedro, ſe comprobaba luego, ſi el Rey Don Iayme, como ladron de caſa, no introduxera en ella por los agujeros, ò ventanas de los montes á los eſtranjeros; los quales, eſpantados yá, y vécidos de la impoſſibilidad de la ſubida, en cuyos diſcurſos, y pruebas auia gaſtado veinte dias en vano, no tenían otro embarazo para la retirada, ſino la infamia, y la verguença della: pero el Mallorquin auisò al Francès del camino que podia tomar para el exercito; para que ſe verificafſe tambien aora, que no ſe pueden emprender, ni eſperar conquiſtas de Reynos, ſino ay dentro de ellos algunos que den la mano á los que vinieren de afuera: diòſela á los Franceses D. Iayme por el Collado de la Mançana, ſobre la Villa de Peralada, moſtrandoles camino, que por encubierto, y deſhecho, auia ſido deſpreciado del cuydado, y guarda de los nueſ-

nuestros, seguros de que nadie le encontraria: pero mostrado, y ocupado con mil Cavallos, y cinco mil Infantes, que hizieron escolta á los gastadores, se abrió, y allanò con sus bueltas de modo, que auiedo subido primero siete mil Cavallos, y diez mil Infantes, los quales echaron de lo alto á solos ochenta soldados que encontrarò, diò passo franco, no solo al exercito que atrauesò la sierra aquella tarde, y noche, sino al vagage, y carros que pasaron en sucesiua, y no interrumpida processiò de algunos dias. Y como los malos sucesos engendran discursos tristes, el Rey dolorido deste azar, empezó á sospechar, que el Còde de Ampurias, que en la fazon no se auia hallado en la sierra, se entendia con el Mallorquin, y Francès, y que se auia retirado á Castellon de aquella muralla de montes, para dár comodidad á que el enemigo la escalasse, y aportillasse: mas aunque estaba el Rey por estos inciertos, y lobregos pensamientos desconfiado del Conde, no lo quiso mostrar; bié que no lo encubrió del todo, porque mandandole llamar en presencia de la primera Nobleza, le exortó con palabras de mucha alabança de sus ascendientes, casa, y autoridad á la defensa de la tierra; que no debiendo ser necessarias, manifestaron la sospecha; y mucho mas la descubrierò las obras, porque si bien el Conde respondió, como buen vassallo, el Rey no podia despedir los rezelos de que èl abriessè á los enemigos las puertas de Castellon, que lo eran de aquella parte de Cataluña: así le hizo merced del Vizcondado de Bas, y otras Villas, y Castillos; le mandò boluer á la defensa de Castellon; y le siguiò muy presto, para sanar, ó enfermar mas de sus sospechas. Mas todas las diligencias, y fortificaciones fueron vanas; porque auiedo el Príncipe Don Alonso, y el General Conde de Pallás salidose de Peralada, y entregadola al fuego, por la fineza del señor de la Villa, Vizconde de Ro-

caberti, pareció mas que temeridad, que el Rey perseuerasse en Castellon; y dañosa milicia dexarse cercar de tan superior exercito; por lo qual apenas el Rey con los Ricoshombres salió de Castellon, para encaminarse á Girona, quando los vecinos, por no ser arruinados con la codicia del saco, y crueldad de la vengança, se entregaron al Francès. En Girona resolvió el Rey despedir la gente Conçegil, y quedarse con los Ricoshombres, Caualleros, y Almogabares, que mezclados con las Compañias de las fronteras, hiziessen vn cuerpo bastate, y volante para acudir con prontitud á las ocasiones de la defensa, y empresas de grã brio: porq̃ no tenièdo exercito para dár la batalla al enemigo, pareció mas conveniente enfriar, y burlar la furia Francesa hasta el Hibierno con guerra incierta, y prolixa; pues el tiempo, la necesidad de bastimentos para tan infaciable exercito, y las empresas de nuestra armada, auian de arruinar, ó enflaquecer tan assombrosa pujança del enemigo. Mas se disputò sobre la defensa de Girona; que sièdo necessaria, no solo por sí, sino porque gastasse, y detuuiesse al enemigo, era tambien imposible; y así si inclinaban muchos á que se desamparasse: no lo pudo sufrir el animo grã de del Vizconde de Cardona, y dixo: *To que soy Alcayde de Girona, ofrezco contra todos los peli gros esperar con los mios al enemigo en su defensa:* y el Rey agracido, aceptó la fineza, le dexó vituallas, armas, y muchos Nobles, con ciēto y treinta Cavallos, y dos mil y quinientos escogidos Almogabares; de los quales auia seiscientos Moros Valencianos, diestros en las vellestas, que llamaban de dos pies: salióse el Rey, y fueffe á Barcelona; y esta retirada espantò de modo á los Naturales, que viuian en lugares llanos, que los dexaban todos, passandose á los valles mas cerrados, y subiendose á los montes.

10 Desembarazados pues los cami-

minos, y los passos, se dexó caer, y se entendió aquel espantoso mar del exercito enemigo sobre los valles, y campos de Cataluña: bien que el grueso, con las personas de los tres Reyes Franceses, se puso sobre Girona, que fue (como dize Bufiers) el Dique de nuestras esperanças. La primera batería que se dió á sus murallas, fue vn recado que del Rey de Francia llebò al Vizconde de Cardona el Conde de Fox su pariente, con la promessa de hazerle el mas poderoso de los Ricoshombres, y Grâdes de España, si le entregaba la Ciudad; y cò la amenaza de la batalla para el otro dia. Añadió el Còde de suyo muchas razones: y sobre todas, *Que la primera fidelidad se debia à Dios, y à la Iglesia.* Mas respondiendo á todas el brauo Vizconde con la prontitud de pelear, y con la rîsa militar de aquella ambiciosa Teologia, que llamaban *de Dios, y de su Iglesia*, se despidió los vnos, y los otros para la ofensa, y defensa. Y ella fue de suma conueniencia á la causa publica, porque en el interin todos los Ricoshòbres, Caualleros, è Infançones de Aragon, que no estauan ocupados en las fronteras de Nauarra, y Albarrazin, passaron á servir al Rey por decreto de vna Iunta que hizo el Reyno en los principios de Julio en Zaragoza, cediendo á la queja, ó á la tardança del cumplimiento de las sentencias dadas por el Iusticia de Aragon contra el Rey; porque no era tiempo para essas prolixas formalidades. Recogió tambié el Rey la Caualleria esparcida de Cataluña; y con vigilancia incansable lo visitaba todo; con sumo juizio preuenia, y fortificaba; y con ossadia, aun mas que suya, llegaba por sus mismos ojos á medir los puestos, á dirigir las facciones, y á executar por sus manos lo mayor, y lo menor: inquietaba al enemigo con refriegas, turbabale con bueltas, y rodeos; y le tenia suspenso, temeroso, y desacomodado cò embarazarle, y quitarle los viueres: y porque á su natural

serenidad, ò seueridad, la vistió, ò templò con nueua, aunque siempre Real popularidad, no auia en los pueblos, y en los soldados otra queja, y murmuracion de su persona, sino de que excedia á todos, y á la razon en los trabajos, y en el desprecio de los peligros. Así para rescatarle de ellos, corrian, y volabá todos por tierra, y por mar á su seruicio; con que pudo aumentar en ambas partes las fuerças: y las maritimas eran prouechosas á maravilla; porque los coffarios Catalanes, y Valencianos, llebados de la honra, y del interès, pagando el quinto de las presas al Rey, hazia maravillas; y fueron celebradissimas las gananciosas burlas, que Albefa, coffario famoso de Alicâte, con vn leño de veinte y ocho remos hazia en las Barcas Francesas; porque yá escondido, yá engolfado, yá apareciendo de repente, como due de de los mares, ponía en vigilancia inutil, y continua turbacion á los enemigos, de los quales en sola vna vez tomó en el Grao de Narbona treze Barcas, que passaban á Rosas con prouision, y algunas otras que aî estaban preuenidas; y con tanta ganancia de presas, y prisioneros sustentaba, y alegraba las Galeras Catalanas. Las quales emprédieró estos dias cò sus Vice-Almirantes Ramon Marquet, y Berenguer Mayol, otra hazaña de mas ruido, y sustancia; porque siendo solas onze, buscaron, y acometieron á veinte y quatro Francesas, que entre Rosas, y San Felin estaban diuididas del cuerpo de su armada; y executaró las nuestras el choque tan cerradas, y vnidas, que diuidieron á las Francesas en tres partes: á siete dellas que cogieron en medio las destrozaron, entraron, y ganaron con imperceptible celeridad; sin dexar tiempo á las otras para ordenarse, y dár socorro: de las otras dos partes, la vna era de Narbona, que peleó con gran valor; pero con mayor fue vencida: la otra de Marsella, que no esperando mejor successo, se puso

en huida, para abrigarse con su armada en Palamós; pero seguida, y alcanzada de la mayor ligereza, y alegría victoriosa de las nuestras, perdió ocho Galeras, que quizás no eran mas, y en ellas la Capitana, y la persona del Almirante de Francia Guillen de Lodeña; en cuyo socorro salió presto, pero tarde su armada; porque los nuestros, passando á sus Galeras los prisioneros, y echando á fondo las Francesas, lleuaron con velocidad la victoria, y el triunfo á Barcelona, en donde entró con la gloria del principio de la posesion del mar, que la tomaron con esta batalla; y la conservó por dos siglos la Nacion Catalana sobre todas las otras del mundo, con la mayor reputacion de la destreza, y constancia maritima, y terror de aquellas sus fortissimas ballestas de tablas; con las quales se defendieron los nuevos, y antiguos Reynos de la Corona; y se burlaron, y castigaron los intentos de los Franceses, y de sus aliados.

11 Perseueraba el cerco de Girona, en cuya defensa el Vizconde, sus compañeros, y soldados no dexabán dia alguno cosa que hazer, y admirar; y auiendo yá entrado el mes de Agosto, no dudaba el Rey, que el tiempo, las emboscadas, y los sucessos del mar causarían en el exercito enemigo enfermedades, hambre, desorden, y muertes: ni tá poco que podria salir, y obligar á la batalla, para la qual señaló el primero de Setiembre; para este fin ordenó al Principe que passasse á Aragón, y escriuió á todas las partes, para que le acudiesen con toda la gente posible: en el interin quiso ponerse cerca del enemigo para fatigarle con armas falsas, y verdaderas; hazerle mas costosos los peligros, y cortos los viures; y con alguna ocasion, digna de su ánimo, obligarle á dexar el sitio de Girona. Con esta intencion, tomando quinientos Caualllos, y cinco mil Infantes, entre Almogabares, y los que llamabán Sirvientes, salió de Estarlich,

y se puso sobre el Puch, ó Cerro de Tudela: de passo se acercó al enemigo; el qual entendió, que aquellas tropas iban á qual que empresa por los caminos, y comarcas de Ampurias; así mandó que saliesen quinientos Caualllos, los mas escogidos del exercito, que siguiessen á los nuestros, y los encerrasen en el Ampurdan, como lo esperaba: con estos Caualllos fueron el Condestable Iuan de Aneurt, los Condes de la Marca, y de Nibers, el Señor de Claramonte, y otros muchos, que eran la flor de la Caualleria Francesa. Mas el Rey, bien reconocido el Cerro, vió q no era puesto para fortificarse en él, porque le podria quitar facilmente los bastimentos: así auiendolo examinado con bueltas todo aquel dia, en la media noche siguiente le dexó, y se encaminó á Besalú, para estar pronto, y cercano á la defensa de las fronteras: pero en esta marcha los Infantes, como iban cuesta abaxo, y sin los peligros, y tropiezos de la noche, se adelantaron media legua al Rey en la montaña, y los Ricoshombres, por la obscuridad de la noche, y de los intentos, siempre ocultos del Rey, casi todos le perdieron, siguiendole, ó alexándose por el monte arriba; así se halló con solos diez Caualleros, y solos dos Ricoshombres de Aragón, su hermano Don Pedro de Ayerbe, y otro. Por la mañana vieron con el dia los Caualleros que iban por lo alto, la soledad, y peligro del Rey, que ni tenia Infantes, ni Caualllos: empezó luego á baxar la montaña, para juntarse con él, quando los Almogabares, que iban delante, encontraron con la Caualleria Francesa, que cansada yá de buscar á los nuestros, se bolvia al Real de Girona; y ellos entendieron que eran los Caualllos del Rey que baxaban de la montaña, ó otros que se esperaban de Besalú: para assegurar se adelantó en vna yegua á la gineta Guillé Escriuá, y viendo que eran enemigos dió al arma; los Almogabares los embistieron,

y retiraron fuera del camino; pero auiendo arrojado sus dardos, y lanças, los Franceses muy vnidos, rebolvieron sobre ellos, los rompieron, y pusieron en huida por el monte arriba, adonde corrian estos Infantes, para guarcerse de los Caualllos. Auísado el Rey del peligro de los Almogabares, mandó á Don Pedro de Moncada, Señor de Aytona, que con ochenta Caualllos lo fuesse á socorrer; mas hallandolos ya desordenados Don Pedro, lo advirtió al Rey, para que abançasse, como lo hizo, embiando delante con sesenta Caualllos mas sueltos á Don Ramon de Moncada, Señor de Fraga: ambos Mõcadas arremetieron contra el enemigo; y de primer choque arrojaron de las sillas, y de las vidas á sesenta Caualleros Franceses; luego el Rey dió el segundo contra el estandarte de los enemigos, y mató por su persona al Cauallero que lo llevaba; no se desalentaron los Franceses; antes sacando al punto tres pendones, hizieron hazañas, y esfuerços dignos de su nobleza; y el Conde de Nibers hizo el vltimo, y mas glorioso, que fue ingeniarse todo por matar al Rey; el qual con singular destreza, y valor señalaba su persona sobre todos, machacando cabezas de caualllos, derribando, y descoyuntando Caualleros, animaba con las acciones, y ordenaba con la voz á los suyos: siguió pues el Conde con generoso empeño al Rey, y acercandose por delante, le arrojó con valiente pulso vna azcona montera, que atravesó el arzon; pero no haziendo otro daño, consiguió la gloria de auerlo procurado; y la de morir en tan noble refriega á manos del Rey mas guerrero de su tiempo, que con aquella fatal maza le derribó en tierra, y mandó á Guillen Escriuá, que se apeasse á darle entera, y segura la muerte; como lo hizo este mas valeroso, que atento, y dichoso Cauallero; porque determinandose por gloriosa codicia á quitar la espada al Conde difunto, se quedó

á hazerle compañía en el suelo. Proseguia el Rey destrozando enemigos, y mató, entre otros Caualleros, al Señor de Claramonte: mas como los Franceses con su valor auian hecho larga la batalla, y en su vnion, y esplendor mostraban, que no se acabaria sino con las vidas, entró los nuestrós en prudentes sospechas, de que auia el enemigo auísado, y esperaba socorro de su vecino exercito: con este rezelo se fueron retirando de lo llano al monte, para no ser de repente rodados, para pelear al pie del si el esquadron enemigo se mouia; y ordenarse para proseguir su camino sino los inquietaba: en esta sazón estaba el Rey a parte con vn batallon de solos veinte y dos Caualleros; y entre ellos se cuentan su hermano Don Pedro, Señor de Ayerbe, Don Berenguer de Entença, Don Simon de Moncada, y Palmerio Abad Siciliano, que aquel dia merecieron toda la honra q auian heredado: y del Siciliano se habla en estas Historias, como en los libros de Cauallerias se pinta el furor de los Auentureros. El Rey se fue á juntar con los suyos; y los Franceses, como quedaban en el campo, se quisieron dar por vencedores; aunque no quedaron en él de otro modo, que el toro en la plaza, desjarrado, ó acosado de los perros, ni puede, ni ossa mouerse cõtra ellos: assi los Franceses, cerrados en vn esquadron, se estuuiéron quedos, temerosos de que los Almogabares, ya ordenados, aunque con pocas armas arrojadizas, arremetiesen juntos con los Caualllos contra ellos: el Rey, mostrando menos cuydado de los enemigos, y mas piedad de los amigos, reconoció el campo, y viendo entre los muertos á Ramon Duffort page suyo muy querido, y que tendido baxo de su escudo, que le servia de losa, no auia aun espirado, se detuvo para facarle, y no sin gran peligro de su vida, porque los enemigos estaban á carrera de Cauallo, y porque el suyo tenia las riendas cortadas: assi ef-

esperó de nuevo á que Tomás Vnnet, alentado Cauallero, se apeasse á componerlas. El Rey se fue á comer con los suyos á Santa Pau, y los Franceses se bolvieron al cerco. Esta batalla en corto, aunque nobilissimo numero, que sucedió día de la Assumpcion de la Virgen del año de 1285. fue de celebre nombre por las personas, por las circunstancias, y por los peligros: y los Historiadores Franceses se la han hecho mas alegre, queriendo que el Rey Don Pedro saliessse herido en la vista, y afirmando vn estrangero (á quien algunos Recopiladores lo han creído) que despreció la herida, y vino despues á morir de ella. Lo cierto es, que Don Pedro se acercó tanto á las lanças, y á las espadas, y dió tantas heridas, y muertes, que mereció bien á los Franceses esse retorno, y el consuelo de la gloria que en esse accidente se desearon; pero el hecho, aunque tan posible, y natural, es fabuloso; porq̃ el Rey continuó los cuydados, y los exercitos de la guerra, aun hasta despues de los fines, y triúfos de ella, por tres meses, con la mesma salud, y fortaleza, hasta vn cumplido colmo de victorias.

12 Bolvió luego desde los pue-
blos, y caminos vecinos á fatigar con los rebatos, y desacomodar con las presas al exercito enemigo; el qual affligido de las aguas, y de la necesidad, se iba convirtiendo en estancias de Hospitales, y Cimiterios de muertos, y mas de los Nobles, y regalados. Tenia á todos el cerco en desesperacion; porque ni los assaltos, que fueron muchos á escala vista, ni las minas, ni los ingenios, ni las maquinas producian otro efecto, que muchas, y continuas perdidas de gente, y honra: nada intentaban, ó hazian, que no lo reparassse, ó preuiniessse el Vizconde con ventajas, y con felizes recompensas. Huuiera le-
bantado el Rey de Francia el sitio, si la falta de bastimentos que en la plaza auia, no le sustentara la esperança de

no padecer tanta verguença, como retirarse de el primer assedio con tanta afrenta: con essa noticia embió al Conde de Fox, que propusiesse, y ofreciesse al Vizconde los medios mas honestos si le rendia la plaza. El Vizconde conocia, que si el cerco duraba, bié podia defenderse de la guerra, pero no de la hambre: assi pidió seis dias de tiempo para tomar consejo; y en el interin auisó al Rey del estado de la Plaza, y de los partidos, que le ofrecian; que viesse lo que mejor le estaba, porque el fin esperança del socorro se defenderia hasta la muerte. Respondió el Rey que se concertasse, y pidiesse veinte dias de tiempo, porque pensaba focorrerle en ellos: el Vizcõde añadió otros seis para salirse muy despacio con los suyos (facando todo lo posible) y ser en ellos el vltimo que esperasse el socorro, si acaso fuesse.

13 Pero el Rey, ni le llebó, ni parece que lo intentó, ó porque viendo ya tan affligido al exercito Francés, se persuadió, que ni se podria mouer de Girona, ni aquel ayre, y aquella hambre cessaria de corróper los cuerpos y á alterados; ó porq̃ sin poner á peligro la suma de las cosas, tenia otro modo mas firme para destruir á los Frãceses; qual fue el de arruinar su Armada grãde, de la qual pendia el susteño, y vida de todos ellos: para esto auia mãdado venir de Italia al Almirãte Roger cõ sus galeras; el qual partió, despues de auer tomado por assalto la Ciudad de Taranto, y dado fin con la conquista de aquel Principado á la de toda Calabria: llegó á Barcelona á veinte y siete de Setiembre, que sabido por el Rey, le fue á buscar, caminando todo vn dia, y vna noche, con solos tres Caualleros, para comunicarle sus intentos, y discursos; que todos mirabá á la ruina de la armada Francesa; la qual en este tiempo se disponia para venir al mar de Barcelona; adõde pensaba luego passar por tierra el Rey Filipo, despues de la entrega de Girona. Entera-
do

do el Almirante Roger de todos los pensamientos, y medios del Rey, salió en busca de la armada enemiga, que era de cinquenta y cinco Galeras, gobernadas por los Almirantes Iuan Escoto, y Enrique de la Mar Genouès, que dexaron las quinze en Rosas, y navegaban con las quarenta para Barcelona: salieron delante de nuestro Almirante los Vice-Almirantes, Ramon Marquet, y Berenguer Mayol, cò diez ligerísimas Galeras Catalanas, á tomar lengua del enemigo por los puertos, y las costas; en las quales tenian sus atalayas, que les hablaba por señas muy de lexos: tuuo el enemigo noticia de estas diez Galeras; pero no de la venida apresurada de Roger, y escogió, y reforzó de las suyas hasta veinte y cinco, que encontraron de noche á nuestro Almirante; el qual mas cuidadoso de que huuiesse batalla, que dudoso de la victoria, puso á la parte de la tierra diez y ocho Galeras para necesitar al enemigo á la pelea: en ella mostraron luego los Franceses su temor, porque apellidando los nuestros el nombre de *Aragon*, para conocerse, asistirse, y animarse, repetian las Galeras enemigas, como en el eco, los montes opuestos, *Aragon, Aragon*: mandò Roger, que en cada Galera se encendiesse vn farol; quisieron tambien los Franceses con luzes semejantes confundirlo todo: pero no pudieron obscurecer las del valor, y destreza, y las de aquel glorioso esplendor de la fortuna de los mares, siempre serena de Roger de Lauria; el qual embistiendò con su Galera por el costado á vna Proençal, la lleuò todos los remeros de vna vanda, y arrojò todos los ballesteros, y galeotes al mar: con este, y semejantes choques, se espantaron las doze Galeras de Enrique de la Mar; y no esperando mas pruebas, se salieron al principio de la batalla, dexando en ella, y en las manos de los nuestros á las treze de Iuan Escoto, que fue vécido, y preso con muerte de mas

de quatro mil de los suyos, y perdida de todas sus Galeras. Mas las doze, que al principio se escaparon con la fuga, causaron gran dolor á nuestro Almirante; que no los siguió entonces por la noche, ni el dia siguiente por la tempestad, que hazia olvidar todos los afectos de la codicia; aunque no los de la ira á Roger, pues con los prisioneros se mostró cruel en los tormentos; sin que en vn Capitan Christiano los disculpe la memoria, ó militar vengança, de los que auian los Franceses enseñado en Roselló, y Cataluña: por que adelantando la leccion, y el retornio; mandò, que á doscientos y setenta que no estaban heridos, les sacassen los ojos: embió al Rey de Francia este tristísimo presente de tantos, y tan frescos ciegos, que corrían sangre como espectáculo horrible, que le hiziesse abrir los ojos, y le acordasse con este tenebroso, y claro efecto de la guerra, q los principios, y los Autores della auian andado muy ciegos; y así produciá, y cogiá frutos de ciegos. El Almirante feroz, y victorioso, corriò, qual encarnizado Caymá, los mares en busca de las Galeras enemigas; ocupò de passo el Castillo de Cadaquès, q estaba por el Rey de Francia: en su puerto tomò vna Nao del Duque de Brabante, rica en estremo, porque traia el dinero de la paga del exercito, y por estos, y otros daños que el Rey Filipo recibia cada dia de Roger, le embió al Conde de Fox, y á Ramon Roger de Pallás, que le requirieron, guardasse la tregua en los dias pactados para la entrega de Girona: mas como al Almirante no le estaba bien sino la guerra; respondió, que los capítulos de la tierra no se estendian al mar.

14 En esto llegò el tiempo de la entrega de Girona, de cuyo cerco se auia retirado á Castellon la persona del Rey de Francia mortalmente enfermo. El Vizconde con gran juicio, y valor executó la entrega; porque tres dias antes de acabarse los seis vltimos

embrió los dolientes, y flacos; y en el postrero de ellos salió con los suyos, armados en orden de batallas, y pendones tendidos, que parece salía triunfando de los enemigos; cuyas monstruosas fuerzas destruyó, y dexó inútiles en aquel tan costoso asedio: y las arruyno del todo mejor con la entrega de la Ciudad, que lo hiziera con mas detenida defensa; porque entrando despues con grã parte del exercito el Rey de Navarra, merecieron aquellas gentes la ira de los Cielos con las crueldades en los pocos vecinos que auian quedado, con la codicia sacrilega, y barbara impiedad en las Iglesias, en las alhajas, y preseas sagradas; y aú en el mismo cuerpo de S. Narciso, Patron de aquella Ciudad; si es verdad, q̄ le arrastrarõ: assi la peste se encendió en tanta vengança cõtra los Franceses (aunq̄ no todos lo pecariã) q̄ en pocos dias murieron quarenta mil de ellos, y otros tantos cauallos; cõtra los quales pelearon exercitos de innumerables enjambres de ferozes mosquitos, q̄ de el Sepulcro del Santo salieron armados de la espada vengadora de Dios, que segó las vidas de tantos hombres, y cauallos. Por esto, y por la grã miseria, y falta de bastimentos, se salió el exercito enemigo muy presto de Girona: y se fue recogiendo con hambre, y peste, para passar los montes antes que se les cortasse, y cerrasse la salida, aunque muy fortificada de Franceses; como daba nuestro Rey muestra de hazerlo con el exercito, que jütaba, marchando en orden, y á la vista, para acabar en ocasion oportuna con todos: de los quales, quantos, ó por la hambre, ó por la flaqueza, ò por otros accidentes se desmandabã, caian en las armas, y en las manos de la muerte. Sacaron al Rey de Francia de Castellõ en vnas andas; y eran tantos los Señores, y Caualleros que iban en ellas, como en arahudes, que mas parecian aquellos esquadrones, y regimientos, acompañamientos de difuntos, que exercito

de soldados. Assi yã fatigados todos con el dolor viuõ de lo presente, y temerosa aprehension de lo futuro, quiso el Rey de Navarra vencer al Rey de Aragon con la conmisericordia noble de tantos males: embióle pues este recado, y ruego: *Dezid, que el Rey mi Padre està para morir, y no puede escapar, ni pensar en mas, que en salir de Cataluña: assi yo acado al Rey mi tio, à quien siempre he amado, y ruego por quien es, y le requiero por su gran cortesia, no quiera impedirnos el passo, sino assegurararnos à todos, pues todos le dexamos desembarazada la tierra.* Es assi, que el Rey Philipo de Navarra, que despues lo fue de Francia, amó siempre á su tio; resistió al consejo desta, ni justa, ni infeliz empreña; se desazonaba por ella con el Legado; hazia burla de la Corona de su hermano, á quien empezó á llamar Rey de Chapeo, por la q̄ traia en el sombrero; en fin pronosticò con su iuzio la substancia del suceso. A este justo Rey, pues, respondió el nuestro: *Yo asegurarè à mi sobrino como à Principe que merece ser honrado, y por su respeto à todos los suyos: esto ofrezco por mi, y por todos mis Caualleros; pero no por los Almogabares, y la gente desmandada de las sierras; porque ni yo podrè detenerlos, ni ellos en esto me obedeceràn.* Mas para no dexar cosa que hazer por su sobrino, llebado tambien de la vista, y dolor de tantos males, que suele hazer amigos de los enemigos, estando con su exercito muy cerca de los Franceses, habló á los suyos agradeciendoles las finezas de sus trabajos, representãdoles la miseria de aquellos sus enemigos, que auian entrado, y estado tan soberbios; y pidiendoles, que se diesen yã por bien vengados; y al fin les dixo: *Yo os ruego, que ayais misericordia de ellos, como nuestro Señor la ha tenido en nuestras cosas.* La gente Noble, y Ciudadana bien se dexó persuadir á la imitacion de tan heroyca humanidad; pero los Almogabares tenian cerrados los oydos con su ferocidad; ò se les acabó presto la memoria con la codicia:

cia: así no fiaban del Rey, ni quisieron aquella noche mouerse de su puesto, porque no los apartasse de los Franceses, ni estos se les escapassen. Iba delante en la vanguardia D. Ramon de Mòcada, como Senescal de Cataluña, y el Rey quiso que fuesse su compañero vn Ricohombre de Aragon, para fomentar en causa tan vna la vnion, ó vnidad de las dos Naciones. Los Franceses empezaron el dia siguiente á subir el monte de Panizas; marchaba á su lado el Rey con la Caualleria, como haziedoles escolta, y cumplièdo con la palabra que dió al de Nauarra; pero los Almogabares, que no la auian dado, ni aprobado, no entèdian, ni seguía aquella sublime Philosophia, de no querer el Rey destruir del primero hasta el vltimo á todos sus enemigos: y á la verdad entre todas las acciones Reales, y victorias de este magnimo Principe, y Capitan, ninguna le mereció tanto el renombre justo del Grande, como esta grandeza de animo, en que venció á la memoria de aquella tan inhumana, y codiciosa enemistad de el Rey de Francia su cuñado, que le auia puesto en tantos peligros; y procurándole con tantas veras, y medios de poca magestad, la mayor, ó la suma de las afrentas de vn Rey; pues iba á quitarle con la Corona la honra de su persona, los meritos de sus gloriosos progenitores, y los premios de sus hijos. Y quan fácil le fue á Don Pedro conseguir la gloria humana, de que ninguno de trecientos mil enemigos, que entraron, boluiesse á dar las nueuas á su casa; lo mostrò bié este día, pues solos los Almogabares, que contra el orden del Rey se atrauesaron en algunos passos, y laderas, y los que de las Galeas subieron á lo alto de la sierra, como á seria rica de muertos, y despojos de Francia, pudieron detener aquel doliente, y moribundo exercito; sin que en todo el dia pudiesse caminar mas de media legua, aunque lo procuraba con tantas ansias, que no solo de-

xaban los caminos, y montes cubiertos de muertos, enfermos, y heridos; sino tambien abandonaban lo mas precioso, y preciso de sus alhajas, para no tener impedimento de la salida, ni cuidar de otra defensa, que la de las vidas. En fin passaron, aunque con la fatiga de continuos rebatos, y con gran perdida de hombres, hazienda, y honra; con el destrozo de la retaguardia; y al fin con el luto, y llanto general de la muerte de su Rey; q̄ affligido de la enfermedad, de los peligros, y de los melancolicos discursos de su infeliz consejo, y tristissima empresa, espiró en la misma litera (ó en el camino, ó ya dentro de Perpiñan) á dos de Octubre de mil docientos y ochenta y cinco. Al punto, y á vista de los mesmos enemigos se rindieron al Rey las plazas que ellos auian ocupado; y el Senescal de Tolosa, que auia quedado en Girona, requerido de que saliesse de la Ciudad con los suyos, respondió: *Que lo baria con la entrega de las armas, y caualleros, si en veinte dias no era socorrido*; condicion tan graciosa, como imposible, para aquel tiempo; no obstante se la aceptó el Rey; porque sin gasto, ni detencion tenia seguro el suceso, y queria partir luego á Barcelona; en donde entró á doze de Octubre, y escribió á todos su Confederados sus victorias, los estragos, y el fin de sus enemigos.

15 De estos quedaba por castigar su hermano el Rey de Mallorca; que como mas obligado, pecó mas que todos; harto perdió el pobre en la prisión de sus hijos, en los destrozos que los mismos Franceses hizieron en sus Condados de Roselló, y Cerdania, y en los presidios, cō que se los ocupaban: pero juzgando D. Pedro, q̄ con daño mucho menor pudo, si quisiera, ser buen hermano, y fiel feudatario, resistir en los primeros passos á los enemigos, y cōservar su honra; no quiso dexar tan peligrosa guarda de los Pirineos, y de la puerta de sus Reynos: así resolvió quitarle todos los Estados; y desde el principio de

de la guerra auia embiado á Mallorca á Berenguer de Vilalta, para persuadir á los Mallorquines la obligacion, y las conveniencias de ser vassallos suyos: y aunque el Governador Ponce Zagar dia, y otros criados, y Alcaydes de el Rey Don Iayme, no admitieron esta propuesta; pero muchos otros mostraban los deseos de reunirse con la Corona. Así el Rey determinó passar por su persona á la empresa en las Galeras del Almirante Roger; y mandó á ducentos Caualletos Aragoneses, y Catalanes, que le siguiesen en ella: el Almirante salió primero á juntar la armada, y los aparatos de la conquista en el puerto de Saló. Siguióle el Rey por tierra; quando á las quatro leguas de la primera jornada se sintió tan graue-mente enfermó, que desfallecido paró en vna cañeria; y como su familia en los viages, y guerras no era mas que militar, fue necessario llamar, y esperar de Barcelona al Medico, que lo era Arnaldo de Villanoua, famoso por su buena Medicina, y por su mala, y condenada Theologia. De alli passaron al Rey en ombros, y con gran fatiga suya á Villafranca de Panades, y conociendo su peligro, informò al Principe de su intencion en la empresa de Mallorca, y mandó, que partiesse al punto á ella, como lo hizo, para lograr la oportunidad de la turbacion, y destrozo de los Franceses. Luego llamó al Arçobispo de Tarragona, á los Obispos de Valencia, y Huesca, á otros Prelados, y Religiosos, y á toda la Nobleza: delante de todos justificó con largo razonamiento el viage, y la empresa de Sicilia, assegurando, que no auia pensado ofender los derechos de la Iglesia, sino defender los de sus hijos: *Aunque veo (dixo) que el Papa ha procedido contra mi, y contra mis Reynos muy exorbitantemente, y contra todo derecho en la sententia de priuacion de mis Reynos, mandò guardar el entredicho en ellos. Así pido delante de todos los Prelados al Arçobispo de Tarragona, ante quien se puso la apelacion, me absuelva*

de la descomunion, porque justa, y injusta, debe temerse; yo juraré estar á lo que en derecho determinare la Sede Apostolica, y partiré á excusar mi inocencia delante del Papa. El Arçobispo le tomó juramento, y le absolvió; y aunque el mal no le permitia casi hablar, acordó al Obispo de Valencia, quánto le auia amado, y oyó sus consejos: *Aora, le dixo, os ruego, me aconsejéis en lo ultimo de mi vida, no como á Rey, sino como á vn hombre que espera en breue morir.* Luego se alentó á comunicar con él, y con los otros Prelados varios puntos de su conciencia, y mandó despachar prouision, para que se diese libertad á los prisioneros, menos al Rey de Napoles, y á algunos grandes Señores, que eran necesarios para la paz de la Christiandad. Confessóse dos vezes, y ambas, por mayor humildad, delante de dos Confessores, que fueron el Guardian de S. Francisco de Villafranca, y vn Monge Bernardo de Santas-Creus: có igual piedad recibió los otros Sacramentos; y la aumentó mas, y mas, en los dias siguientes, hasta su muerte, que fue á diez de Nouiembre de 1285. á los quarenta y seis de su edad, á los nueue de su Reynado. Su testamento fue ordinario con las substitutiones de solos los hijos varones legitimos; y estaba yá hecho mas de tres años antes, desde el dia en que se embarcó para la empresa de Berberia: y no hizo otro, ni añadió codicilo, ni mencion del Reyno de Sicilia, y de las tierras de Calabria, que auia acrecentado; porque no quiso morir con escrupulos, ni dexarlos á sus herederos. Su entierro se hizo, como lo ordenó, en Santas-Creus. Sus hijos fueron, seis legitimos, y siete bastardos: los legitimos, Don Alonso, y Don Iayme; Reyes de Aragon: Don Fadrique, que despues de Don Iayme lo fue de Sicilia: Don Pedro (que de su muger Doña Guillelma de Moncada, quarta hija de Don Gaston, Vizconde de Bearne, y de Doña Matha, Condesa de Bigorra, no dexò sucesion:) Doña Isabel, muger en-

tonces de Don Dionis de Portugal, y despues canonizada como Santa, á cuyos meritos atribuia su padre toda la felicidad de sus Reynos: y Doña Violante (que algunos llaman Constancia) que despues casó con Roberto, Duque de Calabria; á la qual, segun corria, no faltó sino el tiempo para llegar á la altura, y á los Altares de su Santa hermana. De los ilegítimos, Iayme, Iuan, y Beatriz, nacieron de vna Maria Nicolao: Pedro, Fernando, Sancho, y Teresa, de Doña Inés Zapata. De vnos, y otros hubo sucesion: y el ser ellos tantos manchó la gloria de Don Pedro el Grande; que en lo demás la pudo disputar con la de los mayores Reyes Capitanes de la antigüedad: porque sin duda en nueue años se dió prisa para arribar á la Grandeza; pues á mas de ser hijo del Rey mas guerrero de su siglo, marido de la Reyna mas piadosa, y padre de tres en estremo afamados

Reyes; sus propias virtudes le dieron el grado, y renombre del Gran Rey; sin que otro en su tiempo, aunque lleno de briosos Principes, se le pudiesse competir. Y dixo del con acierto el Poeta Dantes, *Que fue ceñido de todo valor*: porque la estatura, el vigor, y la magestad del cuerpo, formaban en su persona vn alcazar todo presidado de virtudes Reales; que no le pudieron entrar los mayores Principes de la Christiandad, enfurecidos, y vnidos contra él: antes glorioso, y triunfador murió con el blason de ser el primer Rey de los Españoles, que sacó las armas á las empresas forasteras de Africa, y de Italia; dexando clauada en la punta de su lança la hermosa, y fuerte Corona de Sicilia; y abierta la puerta para las grandes expediciones de Italia, Grecia, Afsia, y Africa.

Fin de esta primera Parte.

Adiciones, y Correcciones de esta primera Parte.

1 **E**N el Ante-Regno, num. 25. al fin de la defenſa de Iaccaſe dize, que la Ciudad hizo voto de ſalir todos los años al lugar de la victoria; y ſe obligò á la piadoſa circunſtancia, de que ſeria aquella larga ſalida á pies deſcalços. De lo qual pide la miſma Ciudad todos los años diſpenſacion á ſu Obiſpo, para celebrar có mayor, y mas militar alegría tan ſagrado dia. Y todo es nueva luz de la verdad del ſuceſſo.

2 En Don Inigo Ximenez Ariſta, Rey III. cap. 1. num. 2. ſe alega el Arçobispo Marcá, como Autor de que eſſe Principe era hijo de Dato Conde de Bigorra. Pero eſte graue Eſcritor llama á eſſe Conde, *Donato Lopez*; y dudando, ſi eran hermanos, ſe agrada mas de la primera opinion: en la qual añade, que la madre del Rey D. Inigo fue la Condeſa Faquileo: y ſu hermano el Conde Dato Donato; al qual el miſmo Don Inigo dexaria eſſe Condado de Bigorra, contentandose con ſu nueva conquiſta de Nauarra: de la qual fue Rey, eligido en tiempo del Emperador Luis el Piadoſo. Pero quanto ſe aya engañado Moſſiur Marcá, aſi en aquella filiacion de Don Inigo Ximenez, como en la ſeguridad del tiempo de la eleccion (ò aclamacion) de Rey de Nauarra, lo tenemos bien moſtrado en los dos capítulos de ſu Reynado.

¶ Corregimos empero noſotros en eſſe miſmo lugar la clauſula en que por teſtimonio del miſmo Marcá dezimos, que el Rey D. Inigo dió el Condado de Bigorra á ſu ſobrino Donato: y no debe dezirse, ſino: *á ſu hermano Dato Donato.*

3 En el miſmo Don Inigo Ariſta, Rey III. cap. 2. num. 9. ſe ofrece para el Apendice el examen del Priuilegio de

Leyre, q ſe dize dado de eſſe Rey. Eſſe Apendice por embarazos de la Impreſion ſe ha omitido aqui para el tomo de otros, ó Diſputas Hiſtoricas. En el interin ſe pueden ver viuas impugnaciones del computo de eſſe Instrumento en Don Joſeph Pellizer en las Notas á las Actas de la Traslacion de las Santas Nunilona, y Alodia: la qual conſta auer ſido mucho mas tarde que en el año de noucientos quarenta y dos; eſto es, en el de ochocientos y ochenta: y el Martirio en el de ochocientos cinquenta y vno: aſi por la autoridad de varias, y antiquiſſimas Actas de las Iglesias de Eſpaña, como por la de San Eulogio Martin, que viuia quádo las Santas murieron por Chriſto.

4 En el miſmo Reynado de Don Inigo, cap. 2. num. 15. ſe nombra á Don Joſeph Pellizer, como Eſcritor de que D. Garcia Ximenez (llamado el Segundo) fue Rey, y hermano mayor del Rey D. Inigo Ariſta. Pero eſte ſabio Eſcritor ha reformado eſſa opinion: deſpreciado yá eſſe Reynado de D. Garcia, en el lib. 7. de ſus Anales: al modo que lo expreſſamos en la memoria de eſſe Diſputado Rey, fol. 37. col. 4.

5 En los Reyes Diſputados, en el fin de la Memoria del Rey Inigo Garcia (fol. 33. col. 2.) ſe dize, que Pellizer ſeñala eſſe Reynado en el año de 800. Debe dezirse, *antes del año de ochocientos.*

6 En D. Sancho Garcès, fol. 66. col. 2. ſe pone la filiacion de Maria Emperatriz; y debia guardarse, aunque ſiempre fabuloſa, para el Reynado de Don Sancho Abarca, contemporaneo de Oton Tercero.

7 En Don Sancho el Mayor, Rey X. cap. 1. num. 1. ſe cuentan los Condes

de Castilla entre los Principes que seguian la Corte, y confirmaban los privilegios de esse Rey. Vno, y otro debe omitirse.

8 Para el mismo Reynado, y capitulo, y para el año de mil y veinte y siete, es digno de observar el testimonio del Cronicon de Ademaro, Escritor de aquel tiempo (cuyo exemplar mas correcto se halla en el tomo 2. de la Nueva Biblioteca del Padre Labbè:) dize pues en el fin assi: Entonces el Rey de Navarra D. Sancho, lleuando consigo á los Vascones (cuyo Duque tambien se llamaba Sancho) guió su exercito contra los Sarracenos auiendo corrido, y destrozado la España Mahometana, dió la vuelta con muchos despojos, y grande triunfo.

¶ Pone inmediatamente en esse año el mismo Escritor la muerte de D. Alfonso el Quinto, Rey de las Galicias, que fue muerto en el cerco de Viseo: y corresponde el año al que se lee en el epitafio de este Rey, y tanto se ha disputado en España.

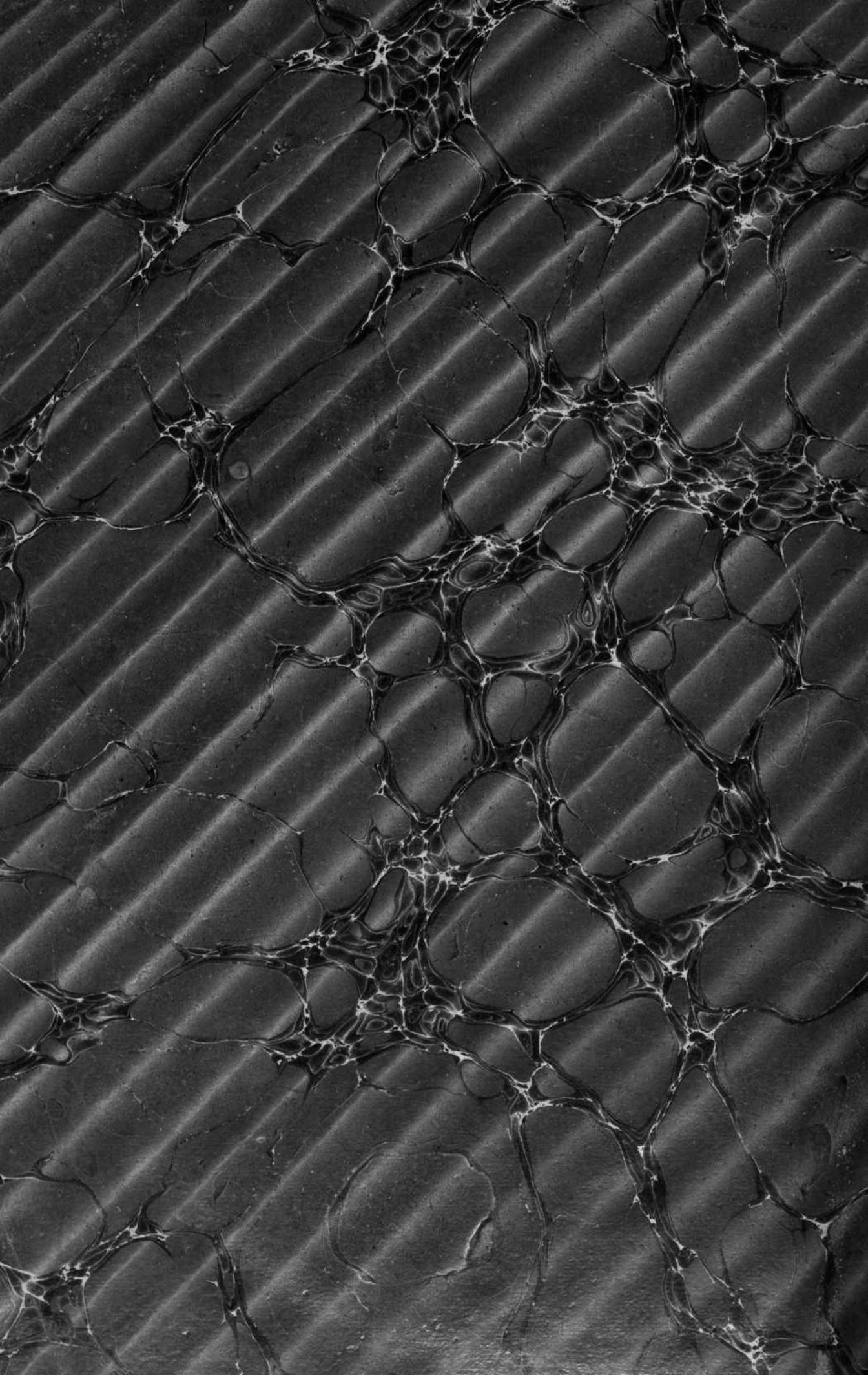
9 En D. Ramiro el I. cap. 1. num. 3. se dize, que no siempre el titulo de Pamplona se ponía el primero en los Instrumentos de sus Reyes: y ni antes que el de Pallars. Lo qual se confirma lo primero en general por la notable variedad en el orden de los Reynos; pues aun los de Castilla, y Leon se ven puestos despues de otros muy inferiores: de que se ven varios exemplos en el cap. 1. del lib. 3. de las Investigaciones del Padre Moret, y en el cap. 27. del lib. 2. del Abad Briz. Lo segundo en especial: lo vno, porque los titulos, no solo de Aragon, sino Sobrarbe, y Ribagorça se hallan antepuestos á los de Pamplona, y Castilla por el Rey D. Alfonso el Batallador en el celebre priuilegio de los Fueros de Zaragoza. Lo otro, porque el Rey D. Sancho el Mayor en el priuilegio referido del Abad Briz, y de nosotros, antepone el mismo titulo de Pallars á los de Pamplona, Alaba, y Castilla.

10 En Don Sancho Ramirez, cap. 1. num. 13. parece ser cierto, que en el año de mil y setenta y tres, que fue el primero de D. Alfonso el Sexto de Castilla, este Principe, y sus dos primos, los Reyes Sanchos de Aragon, y Navarra, pusieron en fuga al Rey Africano de los Mahometanos, forzandole á repassar el Estrecho; y los tres Reyes fueron juntos á dar gracias á Dios en el Conuento de S. Millan, como se dize en Escritura de su Archiuo en una donacion de esse año, y de Garcia Ribildez.

11 En D. Pedro el I. cap. 1. num. 9. se dize, que la Iglesia de San Lorenço de Huesca es ahora Colegial. No lo es en rigor, aunque adornada de Prior, y Racioneros, y otros Beneficiados.

¶ Tambien alli hemos señalado la Casa cercana de Loreto, como lugar cierto del nacimiento de S. Lorenço; pero nos aseguran, que en la persuasió comun se diuide la duda entre essa Casa, y la interior de la Ciudad.

12 En D. Alfonso el Batallador, cap. 2. num. 5. dezimos, que la Nouela del cruel deguello de los Caualleros de Auila (imputado á esse Rey) *no tiene autoridad, ni antigüedad estimable.* Es razon darnos por entendidos de que lo que Sandoual escriue, y alega en fauor de essa triste Fabula, lo halló en la Relacion larga, que en lengua algo antigua se publicó có la *Historia de las grandezas de la Ciudad de Auila*, escrita por el Padre Fray Luis Ariz. El titulo de la Relacion es: *De la Poblacion de Auila, segun la contò el Obispo D. Pelayo en lenguaje antiguo á los que iban á poblarla en Arenal.* Pero la Relació (que se dilata por cinquenta folios) á mas de las extrauagancias del libro, padece tales excepciones, que no es capaz de dár credito á delito de monta, y menos á tá monstruosa impiedad de vn Rey tan celebrado de piedad, y bondad, por el Papa Pascual Segundo su contéporaneo, por el Arçobispo D. Rodrigo su cercano, y por el Cardenal Baronio, tan grande

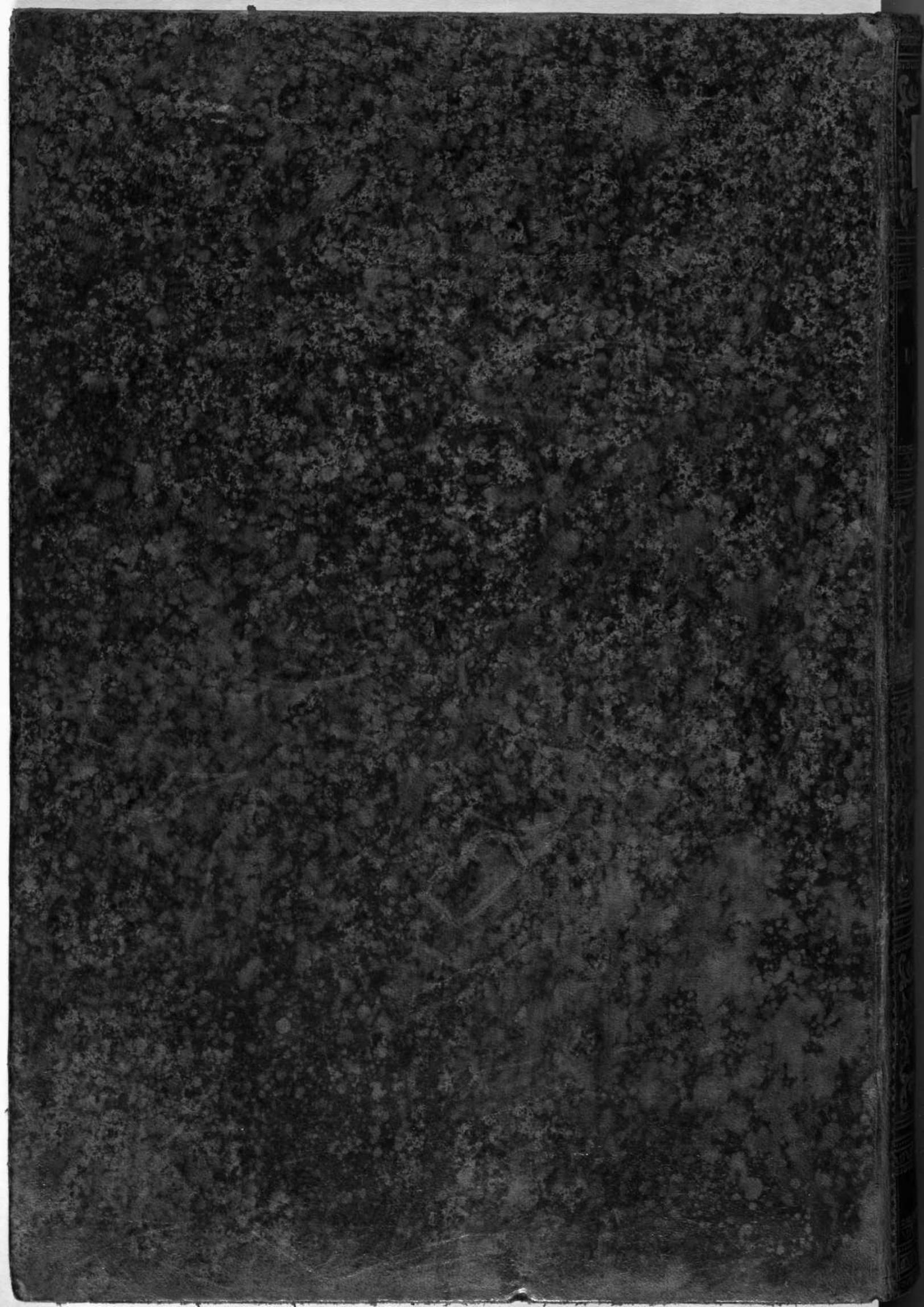


MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 33	Precio de la obra.....
Estante. 94	Precio de adquisición..
Tabla... 2	Valoración actual.....
Número de tomos.	



33.

ABARCA
—
LOS REYES
DE
ARAGON

1

1682